3 1761 08820266 8

LS
B58G

PATROCINIO DE BIEDMA.

LAS ALMAS GEMELAS.

(NOVELA ORIGINAL.)

282564
2 33
9

CÁDIZ: 1880.

TIP. LA MERCANTIL,
DE D. J. RODRIGUEZ.—EDITOR.
Sacramento, 39 y Bulas 8.

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA.

Á LA SEÑORA

DOÑA TEODOSIA M. DE FROWEIN,

DE SANGRE INGLESA, DE NACIONALIDAD ALEMANA, Y DE CORAZON ESPAÑOLA,

como prueba de gratitud á su afecto por España,
y recuerdo de verdadera amistad,

La Autora.

PRÓLOGO.

UNA CENA.

—¡Brindo, señores, por la libertad del corazon!

—¡Bien!

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

—Señores—dijo, procurando dominar en aquellas ruidosas aclamaciones una voz sonora aunque algo vaga—aplaudís una locura. ¡El corazon siempre ha sido libre, sus sensaciones no necesitan ley, sus manifestaciones sí! Brindemos por la libertad del amor!...

—¡Muy bien!

—¡Sublime!

—¡Dejad hablar á Rafael! Que explique sus teorías...—decian otros.

—¡Rafael tiene la palabra!

—¡Que hable Rafael!

—Amigos mios: mis palabras no tienen otra explicacion que la que se desprende de

ellas—contestó el jóven Rafael alargando su copa vacía para que la llenasen, y sonriendo á sus compañeros;—pero si lo quereis, os diré lo que yo entiendo por libertad del amor.

—¡Sí! ¡Sí!—gritaron todos.

—¡No!—gritó uno que hasta entónces habia permanecido silencioso, y cuya voz serena y firme contrastaba con la alteracion que la voz de los otros jóvenes descubria. —No; lo inverosímil, lo absurdo, no se explica, y esa libertad del amor que Rafael proclama, no tiene explicacion.

—¡Que se discutan ambos puntos!

—¡Que prueben sus palabras!

—Federico — dijo Rafael adelantando hácia el jóven que habia hablado,—concretad vuestro pensamiento en un brindis, y despues veremos quién tiene la razon.

Federico se inclinó sonriendo, se puso de pié y extendió su mano para tomar una copa llena de espumoso *Champagne.*

—Brindo—dijo con calma, y posando su mirada altiva y firme sobre aquellos aturdidos, como pudiera un rey posarla sobre un ejército pendiente de su voz,—brindo por la esclavitud del corazon que hace del amor una cadena de flores.

Una verdadera tempestad de exclamaciones, risas y protestas estalló al oir estas palabras; y en tanto Federico, apurando su copa, habia vuelto á sentarse con la calma de un juez que ha pronunciado en definitiva una sentencia.

—Pido que explique esas palabras,—decia una voz balbuciente.

—¡Que se retracte de ellas!

—Pido la palabra,—gritó Rafael.

—La tiene su señoría,—contestó gravemente el jóven que presidia la mesa en que cenaban y bebian una docena de alegres amigos, imitando con su voz é importancia en aquel momento á los presidentes de otras mesas á quienes un amigo nuestro, andaluz por más señas, ha llamado *presidentes de campanillas.*

—Caballeros —dijo Rafael adelantando con no muy seguro paso hácia Federico,—¿estais dispuesto á sostener esas palabras que acabais de pronunciar?

—Sí, caballero, las sostengo.

—¿En todos los terrenos?

—¡Absolutamente en todos! Yo sostendré mis ideas en el palenque de la inteligencia, con esas armas que Dios concede á la razon sobre la locura...

—Pues bien, caballero, puesto que defendeis la tiranía contra la libertad, desviándoos así de la gloriosa senda que nuestra época nos marca; puesto que sois un opresor tirano de los derechos del hombre...

Una ruidosa carcajada interrumpió al orador, que se volvió gravemente pidiendo al presidente órden.

—Silencio, señores, dijo una voz, acompañando estas palabras con el ruido de un cuchillo contra una copa. La calma se restableció.

—Decia que, ya que os oponeis al torrente civilizador que eleva al hombre... ¡no sé á qué!, pero á algo que vale mucho sin duda, cuando todos piden esa elevacion, tendreis que habéroslas conmigo, y ó probar las ventajas de vuestras utopias ó retractaros de ellas.

—Admito el desafío.

Una salva de aplausos fué como la aprobacion de este contrato.

Rafael y Federico se hallaban de pié entre todos aquellos jóvenes, que ora se apoyaban en la mesa teniendo entre sus manos la copa vacia, ora se recostaban en las sillas con esa pesada soñolencia que revela una larga y alegre cena.

Las figuras de nuestros dos jóvenes se destacaban visibles y notables, ya por su actitud, ya por los rasgos que las hacian distinguidas.

Federico, alto, esbelto, de mirada firme y altiva, tenia la frente ancha y blanca, la boca desdeñosa, las manos finas y ese *no sé qué* que revela el talento en cada palabra, en cada actitud, en cada detalle.

Sus ojos pardos brillaban con reflejos extraños, ora de una dulzura infinita, ya de una bravura suprema.

Un fino y suave bigote se retorcia á ambos lados de su boca, y daba una acentuacion muy marcada de firmeza á toda su fisonomía.

Federico tendria treinta y cinco años; sobre aquella frente tan despejada y tan noble debian haberse amontonado ya las nubes de la vida, que, como las de la atmósfera en las más altas cumbres, buscan tambien las más altas inteligencias.

Diriase que así en lo material como en lo físico la grandeza atrae la tempestad.

La desdeñosa sonrisa que á veces agitaba su boca, parecia una constante protesta contra las locuras que oia.

Rafael era, si se quiere, más bello, pero

en él se echaba de ménos aquel como reflejo interior que irradiaba una extraña luz en torno de Federico.

Más bajo, su talle era tambien suelto y gracioso, pequeñas sus manos, y más risueña, más sencilla la mirada.

Su frente tenia ese corte firme y recto que parece marcar una medianía; sus ojos, no grandes, eran vivos y penetrantes; su boca muy movible, tenia una gracia suprema en la sonrisa.

Una fina y oscura barba daba alguna severidad á aquellas facciones suaves, que denotaban una gran instabilidad é inconstancia en sus afecciones.

Amigos de *sport*, como se dice en la vecina Francia, no les unian ninguno de esos lazos simpáticos que son á veces como sutiles hebras de seda que envuelven la voluntad y el corazon.

Al separarse despues de una cena, de un paseo á caballo, ó de una partida de tresillo, empeñada en el casino, no volvian á pensar el uno en el otro.

Habia más bien entre ellos como una extraña y misteriosa antipatía que no se explicaban, pero que casi presentian pudiera convertirse en ódio á la más pe-

queña rivalidad ó contradiccion.

Rafael, egoista y orgulloso, sufria mal aquella superioridad moral que hacia á Federico vencer siempre; aquel ascendiente sobre cuanto le rodeaba; aquella mirada de vencedor que involuntariamente irradiaba de sus ojos.

Federico, de alma infinitamente más elevada, de aspiraciones más grandes, no era capaz de sentir ante ningun hombre un movimiento de envidia; pero jamás hubiera elegido á Rafael para confidente de un secreto, ni para amigo de su confianza.

La frivolidad de su carácter, la ligereza de sus acciones le desagradaban, y más de una vez, al oir á Rafael contar una aventura, contuvo en sus labios la enérgica frase con que iba á reprobar sus palabras.

Pero Federico era, ante todo, hombre de mundo, y una expresion de amable indiferencia sustituia á su involuntario movimiento de ira.

Bueno será que ántes de pasar adelante demos algunos detalles á nuestros lectores.

Era una fria y clara noche de Febrero en la que tenian lugar en Madrid, los sucesos que vamos á referir.

Corria el año 187..., y era aquella noche la última de Carnaval.

Varios jóvenes, cuyos nombres eran muy conocidos, ya en las letras, ya en la política, ya en la aristocracia, se habian reunido despues de abandonar el baile de la Ópera, para cenar alegremente.

Si nos hemos detenido en hablar de dos de ellos prescindiendo de los otros, es porque éstos han de tomar parte más directamente en los sucesos que vamos á referir.

Por lo demás aquellos jóvenes vestidos de etiqueta, que rodeaban una mesa llena de los restos de una cena expléndida, formaban una brillante reunion alegre y bulliciosa.

Rafael de A...., de quien ya hemos hablado, pertenecia á una ilustre casa, y tenia por ello el absurdo derecho de no ocuparse de nada.

Cárlos M.... era oficial de uno de los Ministerios, como Augusto B...., que se hallaba á su lado.

En cuanto á Federico Vallés, era un escritor notable y un admirable pintor.

En el momento en que Federico pronunció sus últimas frases, varios jóvenes se pusieron de pié y le rodearon con empeño.

—Veamos, veamos—decian—las bases de ese desafío extraño que Rafael ha provocado.

En aquel momento la puerta del gabinete se abrió y apareció en ella un nuevo personaje.

—¡Bravo, Alejandro!—exclamaron algunos,—¡eso se llama llegar á tiempo!

—¿De qué se trata, señores?—preguntó el llamado Alejandro dirigiéndoles un cariñoso saludo.

—De una extraña cuestion,—dijo Cárlos sentándose á ejemplo de los demás;—Rafael sostiene...

—Te oiré con mucho gusto cuando me des una copa de Jerez, mi querido amigo,—dijo Alejandro interrumpiéndole.

—¡Oh! ¡Tienes sed!

—Figúrate que hace dos horas que estoy andando sin descanso, que busco á una mujer y no la encuentro, y comprenderás que no hay nada más natural.

—¡Cuéntanos tu aventura!

—*¿Quién es ella?...*

Alejandro habia tomado la copa que Cárlos le alargara, y bebia, poco dispuesto al parecer á contestar á estas preguntas.

—Sepamos ese desafío singular,—dijo cuando hubo bebido.

Cárlos tomó la palabra.

—Rafael sostiene—dijo—que el amor es libre, y sus manifestaciones tambien.

—Veamos en qué razones apoya su opinion.

—¡Eh! ¡Rafael! ¡Rafael! ¿En qué piensas? ¿No ves que te hablan?

—¡Ah, sí! ¿Qué quereis?

—¡Cómo! ¿Estás loco? ¿Pues no nos has oido?

—¡Bien, sí, estoy un poco malo!...

—¡Eso es una derrota! ¡Habla!

Rafael, á quien habia alterado una visible agitacion, pareció serenarse y dijo con calma:

—Amigos mios, yo no pido ni deseo el *amor libre*, sino la libertad del amor.

—¿A qué llamas tú libertad en amar?—preguntó Alejandro.

—Yo tengo, por ejemplo, un ideal formado en mi pensamiento, y si he de amar, necesito encontrar á la mujer que realice en lo posible la idea de mi sueño,—dijo Rafael.—Ahora bien; como es muy difícil hallar una mujer viva y real tal como se anhela, yo pido libertad para formar con muchas partes un todo completo, y en ello no hallo nada de nuevo ni extraño, pues ge-

neralmente el hombre ha amado muchas veces ántes de fijar su destino, y yo sólo pretendo que esos muchos amores, sentidos á un tiempo, realicen esa gloria porque todo corazon delira.

—¡Já, já, já!

—¡Sin duda estás loco!

—¡Qué moral más ámplia!...

—¡Chico, chico, tú eres un internacionalista del corazon!

—Exactamente — contestó Rafael;—y bien ¿qué tiene el caso de extraño? Todos, más ó ménos, practicais las mismas máximas, pero sois más hipócritas que yo.

—Poco á poco—dijo Alejandro; aún no nos has explicado si has puesto en práctica tu liberal teoría.

—Seguramente que no, pero no dejaré de hacerlo.

—Para ilustrarnos—dijo Federico—debias explicar qué clase de mujer deseas.

—¡Oh! no deja de ser difícil....

—Pero ello es preciso; tienes que apoyar con datos tu extraño axioma—dijo riendo Alejandro.

—Pues bien; yo quiero una mujer linda, instruida, discreta, graciosa....

—¡Pardiez! ¡Todo eso puede hallarse reunido en una!

—Aún no he acabado—dijo impaciente Rafael.

—Te escuchamos, pues.

—Su belleza, es decir, la belleza de la mujer que yo amaria, debe ser una belleza extraña.... Sueño unos lindísimos ojos negros y unos cabellos de oro; una frente blanca y pura, cortada por dos cejas de ébano: en lo moral quiero malicia y candor, inocencia y maestría; en fin, amigos mios, que necesito hallar en dos mujeres, por lo ménos, el tipo que mi fantasía ha formado, porque es imposible que la naturaleza, para complacerme, haya dado esas cualidades á una sola.

—¡Diablo! ¡Rafael, tu deseo no puede ser más extraño! Quieres unir la luz y la sombra....

—Exactamente.

—Pues tengo el sentimiento de augurarte muchas decepciones en ese doble amor que anhelas, porque no hay corazon que pueda pasar á esas transiciones tan violentas sin sufrir.

—¡Es que para mí no hay transicion! Esos dos amores formarán un solo amor.

—¡Es muy difícil asimilar lo que por sí es tan extraño!

—Más gloria en conseguirlo.

—Es que yo dudo que pueda conseguirse.

—¡Es que lo imposible no se consigue jamás!—dijo impetuosamente Federico:—es que el amor, el verdadero amor, ha de ser exclusivo y eterno; porque si el corazon duda, si vacila entre dos sentimientos, no ama, no puede amar.

—Creo como Federico, dijo Alejandro, que el sentimiento es indivisible.

—¡No tal! ¿No ama un padre con igual intensidad á cada uno de sus hijos?

—¡Ah, mi querido Rafael! la diferencia es altamente visible: el amor de un padre no se parece á ningun otro amor: los mismos lazos de sangre y de cariño le unen á cada uno de sus hijos, y su amor puro, tranquilo, casi divino, no admite inquietudes ni rivalidades; el amor paternal no es egoista, no es exclusivo; es desinteresado y dulcísimo, y no tiene ninguno de los defectos del amor impetuoso del amante.

—Creo que juzgas apasionadamente.

—No; y prueba de ello, que no sé aún lo que sostenia Federico.

—¡Una locura! ¡Sostiene la esclavitud del corazon!

—Valor se necesita para ello; veamos, Federico—dijo Alejandro sonriendo,—¿por qué en esta época de libertades pides una esclavitud que en ninguna ley está sancionada?

—En la ley de la costumbre.

—No hay tal costumbre.

—Sí la hay: la aspiracion de nuestra vida es siempre la de amar y ser amados; la de unir en un solo sér dos voluntades, dos almas, dos pensamientos... Al amar así, se abdica voluntariamente esa libertad que ya no sirve, pues la esclavitud que ese amor impone es la felicidad.

—Hay algo de vago en lo que dices. ¿Es acaso eterno ese amor? ¿No agitará al corazon el deseo de romper su cadena?

—¡Oh! la perfeccion es imposible; pero si no á ella, puede llegarse á esa dulce dicha que siente el alma cuando nada más ambiciona, cuando colocando en el límite de sus esperanzas la imágen de la mujer amada, escribe allí, á la luz de su fe, el *non plus ultra* que Hércules fijaba en el límite de un continente.

—¡Ah, mi querido Federico! te engañarias como Hércules: *hubo más allá.*

—¡Oh! ¡Pero cuánto tardó en aparecer!

Entre tanto que el amor descubre otros horizontes, la felicidad se agota, y á veces la vida se acaba.... Morir amando, es morir en el eden.

—Veo,—dijo sentenciosamente Alejandro,—veo que sois dos locos á cual más extravagante.

Algunas risas contestaron á estas frases.

Cuando la calma se hubo restablecido, Alejandro continuó:

—Os doy un año de término para que, poniendo en práctica vuestras teorías, llegueis cada uno de vosotros al eden de la felicidad: el que la consiga más duradera y más pura, habrá tenido razon.

—Aceptado, contestaron Rafael y Federico.

—El año que viene, en este dia y á esta hora, nos reuniremos aquí los mismos para cenar; el que haya perdido, pagará la cena.

Un murmullo de aprobacion se dejó oir entre aquel grupo de alegres jóvenes.

—Aceptado tambien.

—Pues entónces, señores—dijo Alejandro poniéndose de pié,—hasta el año que viene.

—¡Eh, Alejandro!—dijo uno de ellos,—

¿te vas sin contarnos tu aventura?...

Una ligera tinta de carmin brotó en las pálidas mejillas de Alejandro, que hizo un poderoso esfuerzo para dominar su emocion.

—Es un secreto, señores.

—¡Ah, ah!—dijo Rafael, que tambien habia sentido en este instante un extremecimiento poderoso,—¿tienes secretos tú, el severo Caton, el moralista, el impecable?..

—¿Por qué no?—dijo Alejandro.—Si es un secreto puro....

—¡Já, já, já! Confiesa que tú tambien...

—Yo lo diré á la hermosa Mercedes.

—No te incomodes, lo diré yo mismo.

—¿A tu esposa?

—¿Por qué no?

Federico que habia mirado fijamente á Rafael durante estas preguntas, se adelantó hácia Alejandro, y poniéndole la mano sobre el hombro en actitud de cariñosa confianza, le dijo á media voz:

—Déjales; ¿no ves que quieren hacerte hablar?

—Lo cual no se consigue fácilmente cuando yo no quiero: buenas noches, señores, ó más bien, buenos dias, pues se anuncia ya la blanca luz de la aurora. ¡Hasta el año que viene!

Alejandro salió, y poco despues casi todos se fueron despidiendo.

Federico se envolvió en su abrigo y salió tambien.

Apénas habia dado algunos pasos por la calle, cuando dos mujeres que marchaban rápidamente, se acercaron á él.

A la vaga luz del alba que se iniciaba apénas en el horizonte, se veia que iban vestidas de negro y llevaban el rostro cubierto con antifaces.

Antes que Federico tuviera tiempo de fijarse en ellas, la más alta se le aproximó y haciendo una seña á su compañera, se desasió rápidamente de ella, y tomó el brazo de Federico.

—¡Señora!—dijo éste sorprendido.

—Seguid, caballero, seguid, yo os lo ruego!—dijo una voz dulce y temblorosa.

Federico se extremeció y fijó una mirada llena de curiosidad en la mujer disfrazada.

—¡Seguir! ¿Y adónde?—preguntó.

—Al azar, ¡pero callad, por Dios!

En aquel instante se oyó una leve palmada, y la mujer que se habia separado de la que se quedó al lado de Federico, subió á un coche que arrancó á escape.

—¡Ah!—dijo ésta al verla desaparecer,—¡gracias á Dios!

Algunos instantes continuaron en silencio su camino.

Federico sentia temblar sobre su brazo una mano pequeña, cubierta con un guante blanco.

—No me direis al ménos.....—murmuró Federico.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó interrumpiéndole la tapada.

—¡Cómo, señora! no sabeis mi nombre y me deteneis sin embargo?—exclamó Federico sorprendido

—Sí—dijo con recelo ella,—sé que os llamais Alejandro....

—¡Alejandro yó! ¡No por cierto! me llamo Federico....

Pero ántes que acabase de hablar un ligero grito le habia interrumpido.

—¡Ah!—exclamó la dama con terror,—no erais vos; luégo ella.... quedad con Dios, caballero, y perdonad.... Y separando su mano del brazo de Federico dió algunos pasos con rapidez.

Federico la siguió

—Quien quiera que seais—dijo con nobleza,—no puedo dejaros así á estas horas,

sola por las calles; decidme adónde quereis que os lleve, y os obedeceré.

La tapada se detuvo indecisa.

La sombra de la noche iba desapareciendo ante una claridad pálida y dulce, y á su reflejo Federico vió que aquella forma esbelta, cubierta con un capuchon de seda negro, se extremecia.

—Teneis razon,—dijo al fin,— vais á acompañarme con una condicion.

—Decidla.

—Que en cuanto hallemos un coche me dejareis en él, y no intentareis seguirme, ni saber quién soy.

—Os lo prometo por mi honor.

—Gracias; sigamos pues.

Y la mascarita volvió á tomar el brazo de Federico.

Un suave perfume se desprendia de ella; ese perfume delicado y suave que revela una mujer distinguida.

Federico le aspiraba con delicia, y se preguntaba quién era aquella mujer y á dónde iba.

¡Cosa extraña! A pesar de la manera dudosa en que se le aparecia, no tuvo hácia ella ni un pensamiento impuro.

Diriase que una dignidad misteriosa iba

impresa en cada uno de sus movimientos.

Federico deseaba vivamente hablarla, pero nada podia averiguar, fiel á su palabra empeñada.

Sin embargo, se aventuró á decir:

—Yo soy amigo de ese Alejandro que buscábais, y si quereis verle...

—¡Ah, no, caballero; yo no le buscaba, apénas le conozco....

—¡Cómo!...—dijo Federico sorprendido.

—Ved ahí un coche que pasa,—dijo ella con viveza.

Federico hizo un ademan, y el coche se detuvo.

—Un momento—dijo—yo no os seguiré, pero me habeis de prometer que recibiré noticias vuestras.

—¡Pero yo no os conozco!

—Tomad mi tarjeta—dijo Federico—y convenid en que es muy extraño...

—Bien—dijo ella tomando maquinalmente aquella tarjeta,—¡sabreis de mí!

—¿Cuándo?

—No lo sé; adios, caballero, y gracias.

Federico extendió su mano para ayudarla á subir, pero ella se lanzó sin este apoyo y dijo al cochero:

—¡A escape!—algo añadió, pero sus palabras no se oyeron.

El coche arrancó, y un objeto cayó al suelo.

Federico se bajó vivamente y le recogió mirándole con asombro y extrañeza.

Era un zapatito de baile, de una elegantísima forma, y que parecia hecho para el pié de una niña.

—¡Ah!—dijo con entusiasmo—yo te sabré encontrar, y veremos si eres tan hermosa como bonito es tu pié.

Cuando alzó la cabeza, la luz heria ya los cristales de los balcones, y el coche habia desaparecido.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

MORENA Y RUBIA.

Era una bella y perfumada tarde de Mayo.

La luz tenia ese polvo de oro que jaspea á veces el cielo de España, tan azul como un pabellon de seda.

Habia en el sonido vago y débil del viento como una armonía suavísima, que parecia el eco de las armonías de lo desconocido.

Multitud de carruajes bajaban por la hermosa calle de Alcalá, y seguian hácia la Castellana, ese paseo donde se dan cita las más hermosas mujeres del mundo.

En aquella ondulacion constante de lindas mujeres; en aquel torbellino de rasos y encajes, que dejaba en pos una ráfaga de perfumes, se fijaban las miradas de los que á pié llenaban las aceras de la ancha calle.

El paseo de la *Fuente Castellana* estaba lleno.

Los carruajes pasaban con dificultad, y no pocas veces los cocheros tenian que refrenar los caballos por falta de espacio en donde revolverlos.

Aquella ostentacion constante de lujo y hermosura, formaba el cuadro más animado que puede concebirse.

Habia en él algo que flotaba sobre el pensamiento y le aturdia.

A un desgraciado hubiera arrancado el cuadro aquel una maldicion, á un indiferente una sonrisa.

Porque el que sufre se rebela instintivamente contra esas *exposiciones* de la vanidad humana, que parecen destilar sobre su alma desesperada la amarga hiel del desprecio social.

¡Qué importa á aquel mundo rico y brillante la triste soledad de un desgraciado!

El pasa en sus coches salpicándole de lodo, y como diciéndole: «déjame el paso libre, que á ello tengo derecho.»

Y el que se aparta á un lado para dejarle pasar, siente brotar en su alma como respuesta á esa intimacion que no se formula, pero que se adivina, esta otra répli-

ca: «¿y por qué? ¿quién eres tú para pasar sobre mí aplastándome bajo el peso de tu vanidad y de tu orgullo?»

La pregunta, una vez hecha, exige contestacion, y de ella emana esa candente palpitacion del que sufre, que sube como una amenaza á la superficie social, á la brillante capa que por estar cubierta de oro cree ocultas sus miserias!...

Hubiera ménos loca vanidad, ménos insensato orgullo, y no se despertarian en el corazon del pueblo esas ideas de venganza y amenaza que parece que son una protesta de la humillacion que se le impone.

¿Pero acaso se ocupa de algo el sér feliz á quien la ciega casualidad ha colocado en elevado puesto?

Esa masa inútil en su generalidad, que desde el carro triunfal de su egoismo arroja á sus piés puñados de oro y de desprecio, ¿piensa acaso en que aquel pueblo, al que humilla, es para él como el pedestal para la estatua, y que si éste vacila, la estatua rueda destrozada?

¡No sabe que el impulso enérgico de esas voluntades pulverizarian su cobarde voluntad!

¿Ha olvidado que Jesucristo legó al mun-

do las sacrosantas leyes de amor y caridad que hacen de la humanidad una familia y de todos los hombres hermanos?

Se culpa del estado actual de perturbacion social á esa constante flotacion de ideas que hacen surgir los que quieren con la sangre del pueblo amasar el altar sobre que han de elevarse; pero no es suya toda la culpa.

La vanidad ciega, esa vanidad egoista arrojada como un sarcasmo al pobre, ese espectáculo de miserias doradas, de vicios brillantes que flotan en el mundo del oro y del poder, van por sí solos creando esa disolucion de deberes y sentimientos que anuncia la gran perturbacion social que agita hoy á la humanidad.

Volvamos á nuestro asunto.

Era esa hora en que el Sol palidece y el crepúsculo límpido y claro envia una blanda y suave luz.

Los jardines de Recoletos estaban llenos de gente tambien; era esa concurrencia *séria*, si se nos permite la frase, que huye del bullicio del Prado, y va á buscar bajo sus perfumadas sombras distraccion y solaz.

Hubiera sido muy curioso analizar cuántos dolores se ocultaban bajo aquella expléndida apariencia.

En una elegante *victoria*, arrastrada por dos soberbios caballos negros, iban dos mujeres igualmente bellas.

La que parecia tener más edad, era un tipo adorable de gracia é indolencia.

Blanca, rubia, no con el rubio brillante que hoy tienen casi todas las mujeres, sino con ese rubio suave y pálido, que tanto encanto dá á un cútis trasparente.

No os hablaré de perlas y corales, pero os diré que su boca era fresca y bella, y blanca y pequeña su dentadura.

Iba medio recostada, y en esa actitud graciosa descubria un lindo talle y un cuello blanco y mórbido.

Era difícil fijar el color de sus ojos, y sólo podia decirse de ellos que tenian una dulzura admirable y que parecian hablar y sentir.

Llevaba traje azul, y sobre su encantadora cabeza una blanca mantilla.

La otra era más bella, aunque á primera vista no lo parecia.

Su cútis ménos blanco, tenia esa delicada finura que sólo ostentan las hijas del Mediodia; sus ojos negros y magníficos, sus cabellos tambien negros y una gracia inefable en su atractiva sonrisa.

Tenia el color pálido, lo que la embellecia en extremo; el alma y el sentimiento tienen ese color, como dice Lamartine.

Llevaba el traje rosa, y una pequeña mantilla de encaje negro se cruzaba en su pecho, sujeta con una rosa natural.

Sus manos eran de una forma tan linda, tan pequeñas, tan graciosas, que áun á traves del guante se adivinaba su belleza.

Las dos damas hablaban sonriendo, cuando la morena, que parecia más jóven que su compañera, apoyó con viveza su mano sobre el brazo de la otra y contuvo un grito:

—¡Es él!—dijo con voz contenida y temblorosa.

—¿Quién?

—¡El! ¡Federico!

—Y bien, ¿dónde está?

—¡Allí!

Y con un ademan señaló á un jinete que se adelantaba y que iba á pasar muy cerca de la *victoria*.

Un gallardo jinete que miraba distraido á la multitud.

La jóven morena no pudo decir más: como la *victoria* subia en direccion contraria, muy pronto se encontraron.

Entónces sucedió una cosa extraña.

La mirada de aquel jóven halló la mirada de la dama, é instintivamente detuvo su caballo.

En la mirada de aquella mujer, que brilló un solo instante, se leia un mundo de amor y de promesas

Habia sido una abstraccion involuntaria, un éxtasis de un segundo; quizá aquella mirada fija, sin objeto, no indicaba nada; pero el jinete, que habia palidecido densamente, contuvo así mismo una exclamacion de sorpresa.

Cuando quiso darse cuenta de lo que sentia, la *victoria* se habia alejado entre aquel torbellino, y en vano revolviendo su caballo quiso seguirla; no la halló.

—Y bien, Luisa—decia la jóven rubia sonriendo,—¿será cosa de que ames verdaderamente á ese hombre?

—No lo sé—contestó con temblorosa voz,—no lo sé, Mercedes, pero he creido morir.

—¡Bah! Eres muy impresionable....

—No; bien sabes tú que yo he huido de esta aventura, de la cual tu tienes la culpa.

—¡Yo! ¡Qué cosa tan buena! ¿Soy yo quien te ha dicho que le ames?—preguntó Mercedes con burlona sonrisa.

—Ante todo—dijo Luisa—da órden á tu cochero de que nos lleve á tu casa: Federico nos buscará.

—¡Que lástima!—dijo Mercedes cuando hubo dicho rápidamente al cochero el deseo de su amiga,—ir á encerrarnos con esta tarde tan hermosa; y luégo ¿por qué?...

—Te ruego me perdones, pero no quiero que me vea.

—¡Si le has de amar!.....

—¡Oh! ¡Quiéro luchar aún!

—¡Para ser vencida! ¡No vale la pena!

El carruaje se detuvo delante de un lindo *hotel* rodeado de jardines, la verja se abrió, y aquel penetró por la ancha calle enarenada, deteniéndose al pié de la escalera.

Las dos jóvenes subieron asidas del brazo y penetraron en un elegante gabinete.

—¡Qué fastidio!—dijo la jóven rubia sentándose, ó más bien, recostándose en una pequeña butaca con una indolente y muelle pereza;—¡qué fastidio encerrarse aquí por huir de tu romántico amador!

—¡Mercedes!

—¡Sí, ríñeme ahora, despues que te he obedecido!

—¡Pero no ves—dijo Luisa con anhe-

lo—que *él* iba á seguirme; que iba á saber quién soy!.....

—¿Y qué importa? ¡Al fin lo ha de saber!

—¡Tal vez no!

—¡Bah! eres muy inocente, Luisa; él sabrá ya á qué atenerse respecto á tí.

—¡Oh no! ¿De qué manera? Tú sabes que yo no he salido en este tiempo sino en coche cerrado, que no he asistido á ninguna de esas fiestas para que he sido invitada, por temor de encontrarle....

Mercedes se encojió de hombros y sonrió.

—De todos modos—dijo,—¿qué te propones de ese juego?

Luisa se puso muy encendida, y miró á su amiga con expresion de queja....

—¡Juego!.....—dijo con acento de reconvencion.

—No sé cómo llamarle.

—Pues bien, Mercedes, voy á ser franca contigo; desde aquella noche en que tuviste el capricho de que nos disfrazásemos; desde que creyéndole Alejandro, y para darte á tí tiempo de escapar, le detuve, yo no sé qué revolucion se ha operado en mi sér!

—¿Cómo? ¡Si apénas le viste!

—Es verdad, pero su voz vibra constantemente en mi corazon, su nombre acaricia

mi pensamiento, sus cartas, en fin, son ya una necesidad de mi vida.

—¿Te ha escrito?—preguntó Mercedes con sorpresa.

—Sí.

—Nada me has dicho.....

—¡Oh! era mi secreto. Aquella noche, cuando yo te creí en salvo, quise dejarle; entónces supe con terror que no era el conde de San Estéban.

—Seguramente; ese fastidioso Alejandro estaba ya en casa cuando yo vine.

—¡Dios mio! Nunca me has hablado de eso; ¿y qué pasó?

—Nada—dijo tranquilamente la rubia;—yo llegué algunos instantes despues que él, Pepa me esperaba y me lo dijo..... ¡Oh, es una chica incomparable!.... Me desnudé en la casita del jardinero, y con mi peinador de *cachemira*, y el cabello medio suelto, fuí á buscarle á su despacho.

—¡Y bien!

—Al verme lanzó una exclamacion de sorpresa, se vino hácia mí y me asió las manos.

«¿Me esperabas, Mercedes mia?—me dijo muy conmovido.

»Sí por cierto, le contesté, y ya me iba cansando.....

»¡Ah perdóname; si supieras..... exclamó.» Quise ver si me habia seguido creyéndome otra, ó si me habia conocido, y fingí estar enfadada por su tardanza.....

Entónces me contó, sin omitir un detalle, que habia creido conocerme porque oyó una risa parecida á la mia, que habia seguido á dos máscaras, y que se le habian escapado al fin..... ¡Oh! es muy singular —continuó Mercedes riendo; — mi muy amado esposo creo que sólo seria feliz si le permitiese llevarse en el bolsillo la llave de mi gabinete!

—Porque te ama,—dijo Luisa.

—Pues, hija, sea la que sea la causa, el caso es que sus celos me fastidian.

—A veces podias evitarlos; ¿quién te manda coquetear con Rafael?.....

—¡Ah! Luisa, yo te lo suplico, no me obligues á recibir una leccion de moral práctica: ¡si vieras cómo me aburres cuando me hablas de eso, querida mia!

—Pero ¿le amas?—insistió Luisa.

Mercedes lanzó una burlona carcajada.

—¡Amarle yo! ¡Ah! ¡Qué idea! ¿Estás loca, Luisa?

—Si no le amas ¿qué objeto tiene esa coquetería?

—Es mi secreto —contestó Mercedes moviendo con negligencia su rubia cabeza.

—¡Tu secreto! Pues bien, confíamelo, ¿no sabes tú los mios?

—¡Oh! eres insufrible, mi querida amiga, no se puede hablar á medias contigo.

Luisa tomó un taburete, y lo acercó á Mercedes, asió sus manos, y le dijo concariño:

—Ya te escucho.

—Pues bien, mis coqueterías con Rafael obedecen á un plan.

—Veámosle.

—A un plan altamente moral.

Luisa se sonrió.

—Ese calavera—continuó Mercedes,—sostiene una teoría muy singular.

—¿Cuál?

—La libertad del amor; dice que si una mujer sola no realiza el ideal de un hombre, puede amarse á dos, á tres.... ¡qué se yo á cuantas se extiende la caprichosa ley en que se apoya!

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Por Alejandro.

—¡Cómo! ¿Alejandro te ha dicho?...

—El mismo, querida mia; los hombres no hacen otra cosa que equivocarse.

—Pero yo no me explico.

—¡Dios mio! Luisa—dijo Mercedes apoyando su cabeza en la butaca,—me desesperas! ¿No comprendes que al saber yo esa locura, he querido castigarle?

—¿De qué manera?

—De la única que me es posible: haciéndole amar á una sola.

—Es un juego muy peligroso.

—¿Por qué?

—Puedes enamorarte.

—Yo no me enamoro tan fácilmente como tú.

—Yo soy libre—dijo Luisa alzando con orgullo su frente altiva,—y puedo amar.

—¿Y sabes tú si el hombre á quien amas lo es?

Luisa palideció densamente, y luégo se puso muy encendida.

Su cabeza inclinada hácia Mercedes pareció extremecerse; al fin dominando su emocion pudo decir:

—¡Creo que lo es tambien!

—¡Creo! ¡bonita palabra! ¿Es decir que no lo sabes?

—No lo sé: no me ha ocurrido siquiera el temor de que no lo fuese.

—Ya ves cómo sois iguales todos los moralistas del mundo. Iguales en lo fastidio-

sos y en que no sabeis lo que decis. Pretendes que no debo mirar á Rafael porque no soy libre, y amas á un hombre que acaso no lo es tampoco.

—Tienes razon, Mercedes; he debido ántes de amar saber á quién amaba, pero...

—Pero eso no entraba en tus cuentas, ¿eh? ¿Crees que he olvidado aquel capricho tuyo....

—Y bien, no hablemos de eso; será lo que Dios quiera.

—Vamos, tranquilízate, mi pobre Luisa; Federico es libre.

—¡Ah! ¿Cómo lo sabes? dime, dime por Dios lo que de él sepas,—exclamó con vehemencia Luisa.

—En verdad que me das miedo; ¡cómo amas á ese hombre!

—Y bien, sí, le amo con toda mi alma; habla pronto.

—Alejandro le conoce, más aún, es su amigo!

—¿Cómo no me lo has dicho?

—¿No querias tú *amar por sólo amar*, sin que pudiera influir en tí el nombre, posicion, etc.?

—Eres cruel, Mercedes.... ¡por favor!

—Pues bien, formalmente, sólo sé de él

que es un artista distinguido y un hombre de corazon: Alejandro le estima mucho.

—Luisa respiró como si su corazon se aliviase de un gran peso y se puso de pié.

—¿Qué, te vas?

—Sí.

—¡Pues tiene gracia! Despues que me has hecho volver, me dejas sola!...

—Tengo que hacer á esta hora...

—¡Vete! hace algun tiempo que estás más fastidiosa que un tratado de *filosofía elemental;* vete, y Dios vaya contigo. ¿Qué se puede esperar de quien se enamora?

—Todo lo tomas á broma, Mercedes mia, ¿no ves que está mi padre solo?

—¡Bah! ¡Y tendrá miedo!

—No; pero está delicado, ya lo sabes, y me necesita á mí; por complacerte he salido.

—¿Sí? ¡Pues has tenido buena manera de complacerme! en fin, te acompañaré hasta tu casa.

Y Mercedes, levantándose, fué á tocar un timbre.

Una doncella apareció.

—El coche—dijo volviéndose hácia ella Mercedes y sin mirarla siquiera.

—Está puesta la *victoria:* como la señora condesa no dijo nada...

—Bien, bien, tanto mejor, vamos.

En aquel instante la puerta se abrió y un hombre apareció en ella.

Tendria 40 años, una fisonomía noble y simpática, y una estatura elevada y esbelta.

Era Alejandro Bramer, Conde de San Estéban, rico americano que, un poco por huir de la guerra en Cuba, y un mucho por complacer á su jóven y bella esposa, hacia dos años habia venido á España, fijándose en Madrid.

Mercedes Varela tenia 20 años cuando se casó con Alejandro, una belleza encantadora y una gran ambicion de goces y riquezas; no tenia más, pero esto es generalmente lo que tienen la mitad por lo ménos de las quese casan.

Su esposo tenia una gran fortuna, un nombre distinguido, una loca pasion hácia la jóven á que habia dado su nombre, y un rico porvenir de esperanzas de felicidad.

Con todas estas dotes de ambos esposos, no hay que decir si la luna de miel, pasada á bordo de un buque que hacia la travesía á Europa, seria deliciosa.

¡Una luna de reflejos celestes rielando sobre un mar sereno!

No nos extenderemos en detalles, por-

que ya sabemos que esas lunas tienen la duracion... ¡de todas las lunas!

Tendriamos que lamentar su brevedad y no nos gustan las lamentaciones... ¡Plagiar á Jeremías es triste!

Diremos solamente que la jóven, que en el mar habia parecido amar á su esposo, al pisar la tiera firme debió sin duda decirse que los idilios del Océano no pueden repetirse en el prosáico suelo, y cambió de táctica, con gran pena de Alejandro, que habia creido eterno aquel divino sueño mecido por las olas.

Más adelante ampliaremos estas explicaciones, volviendo ahora á nuestro asunto.

Alejandro, al ver de pié á las dos amigas, y con las mantillas puestas, se detuvo indeciso.

Las saludó con una inclinacion de cabeza y dijo á Mercedes:

—¿Vas á salir?

—Voy á acompañar á Luisa hasta su casa,—contestó ella con frialdad.

—En ese caso, y si has de volver á casa, te esperaré.

—¿Me acompañarás esta noche al teatro?—preguntó Mercedes.

—Sí—contestó vivamente Alejandro,—ya sabes que mi mayor gusto es complacerte.

—Entónces hasta luégo, amigo mio,—dijo enviándole una sonrisa.

—Adios, conde,—dijo Luisa distraida.

—¡Oh! voy á acompañarlas hasta el coche,—contestó Alejandro ofreciéndole el brazo.

Mercedes iba delante; bajó la escalera con ligereza y subió sin esperar á Luisa, á la que el Conde dió la mano.

El coche salió, y Alejandro fué á apoyarse en el balcon del gabinete que ántes ocuparon.

Aún se veia la *victoria* en que iban, cuando un jinete cruzó rápidamente, llegó á alcanzarla, y saludó á Luisa y la Condesa, siguiendo al trote junto á ellas.

Alejandro le vió, y una exclamacion de rabia se escapó de sus labios.

—¡Ah!—dijo—¡siempre ese hombre en su camino! ¡Dios mio, Dios mio!..... ¡Esto es insufrible! Y ella, ella que tenia tanta prisa en salir. ¿Le esperaria?....

Un mundo de tumultuosos pensamientos debió abrasar su frente, porque la apoyó en su mano con desaliento.

—No,—dijo despues,—¡es imposible que

eso sea, yo estoy loco! ¡Un celoso es un salvaje! ¡Conozco que mi mujer no me ama, pero de no amarme á mí á amar á otro hay una distancia inmensa! Ella es buena, yo sabré hallar de nuevo el camino de ese corazon..... que ántes fué mio!

CAPÍTULO II.

LOS CAPRICHOS.

Si en ese mundo loco y fantástico de las debilidades humanas hay algo bello, gracioso y distinguido, son seguramente los *caprichos*.

Los caprichos son como los decretos de la fantasía, de esa loca soberana, cuyas locuras, tan dulces á veces, se imponen casi siempre á la severa razon, como un rey ligero impone un tributo á un pueblo libre.

Es verdad que los caprichos pocas veces llegan á tener forma real, pero, áun en la apariencia, ¡qué cosa más bella!

Los caprichos del genio, los caprichos del talento, forman un mundo aparte, brillante y fantástico, que refleja de vez en cuando un rayo de su luz sobre ese otro

mundo opaco y vulgar en que impera la ley de la costumbre.

Los caprichos son lo gracioso, lo fantástico, que flota sobre la vida, como flota sobre la flor el perfume, y la espuma sobre la ola....

Luisa Valmes era una mujer caprichosa.

Pero Luisa era artista, tenia ese talento delicado que esparce en torno de un sér como una atmósfera simpática, y sus caprichos eran adorables.

Nubecillas de luz y oro sobre un cielo azul: tales eran sus caprichos.

Educada entre la atmósfera saturada de goces que crea la riqueza, y halagada por el ardiente cariño de su padre, que constituia toda su familia, Luisa no conocia el dolor.

Era la planta florida á que jamás han faltado las brisas ni el Sol. Su posicion, su talento, su belleza, habia atraido en torno suyo esa córte de enamorados que rodea siempre á la mujer hermosa, como rodean las mariposas á la flor.

Pero jamás se habian fijado sus hermosos ojos en aquella multitud de pretendientes.

Luisa no era mujer á quien se enamorase

con esas palabras siempre iguales, y cada vez más vulgares, que dicen los amantes en todas las épocas.

Luisa sonreia con desden al ver la humilde actitud de aquellos hombres que seguian sus pasos como los satélites de un astro superior.

Nacida en esa tierra prometida que se llama América, bajo aquel ardiente Sol y en aquella atmósfera impregnada de perfumes, su alma tenia una vehemencia extrema, su espíritu claro y recto era brillante, su talento profundo como el azul de aquel cielo.

Luisa tenia diez y siete años cuando la revolucion española hizo saltar una chispa á la rica isla que borda de perlas su arrogante manto, y la chispa encendió bien pronto un voraz incendio que debia consumir muchas fortunas.

La de D. José María Valmes, padre de Luisa, fué de las primeras en verse comprometida.

Sus ingenios de azúcar y café, quemados y destrozados, hundieron el porvenir sereno y brillante de Luisa entre sus columnas de humo.

Aún tenia una renta, que bastaba á cu-

brir sus necesidades, sobre uno de los bancos de Europa, y Valmes, queriendo separar á su hija de aquel espectáculo de guerra y devastacion, se alejó de la Habana, donde residian, abandonando al azar los intereses que aún conservaba allí; y ateniéndose á su renta, se embarcó para España.

Luisa estaba en la edad en que no se conoce aún el valor del dinero, y no sintió el golpe que su porvenir habia recibido.

Se alegró mucho de venir á Madrid, donde bien pronto logró fijar la atencion con su belleza, y apénas recordó aquellos campos asolados, que abreva la sangre de tantos y tantos mártires como luchan en ellos.

Muy poco despues de su llegada vino á España la Condesa de San Estéban, y las dos americanas reanudaron su amistad, tanto más íntima, cuanto más léjos se hallaban del lugar en que nacieron.

Hemos dicho que Luisa era caprichosa, y debemos hablar de algunos de sus caprichos, para que el lector la vaya conociendo.

Luisa queria ser amada por su alma, por sus pensamientos, por esa intuicion misteriosa que la razon no se explica, pero que siente el espíritu.

Decia, y acaso no le faltaba razon, que admirar á una mujer, amarla como se ama una bella obra de arte, no es amor; es una idolatría de la forma, es el culto de la materia, y que un alma verdaderamente grande debe aspirar á algo más.

Que ese sentimiento pasaria al pasar la belleza que lo inspiraba.... ¡y Luisa soñaba eterno el amor!...

Luisa no queria ser *conocida*, queria ser *adivinada*.

Su brillante fantasía formaba un sueño magnífico: el de ser amada por *reverberacion*, si así puede decirse; por una atraccion simpática, independiente de la voluntad.

Así como una flor es adivinada por su aroma, Luisa queria serlo por su alma.

Ella era artista.

El arpa y el piano adquirian bajo sus dedos todas las melodías de la creacion.

Su alma ardiente, apasionada y entusiasta, trasmitia á los sonidos que unia con una cadencia incomparable, su exuberante y rico sentimiento.

Sus melodías tenian esa frescura, esa pureza y morbidez del genio, que un talento vulgar jamás logra imprimir.

Su pensamiento florido y cándido palpitaba en ellas.

Luisa improvisaba con maravillosa facilidad.

Ella tenia la esperanza de que aquel lenguaje de su alma fuese comprendido por un sér que realizára sus deseos, y arrojaba su corazon entero en sus creaciones.

¡Dulce sueño de sueños que ilumina el mundo brillante de nuestra primera ambicion!

¡Ser amados! ¡He aquí todo el anhelo del alma!

¡Y ese sueño es tan bello que, áun despues de verle desvanecido, llega á nuestra memoria como el reflejo de una luz lejana.

CAPÍTULO III.

COQUETERÍAS.

Rafael Alvarez, á quien ya conocen nuestros lectores, llegó hasta el carruaje que rodaba rápidamente hácia la calle del Prado, y saludó con soltura á las dos americanas.

Luisa le contestó con indiferencia, y Mer-

cedes apénas le miró; pero recostándose sobre el almohadon de seda azul en que se apoyaba, volvió hácia Rafael lentamente la cabeza.

Sus ojos semi-velados se fijaron en él con una indolencia tan encantadora que atraia; su boca se entreabrió con una dulce sonrisa, y comenzó á quitarse lentamente un guante, pasando despues su blanca y pequeña mano por entre sus vaporosos rizos.

Rafael la envolvió en una mirada ardiente; la actitud lánguida y coqueta de Mercedes le infundió sin duda audacia, porque su mirada se hizo atrevida.

Se inclinó hácia ella, y la dijo á media voz:

—He esperado en vano en la Castellana. ¿No ha ido Vd?...

—Sí,—contestó Mercedes sin cambiar de postura,—pero Luisa...

Luisa la miró vivamente sorprendida; iba á hablar, cuando Mercedes continuó:

—Luisa se puso mala, y tuvimos que retirarnos.

—¡Ah! siento mucho la indisposicion de esta señorita.

—Gracias,—dijo friamente Luisa.—¡Ya hemos llegado, Mercedes!

—¡Ah! ¡Qué pronto!—exclamó Mercedes.

—¿Ireis esta noche al Circo?—dijo rápidamente Rafael, que habia desmontado y tendia la mano á la rubia.

—No sé.

—¡Ah! ¡Por Dios, Mercedes, ved que jugais con un corazon!

—¡Yo!

—Sí, y es preciso, completamente preciso que os hable.

—¡Oh! caballero, yo escucho siempre, pero no sé...

Rafael hizo un movimiento de impaciencia.

Luisa, pasando su brazo por el de su amiga, se dispuso á entrar en su casa.

—Adios, caballero,—dijo á Rafael.

Mercedes le tendió la mano y le dijo con voz ligeramente trémula:

—Adios.

—¡Ah, Mercedes!

Ellas pasaron: Rafael las miró hasta que desaparecieron en la ancha escalera, montó á caballo y se alejó.

—¡Mercedes, por Dios!—decia Luisa,—¿no ves que ese hombre es un atrevido, que Alejandro tendrá celos, y que tú expones

en ese juego la felicidad de toda tu vida?

—¡Eh, querida mia, déjame en paz! ¡Es un tonto, pero me divierte!

Cuando las dos amigas entraron en el gabinete de Luisa, ésta hizo una rápida seña á su doncella, que contestó con un gesto afirmativo.

—Dame pronto....—dijo Luisa, quien se ruborizó.

La doncella sacó del pecho una carta, y la entregó á Luisa diciendo:

—Acaban de traerla.

Luisa hizo una señal, y la doncella salió.

Las dos amigas quedaron solas.

—Y bien,—dijo Mercedes,—¿qué hay? ¿por qué tiemblas de ese modo?

Luisa tenia en la mano una pequeña carta, y la miraba sin atreverse á romper el sobre.

—¡Es de él!—preguntó Mercedes:—¡Ah! Vamos, comprendo perfectamente por qué me has hecho venir sin descansar; ¡deseabas sus noticias!

—Yo no sabia que me escribiera...

—Y bien, ve pronto lo que dice, pues tengo que irme.

La hermosa frente de Luisa se enrojeció como si hubiesen extendido ante ella un velo de púrpura.

¡Hacer conocer su secreto á la frívola Mercedes!...

Ella dudó aún, hasta que Mercedes dijo aparentando enojo:

—¡Ah! no quieres que lo sepa; en ese caso, y puesto que no te inspiro confianza...

—Espera Mercedes, espera; voy á ver lo que dice;—y rompiendo rápidamente el sobre, desdobló el pequeño pliego que contenia.

Algunas líneas estaban escritas sobre el blanco papel, por una mano al parecer fuerte y vigorosa.

La frente de Luisa se serenó al pasar su vista por aquellas líneas, y alargó la carta á Mercedes.

Esta leyó:

«¡Luisa! ¡Luisa! os he reconocido; érais vos, *eras tú*, ¡el sueño de mi alma! Gracias; te amo, y sé que me amas; me lo han dicho tus ojos.

»Todo tuyo,

FEDERICO.»

—¡Ah, ah! ¡Qué cosa más buena!—dijo Mercedes con una carcajada,—¿sabes que seria muy difícil saber si es á tí ó á mí á quien se dirige esta carta?

—¿Qué dices?....—exclamó Luisa, que habia palidecido.

—Que de la misma manera que tú le miraste le miré yo, pues despertaste mi curiosidad con tu aviso.

—El me miró á mí.

—Por un instante; pero despues sus ojos se fijaron en los mios.

—¡Oh! Mercedes, tú no sabes qué daño me hacen tus sospechas; ¡si fuera tí á quien él amára!

—¡Ah! ¿Y vuestra hermosa *reverberacion* del alma, señores artistas? Está visto: no valeis gran cosa fuera de vuestro mundo de nubes y sueños; en el mundo real sois lo más prosáico, lo más loco y lo más divertido que conocemos los simples mortales.

—¡Calla, Mercedes! ¡Me estás matando! dijo Luisa, en cuya voz temblaban las lágrimas.

—Hija mia, si la echas de sentimental, me voy; pues entre las muchas cosas que me fastidian en el mundo, es la primera el sentimentalismo romántico.

En aquel momento se corrió una cortina sobre su vara dorada, y apareció el padre de Luisa.

Saludó con cariño á la Condesa, que se levantó para despedirse, y besó á su hija en la frente.

—Valmez, —dijo Mercedes con su ligereza habitual,—Luisa no quiere acompañarme al teatro; me retiro pues.

—¿Y por qué, hija mia, te niegas á aceptar la proposicion de tu amiga? Yo tengo que salir esta noche, é iba á pedirle que te llevase en su compañía.

—Papá, no estoy-buena....

—¡Bah! eso te distraerá. Condesa, si teneis la bondad de venir á buscar á Luisa, tendrá el gusto de acompañaros.

—En ese caso, hasta luégo.

Y bajándose á besar á Luisa, la dijo con voz contenida:

—No temas; si me ama, te lo cederé sin esfuerzo... ¡Líbreme Dios de un artista!

CAPÍTULO IV.

UN AMOR EXTRAÑO.

Debemos algunas explicaciones al lector.

Ya habrá comprendido que aquel ligero encuentro de una noche de Carnaval, que

le dimos á conocer, habia puesto en contacto dos almas, y basta una chispa para que la simpatía establezca su corriente magnética.

Luisa, obligada por su promesa de escribir al artista, ó acaso obedeciendo á una atraccion misteriosa, más fuerte que su voluntad, le habia dirigido leves palabras, dándoles las gracias por su delicadeza.

Pero aquellas palabras, sobrias, graves, tenian tanta gracia, tanto encanto, que el pintor quedó admirado de ver que unas cuantas frases, trazadas por una mano desconocida, tenian tan poderoso imperio sobre su corazon.

Dos almas jóvenes, entusiastas y apasionadas, se comprenden muy pronto porque el sentimiento las identifica; además, el sentimiento tiene en cada sér distintas manifestaciones.

Luisa y Federico siguieron escribiéndose; insensiblemente sus plumas escribieron la palabra *amistad*, despues esa frase tan bella les pareció poco expresiva, y se hablaron de simpatía, y al fin, como una consecuencia natural, aquellas almas puestas en contacto, unidas por la corriente de las ideas, la más impetuosa de todas las cor-

rientes, se hablaron de amor.

Luisa no era, ya lo hemos dicho, una mujer vulgar; comprendió que aquel amor era algo extraño, pero que él era su destino.

Luisa tenia un alma vírgen: ella, como toda mujer que vale mucho, era muy difícil de enamorar.

Porque la mujer, para amar, es preciso que admire, que respete y estime. ¡Es imposible que una mujer ame á un hombre que moralmente valga ménos que ella!

Tan pronto como la mujer conoce que tiene superioridad sobre el que le ofrece amor, ya no puede amarle, porque ella, débil y dulce, necesita ser atraida por una grandeza que le inspire admiracion, que le imponga respeto. El hombre, al contrario, creemos que necesita para amar que la mujer que ame valga ménos que él, porque por una consecuencia natural de su manera de ser, gusta de proteger, de guiar y enseñar, y de ningun modo admite una superioridad que le hiere en su altivez.

Así son tan desgraciadas las mujeres que sobresalen en talento é instruccion al hombre á que están unidas; ellas no pueden amarles, y ellos no les perdonan jamás el ridículo de valer ménos.

Para que en la union de dos séres brote la felicidad, debe existir ese equilibrio admirable, que parece precedió á la formacion de la primera pareja del mundo; con identidad de gustos, con identidad de sentimientos y deseos, una inteligencia *relativa*, digámoslo así, á fin de que el que ha de obedecer no sea el que deba mandar.

Luisa sentia, con las cartas de Federico, tanto la fascinacion del corazon como la fascinacion del espíritu.

Aquel era su lenguaje, es decir, el lenguaje soñado, anhelado por ella.

Aquel era el lejo de la inteligencia, delicado, purísimo, que acariciaba sin herir la susceptibilidad del más exagerado pudor; aquel lenguaje era ardiente, apasionado; y sin embargo, sus palabras más atrevidas eran para el alma como la brisa para las hojas de la sensitiva, que la acarician sin ofenderla: era la pureza del sentimiento que se retrata en la verdad.

Luisa sentia despertar una nueva vida en su sér con las palabras de Federico.

Cada una de ellas parecia enseñarle mundos desconocidos; parecia que sus pensamientos habian estado envueltos en velos de sombras, y que cada frase del pintor ar-

rancaba uno de aquellos velos...

El despertar del sér inteligente á la voz de otra más poderosa inteligencia, es como una trasfiguracion prodigiosa que se parece algo al desenvolvimiento de la crisálida.

La inteligencia jamás despierta por sí misma: necesita un choque;— á veces es el del dolor, el de la soledad, el de un desengaño; otras un amor, un sueño de cielo...

Investigad la vida de todos los genios: la inteligencia duerme en su cerebro, como un depósito ignorado, colocado allí por la mano de Dios; acaso una existencia de calma hace morir al individuo sin dar tiempo á que se encienda ese fuego sagrado escondido en su pensamiento, pero ¡un choque lo revela siempre!

¡Quién sabe si esos globos de luz que bordan el vacío con guirnaldas de estrellas, no eran al formarse otra cosa que cuerpos oscuros, opacos y sombríos, y un choque material les ha encendido para hacerles visibles y admirados!

Las leyes de la existencia física guardan una relacion admirable con las de la existencia moral.

Luisa, al choque de su alma con otra alma, vió brillar espacios jamás soñados, ilu-

minados por reflejos celestiales.

Ella amó á Federico cuanto un corazon puede amar, y aquel amor, nacido de una idealidad, llegó á ser la vida de su espíritu, la vida de su corazon.

Ella apénas le conocia; tenia una idea de su figura, pero no hubiera podido decir de qué color eran sus ojos, ni cual era la forma de sus manos.

Sin embargo, le amaba porque comprendia que el hombre que habia sabido despertar su corazon, el que con el solo poder de la voluntad habia adquirido tan grande imperio sobre ella, debia ser amado, no sólo por la forma más ó ménos bella de su persona, sino por ese algo magnético que flota sobre nuestro sér como el perfume sobre la flor.

Algunas veces su pensamiento se detenia sobre Federico de esa manera graciosa y casi asustada con que se detiene un ave en una cumbre como para medir el espacio. Concentraba sus recuerdos, formaba con el poder de su voluntad aquella imágen ya querida, y la veia tan agradable, que cerraba los ojos como para no alejar aquella sombra, evocada por su pensamiento y retenida por su amor.

Luisa, enamorada, era más caprichosa que nunca.

Habia tenido miedo de perder su ilusion, y habia rogado al artista no intentase conocerla hasta que, decia, haya podido analizar mi sentimiento.

De esta manera se amaban, cuando la casualidad les hizo encontrarse, y ya hemos visto que ambos se adivinaron.

¡Ah! ¡es que en la mirada de la mujer que ama hay algo tan grande, que no puede desconocerse por el hombre que inspira ese amor!

Luisa estaba como envuelta en un vértigo dulcísimo.

Le parecia ver á Federico extasiarse ante ella y mirarla con el asombro del deslumbramiento.

Y esto le halagaba, pues por más que amase con idealidad, habia en ella algo de temor cuando pensaba en que el artista no la conocia.....

Además, ¿á qué mujer jóven y enamorada no le gusta parecer hermosa al hombre de su amor?

CAPÍTULO V.

LOS CELOS.

Volvamos á encontrar á Luisa despues de haberse alejado Mercedes.

Las palabras de ésta habian despertado en su corazon un sentimiento amargo y punzante, que ella misma no comprendia.

Tenia celos.....

Y cuando una mujer como Luisa ama y está celosa, se transfigura, se engrandece maravillosamente.

Los celos en un alma pequeña, en un corazon vulgar, quedan confundidos entre todas esas miserables pasiones que se llaman envidia, vanidad y egoismo; pero los celos de un sér superior son un sentimiento verdaderamente grande.

Confesamos que nos seduce ese estado excepcional del sér celoso, cuando siente subir de su corazon á su cabeza como un vapor de fuego que envuelve sus ideas.....

¡Qué arranques tan magníficos, qué decisiones tan rápidas, qué enajenaciones tan sublimes!.....

¡Qué grato debe ser para la persona ama-

da inspirar ese desvarío! ¡Cómo debe satisfacerse su orgullo!

Una mujer celosa levantando el puñal sobre el que ama, y arrojándole sin tocarle, cayendo en seguida á sus piés..... ¡qué cosa tan bella!

¡Ser á la vez leona y gacela! ¡Ser el tigre pronto á despedazar y el corderillo que acaricia!.....

¿Qué quereis que os diga? ¡Esto es encantador!

Esa transfiguracion de lo terrible á lo gracioso, esa transaccion del sentimiento más amargo al más dulce, es de un irresistible encanto, de una magia incomparable.

¡Porque sólo la mujer de alma ardiente, de corazon apasionado puede sentir y sublimar esas luchas!.....

La mujer meridional, la mujer de sangre de fuego, que palpita en hirvientes oleadas bajo un seno de mármol, es la que realiza ese ideal magnífico.....

La italiana, que ama y mata si se la engaña; que hace de la fidelidad de su amante el átomo que separa los abismos del amor y el odio, y una vez que falta aquel, odia con la misma intensidad que amó; la española, que no odia, pero que se transfi-

gura en sus celos con una grandeza verdaderamente genuina, original, que ninguna mujer del mundo puede imitar, pues es la explosion sublime del calor que fermenta en el alma, y se desborda en ella como un licor en un vaso demasiado estrecho, son las mujeres que pueden glorificar el amor, porque ellas saben sentirle en toda su intensidad.

Luisa no era la indolente cubana que, adormecida por el Sol de fuego de su país, habia sentido apagarse su fortaleza entre aquellos brillantes efluvios; era la mujer enérgica, apasionada, de corazon de fuego, cuya alta y orgullosa cabeza sólo á la pasion, que domina siempre, debia inclinarse.

Luisa, celosa, era una mujer sublime.

Sus celos eran extraños, pues ella no creia que Federico pansara en otra mujer; tenia celos de que esta mujer le amase.

Así, la lucha que sostenia entre su espíritu y su corazon no tenia la amargura del desengaño, sino la rabia de una posibilidad.

Era como el dolor de una profanacion.

Habian tocado á su ídolo con el pensamiento, y Luisa hubiera querido despedazar aquel pensamiento: esto era todo.

La duda es como un dardo envenenado,

que, áun arrancándole, deja algo de su ponzoña en la sangre.

Luisa dudaba.....

¿Llegaría el pintor á amar á otra?

Esta idea flotaba sobre su pensamiento con la pesadez de la niebla sobre el horizonte.

—Sí,—decia,—esa mujer puede fijar su atencion, es hermosa..... ¡Oh, no! ella no es libre..... y además yo le amo..... ¿No ha de tener este amor la fuerza magnética que se necesita para atraerle siempre? ¡Yo sola puedo comprender el amor tal como Federico le anhela, como una mezcla de sueños de luz, como un éxtasis eterno!... ¡Ah! otra mujer profanará ese sentimiento purísimo, más delicado, más inmaterial que aquella simbólica flor del Loto, revelada á los brahmanes de la India..... Otra mujer hará trizas esa idealidad que, como una nube sublime, él ha extendido de su corazon al mio.... ¡Oh! pero ¿acaso es posible? ¡Una mujer entre él y yo! ¡Qué locura! Yo, que he sentido despertar mi sér al eco de su voz, que he recogido uno á uno sus pensamientos y los he analizado para embriagarme en su perfume; yo, que he identificado mi alma á la suya, que le he seguido en sus delirios,

que le he comprendido en sus esperanzas, que le he adivinado en sus deseos, ¿habria de creer que otra mujer le ofreciese su amor? ¡Imposible! Además, Mercedes no puede amarle..... Es verdad, repetia, que á mí no me conoce..... que ella puede atraerle..... ¡ah! pero ¡qué locura! Digo que él *no me conoce:* ¿acaso el sér inteligente, el sér moral que se oculta bajo nuestra grosera apariencia, necesita esa aproximacion material para adivinarse? ¿Acaso la forma es todo? Esta corriente simpática que ha unido nuestros dos pensamientos, nuestros dos corazones, nuestras dos voluntades, ¿no tiene valor alguno? ¿Se desharia este encanto porque su cabeza fuese ménos fina, su voz ménos dulce, sus actitudes ménos graciosas?.... ¡No, y cien veces no! De ser así, la union eterna de dos séres seria un sarcasmo, pues no siendo posible conservar una eterna belleza, no lo seria conservar un eterno amor..... Admitir ese principio seria borrar cuanto se ha dicho y se ha creido acerca del sentimiento moral del sér inteligente; admitir esta idea era rebajar de un golpe á la condicion de instinto brutal lo que se ha creido atraccion del espíritu, era negar ese *algo* impalpable que flota como una

luz sobre nuestra sombra, era prescindir de un alma inmortal..... ¡Oh! voy á escribirle, pero yo quiero absolutamente seguir siendo un misterio para él.....

Luisa fué hácia un pequeño velador, tomó papel y se dispuso á escribir.

Estaba muy pálida, y una emocion poderosa la conmovia.

Veamos lo que escribe:

LUISA Á FEDERICO.

«¡Sí! *¡era yo!*..... ¡mis ojos te han dicho la verdad!... ¡te amo!... pero oye bien lo que voy á decirte. No *quiero* que nos veamos todavía; no *quiero* que sepas de mi nombre más que lo que yo te he revelado; no *quiero* que me busques. Mi alma te sigue, mi pensamiento vuela alrededor del tuyo como una mariposa al de la luz que la atrae; pero no quiero aún ser vista por tí..... Ha de ser mi alma la que te ame, y no mis sentidos, ha de ser mi espíritu el que te acaricie, y no mi imágen. Deseo que los lazos que nos unan los forme esa atraccion inmaterial que es como un iman poderoso que domina todas las impresiones.

»Es la realizacion del sueño de toda mi

vida lo que te pido..... Nosotros nos amaremos en el misterio, unidas las almas, unidos los pensamientos; iremos hácia un mundo de luz, por entre sombras, como esos héroes de los cuentos de hadas, que caminan entre subterráneos y precipicios para llegar al eden.

»Quizá halles mi sueño muy loco..... pero tal cual es, yo le amo..... El surge de mi pensamiento como un edificio fantástico formado de encajes, de perfumes, de rayos de luz, y envuelto en armonías celestes.

»Yo tengo tanta confianza en tí, que en ese palacio que forja mi deseo he puesto sin vacilar las llaves de mi porvenir..... Yo, como el aereonauta que para inspirar fe en el mecanismo de su invencion arriesga su vida, ofreciéndose el primero á trasladarse en él, he arriesgado toda la vida de mi alma en este sentimiento que no tiene otro apoyo que tu corazon..... Yo no he tenido la prudencia del viejo marino, que sondea el fondo ántes de arriesgarse en una playa desconocida; no he medido siquiera, como el ave, el espacio que ha de cruzar ántes de tender el vuelo.

»La desconfianza y la prudencia pueden llegar, arrastrándose, muy léjos; pero el

entusiasmo vuela, y jamas calcula.

»Sus alas de luz no pueden plegarse ante el temor.

»¡Ah! ¡por el recuerdo de tu primer triunfo, por la memoria de tu madre, no engañes esta esperanza!.....

»No dejes hundirse ese palacio de sueños que encierra entre adorables quimeras la realidad de mi porvenir, porque él se apoya en tu corazon, que podria ahogarse en sus ruinas!

»No confundas el amor que yo siento por tí con los otros amores que te hayan ofrecido; la diferencia es tan grande como de una luz á una estrella.

»El soplo de tu voluntad habrá podido apagar aquellos. ¡Dios solo podria apagar éste!.....

»Y ahora quiero hablarte de mí....

»Yo no soy hermosa: no adornes mi sér de galas que no tiene.

»Mi carácter es dulce y amante en la vida real, benévolo y complaciente; pero seré tan avara de tu amor, tan locamente celosa, que acaso llegue á ser exigente.....

»Es preciso que no olvides que al amarte yo te amo de tal modo, que todo tu sér, todos tus pensamientos, todas tus sensacio-

nes han de ser mios, absolutamente mios.

»Nosotros formaremos unidos un todo completo.... el egoismo del amor, la realizacion de un anhelo infinito..... tú para mí, yo para tí; ¡ese será nuestro mundo!....

»¡Será preciso que renuncies á tu gloria!.....

»Nosotros somos dos séres que, al hallarnos sobre el mundo, nos hemos reconocido..... ¿De dónde venimos? ¡Dios lo sabe!....

»¿Adónde vamos? A realizar una aspiracion divina, á ocultar bajo el fanal del misterio dos existencias felices, temerosas de que el contacto del mundo apague esa felicidad.

»Vamos á dar forma á un sueño de ángeles, á hacer de la creacion un paraiso que se asocie á nuestra dicha.

»Pero ántes de llegar á ese eden, que se nos aparece como una luz entre una bruma, tenemos aún que recorrer sendas oscuras.... es preciso evitar el deslumbramiento ántes de poder abandonarse al éxtasis.

»Soy celosa, ya te lo he dicho.

»Para entrar en nuestro paraiso es preciso dejar léjos de él todas las memorias, todos los recuerdos.

»Yo, como esos sibaritas soberanos de

Oriente, que hacen descalzar á sus servidores ántes de llegar á su presencia, temiendo que lleven el polvo del camino en sus bordadas sandalias; temiendo que nos siga el recuerdo de otra mujer, quiero que tu alma deje léjos de mí todo su pasado, que viva de mi vida, que respire con mi aliento....

»No quiero engañarme á mí misma: tengo celos de tu pasado, tengo celos de tu mismo amor, pues creo que otra mujer de inteligencia que se hubiese hallado por casualidad en tu camino, lo habria inspirado.

»Hasta que estos celos sean desvanecidos por una prueba de tu amor, no me verás.

»Entre tanto, tus cartas y las mias seguirán formando los lazos que nos unen.

»Que el reflejo de mi amor, flotando sobre tu alma, ilumine tu pensamiento de artista.

LUISA.»

CAPÍTULO VI.

UN HOGAR SIN LUZ.

No hay nada más triste que un hogar que no ilumina el amor con su celeste reflejo.

Porque en la union de dos séres, en la union de dos corazones, ha de haber siempre esa atraccion misteriosa y simpática, que llena de luz las sombras de la vida, que da valor contra todas sus eventualidades, que allana todos los obstáculos.

Los Condes de San Estévan eran un ejemplo vivo y desgraciado de esos desdichados matrimonios que no forma un amor recíproco.

Tenian cuanto se necesita para ser felices en la vida social, y eran completamente desgraciados.

Mercedes, de carácter frívolo y ligero, sin una gran inteligencia, no podia comprender el apasionado amor que su esposo la ofrecia; y viciado su pensamiento, ya que no su corazon, por tantos y tantos ejemplos como por desgracia se hallan á cada paso en la vida social, queria buscar en emociones nuevas, en luchas difíciles, una vida artificial que llenase su corazon, vacío de todo sentimiento real y digno.

La coquetería era una cualidad inherente á su sér; ella era coqueta siempre: coqueteaba sola ante su espejo, coqueteaba con su doncella, con su perrito, y hasta con su enamorado esposo, que daba un gran va-

lor á una de aquellas monadas tan graciosas de las cuales ella no volvia á acordarse.

Sus coqueterías alentaban, como siempre sucede, á esa insulsa cohorte de necios que vaga siempre en torno de una mujer bonita, jóven y casada.

Ella no se detenia á pensar el daño que podia hacer á su decoro, á su porvenir y á su felicidad una indiscreta presuncion de sus adoradores; cumplia fielmente sus deberes, pero en aquellos deberes no se le marcaba el de no ser coqueta; ¡no habia para qué privarse de ello!

Muchas mujeres creen que el deber es una sola y única obligacion, y procuran guardarle como guarda un soldado la consigna, es decir, sin comprenderlo y como una obediencia pasiva á una voluntad superior, pero ese no es el deber.

El deber no puede limitarse en reglas generales, porque para cada sér tiene las suyas; pero en todo caso no ha de ser una *ley*, una *regla*, sino un convencimiento, una religion sagrada, una idea encarnada en el alma, á la cual se ajusten todas nuestras acciones.

El no puede tener otro regulador que la inteligencia, otra atraccion que la dignidad,

ni aspirar á otro premio que á la íntima dulzura que deja en la conciencia el haber honrado nuestra mision en la vida, el haberla elevado.

Para las mujeres como Mercedes no hay más que un deber que cumplir; y ese deber lo hacen tan descarnado, tan aislado de todos los demás deberes de la vida, que ni la sociedad, ni sus esposos mismos, les agradecen que lo cumplan.

Ella jamás tuvo idea de faltar á la fidelidad conyugal, pero jamás tampoco pensó que esa fidelidad impusiera el absoluto respeto y aislamiento, que es su atmósfera natural.

Podia juguetear un poco con sus adoradores, atraerlos con una sonrisa, rechazarlos con una palabra, hacerse amar, hacerse admirar, sin dejar por eso de ser honrada.

Mercedes no sabia que ese juego de la vanidad lleva muy léjos al que se abandona á él.

Alejandro era un corazon tierno y apasionado; una imaginacion entusiasta, y su dolor fué grande al ver enfriarse el corazon de su esposa, al comprender que su amor pasaba, se desvanecia, como se desvanece una bruma.

Pero hombre de mundo, y hombre de talento, no se quejó, ni pidió explicaciones, bien difíciles por cierto de dar, pues la misma Mercedes no hubiera sabido decirse la causa de su desvío.

Redobló sus cuidados para con ella, y quiso reccnquistar aquel corazon que se le escapaba por esa ancha brecha que en el amor abren la costumbre y el cansancio.

Cuando volvemos á hallar á este matrimonio, han pasado algunos dias desde que le dejamos.

Mercedes, que como un nuevo juego se habia propuesto dar celos á Luisa, se iba empeñando en una lucha formal; pues aquella naturaleza impresionable se sentia arrastrada por el imposible como por una fuerza impulsiva.

Ante su deseo de vencer á Luisa, ante su capricho de ver al gran artista caer á sus piés, se habia olvidado casi por completo de Rafael, del más constante de sus adoradores.

Pero Rafael, que tenia la ridícula pretension de creerse en el derecho de tener celos, la seguia de una manera tenaz, se mostraba con aire impertinente y sombrío, y hacia que las miradas se fijasen en la

bella Condesa, con una burlona y maliciosa expresion.

Alejandro, enamorado y celoso, veia cruzar por la frente de Mercedes impresiones que no comprendia y que le desesperaban.

Habia seguido sus miradas con tenaz insistencia, habia querido adivinar sus pensamientos, pero la misma instabilidad de éstos los hacia incomprensibles.

En este dia, Alejandro se paseaba, tristemente preocupado, por el gabinete de su esposa, que envuelta en una blanca bata de encaje, forrada de seda azul, y con los hermosos cabellos rubios mal prendidos, estaba sentada, ó más bien recostada en una pequeña butaca, con los piés cruzados sobre un rico almohadon.

Una de sus manos parecia sostener su cabeza, y la otra jugaba con la ancha banda azul que rodeaba su talle.

Su rostro tenia la expresion de cansancio é indiferencia que le era habitual y sus ojos fijos en sus pequeños piés, parecian haber olvidado que otros ojos buscaban sus miradas.

Alejandro la miraba con fijeza, y una triste expresion de dolor contraia su frente.

Al fin fué á detenerse junto á ella y asió

su mano; era indudable que algo importante tenia que decirla y que vacilaba al hacerlo.

—¿Estás triste?—la preguntó al fin.

—¡Yo! no por cierto.

—Pues cualquiera diria que no eres feliz!

Mercedes hizo un gracioso movimiento con los labios y nada contestó.

—Oye, Mercedes,—dijo él con voz conmovida,—hay algo en tí que yo no me explico, pero que me hace enloquecer de dolor. Tú eres buena y serás franca conmigo, ¿me contestarás á lo que yo te pregunte?

—¡Oh! qué grave estás, querido Alejandro, me vas á interrogar como un juez?—preguntó Mercedes con un ligero acento burlon.

—No, sino como un hombre que te ama.

—Ya escucho.

—¿Pero me contestarás?...

—Seguramente.

—Pues bien,—dijo Alejandro sentándose junto á su esposa y conservando su pequeña mano,—yo te amo más cada dia, y temo que tú no me ames ya.

—¡Bah! ¡bah! querido Alejandro, ¿era eso todo lo que tenias que decirme?—replicó riendo Mercedes.

—¡Cómo! das poco valor á lo que es por sí la base de toda felicidad.

—¡Oh! es muy ridículo que dos casados se dediquen á hacer idilios amorosos....

—¡Mercedes! los sentimientos del alma, cuando están apoyados en la dignidad, en el deber y en la verdad, jamás son ridículos.

—Pero, querido mio....

—Y bien,—dijo Alejandro con una gran expresion de tristeza,—confiesa que ya no me amas, que no me has amado nunca, pero no te burles de mi amor.

—¡Oh, no! — dijo Mercedes conmovida por el dolor que la voz de Alejandro revevelaba,—yo te quiero, tú no lo debes dudar.

—Es verdad, Mercedes, no debo dudarlo; pero si me quieres no me martirices.

—¡Yo! ¿en qué?

—Tú sabes que, sin que yo pueda evitarlo, el inmenso amor que te profeso me hace ser celoso....

—Lo cual es una locura....

—Ya lo sé, Mercedes mia, una locura que á tí te disgusta y á mí me desespera, pero no puedo evitarlo, y hay momentos en que sufro un infierno.

—¿Pero de qué tiene celos, de quién?

—*De qué*, es la verdadera pregunta; porque si los tuviera de alguno, entónces seria preciso matarle,—dijo con voz ronca Alejandro.

—Mercedes se extremeció de una manera leve, y sus mejillas se encendieron.

—¿De qué, pues, son tus celos?—dijo.

—De todo cuanto miras, de todo cuanto te rodea; ¡oh! perdóname,—añadió al ver un movimiento de su bella esposa,—soy un loco, ¡pero te amo tanto! Mira,—prosiguió animándose,—yo quisiera ocultarte á todas las miradas, guardarte para mí solo; que sólo á mí mirasen tus ojos, que sólo mi voz llegase á tu oido, que sólo mi recuerdo ocupase tu pensamiento.

—Eso es imposible....

—Sí, es imposible, porque tú no me amas.

—Pero ¿hemos de ir á ocultarnos á un desierto porque nos amemos? ¿No ves cómo todos los que se casan son al poco tiempo unos buenos amigos, que no se molestan, que mútuamente se hacen agradable la vida? ¡Dios mio! Es imposible esa eterna embriaguez del corazon que tú sueñas, y yo te confieso que la sociedad es nece-

saria á mi vida; que el cansancio, el hastío y el fastidio me matarian léjos de ella.

Alejandro la miraba profunda y tristemente; parecia que cada frase de su esposa arrancaba una joya al tesoro de ternura que llevaba en el alma.

—Tienes razon, — dijo al fin,—la vida compartida conmigo te mataria de fastidio; necesitas que la sociedad la ocupe: yo he sido un loco en soñar otra cosa.... Sigue, pues, buscando esa sociedad que necesitas; te amo demasiado para sacrificarte, pero ten siempre muy presente lo que voy á decirte: yo te amo, yo soy tu esposo y tengo derecho á exigirte, ya que no amor, pues eso seria necio y ridículo, respeto á mi honra y respeto á mi tranquilidad: no olvides que llevas mi nombre, y no olvides que yo te mataré el dia en que mis celos tengan una forma, el dia que tú ames á otro.

—¡Dios mio! Alejandro, estás insoportable con tus lúgubres amenazas; yo sé lo que me debo á mí misma, y nosotros aún podriamos ser felices si tú desecháras esas exageraciones de mal gusto.

—Yo no puedo cambiar mi manera de sér, y aunque mis ideas te parezcan de mal

gusto será preciso que te sometas á ellas.

Mercedes, sin contestar y como si le fatigara aquella insistencia, echó hácia atras su rubia cabeza, y alargó la mano para tomar una flor de un jarron que sostenia un pequeño velador.

Despues se puso á arrancar sus hojas como si se hubiera olvidado de cuanto acababa de oir.

Alejandro la miró con un sentimiento de amor y tristeza muy visible, se inclinó hácia ella y la besó en la frente.

—Eres una niña y no sabes aún lo que vale la felicidad,—murmuró.

Pero Mercedes, como si no le hubiera oido, le dijo alegremente echándole al cuello sus brazos, tan blancos como los encajes que sin ocultarlos los envolvian:

—¿Sabes lo que me ha dicho esa flor?

—¿Qué?—preguntó él extremeciéndose de felicidad al sentir el tibio aliento de su esposa resbalar en su frente.

—Me ha dicho que me llevarás este Verano á París.

—¡Yo creí que le preguntabas si te amaba yo!

—¡Oh! eso lo sé ya, mi querido Alejandro, y es monótono, insoportable, hablar

siempre de la misma cosa.

Alejandro hizo un movimiento y sin duda iba á contestar con amargura, cuando al ver á su esposa sonreir de una manera adorable y apoyar su bella cabeza sobre su pecho, le contestó con viveza:

—Sí, te llevaré á París; de todos modos estoy ya cansado de Madrid.

—¡Oh; gracias á Dios que una vez pensamos lo mismo!—dijo la Condesa alegremente.

Alejandro no pudo ménos de sonreir ante la alegría de su esposa, y se repitió, como siempre lo hacia para disculpar su ligero carácter:

—¡Es una niña!

CAPÍTULO VII.

LAS ALMAS GEMELAS.

Hay almas que, como cuerdas templadas al unísono, responden siempre al mismo sentimiento.

Almas que se adivinan por una intuicion misteriosa; que se atraen y se unen al fin.

Poned entre ellas los abismos de lo imposible: saben salvarlos.

Poned los vacíos de la distancia: saben vencerlos.

Nada puede evitar su atraccion cuando la voluntad de Dios las ha puesto en contacto, porque se unen al fin, á pesar de todo.

Hay una fuerza misteriosa é invencible en esa corriente del alma que se llama la idea.

Ella brota en el sér inteligente como el torrente en un bosque vírgen, esto es, ocultando el orígen de su nacimiento; pero él parte impulsado por su misma fuerza, salta sobre los obstáculos, rueda sobre los abismos, crece, se hace imponente y arrastra al fin lo que se opone á su paso.

La idea nace así, y así toma su fuerza; una vez lanzada no intenteis detenerla, seria inútil.

El corazon tiene tambien marcado su destino; es en vano rebelarse contra él.

Federico sentia esa atraccion magnética, esa corriente de afectos, de aspiraciones, de sueños, que acaba al fin por arrastrar la voluntad tan fácilmente como un remolino arrastraria una flor.

Federico habia encontrado muchas mujeres en su camino, y alguna vez habia creido amar.

Pero se engañaba.

El amor, el verdadero amor, ese anhelo nunca satisfecho, esa sed jamás saciada, esa soñolencia del espíritu que impregna de luz y aromas la vida material, jamás la habia sentido.

El corazon del hombre no se gasta porque juegue con los sentimientos.

Hay en él siempre algo más grande y más puro que se niega á esas fáciles impresiones, y se demuestra en toda su grandeza al revelarse el último sueño; esto es el sentimiento primero.

Federico, cuya alma era infinitamente grande, con esa grandeza que asusta para la vida real, pues parece imposible que aquella águila gigante detenga su vuelo en la pequeña cima de las miserias humanas; Federico, de imaginacion brillante, florida y poética, de corazon altivo y tierno, de sentimientos elevados y generosos, necesitaba hallar un sér en su elevada region, en esta atmósfera divina de las almas grandes en que las pequeñas se ahogan.

El misterio, lo difícil, lo extraño, lo imposible, eran por sí sólo una atraccion poderosa para el artista, y esta atraccion era aún mayor, porque esas sombras envolvian

como una brillante nube á una mujer como Luisa.

Así, pues, el alma, los sentidos, el corazon, el espíritu del pintor volaban en pos de aquella mujer.

La amaba ya, no sabremos decir cuánto, como ama el que en un solo amor confunde su primer delirio y su última esperanza.

Habia en su amor ese temor de ver desvanecido su hermoso sueño, que va siempre unido á la dicha inefable del alma, pues lo que se ama mucho se teme perder.

Habia tambien ese egoismo del corazon que prueba el sentimiento, pues el egoismo es la parodia ridícula del amor, avaro siempre y siempre insaciable.

Juzguen, pues, nuestros lectores qué efecto haria en esta alma entusiasta y apasionada la carta de Luisa.

Allí estaban sus pensamientos, expresados de una manera bellísima.

Aquel era el sueño de su alma, que Luisa copiaba sin saberlo. Se ven esos extraños efectos.

Las almas que han nacido para comprenderse suelen adivinarse. Son una luz y un reflejo, viven la una de la otra.

Vamos á dar á conocer la carta de Fe-

derico, y nuestros lectores nos perdonarán si en esta novela todo es algo irregular, algo extraño; no olviden que se trata de artistas, y éstos suelen ser caprichosos:

«¡Luisa! ¡Luisa mia! acabo de leer tu carta y mi corazon tiembla y mi sangre arde. Tu carta me revela tu alma entera, esa hermosa alma que refleja como un espejo purísimo mis sentimientos.

»Tu carta me da á conocer tu corazon!... Eres la forma encantadora de mi sueño, la mujer de mis esperanzas.

»Eres mi inspiracion de artista, mi ambicion de hombre.....

»Luisa, Luisa, yo te amo....

»¿Por qué hay tan pocas palabras para expresar el delirio?

»¿Dónde hallar frases que no se encierren en límites estrechos?

»Todas son pequeñas y vulgares para expresarte mi amor; todas están usadas y gastada por los labios de la humanidad.

»¿Dónde buscar la nueva palabra que exprese el nuevo deliric?.....

»¡Imposible! el sentimiento es siempre nuevo, su descripcion es siempre vieja.

»Déjame, pues, que no te diga lo que

siento, sino que arroje mi alma en el papel para que tú la adivines.

»Yo, Luisa, te he amado siempre.

»¿Lo dudas?

»Mi corazon te presentia, te adivinaba.

»Hay algo tuyo en todas las obras que han dado gloria á mi nombre, y esa misma gloria á tí la debo; pues, esperándote, he querido levantarme sobre el pedestal del talento para que tú no pasases sin verme.

»Es imposible que sea la casualidad la que nos ha impulsado el uno hácia el otro, pues Dios, al formarnos, ha debido sonreir ante nuestros destinos.

»Tenemos un solo sér, puesto que nos animan los mismos gustos, los mismos deseos, las mismas aspiraciones.

»Tenemos un alma sola, puesto que nos alienta la misma esperanza.

»Mi dicha es tan inefable, tan inmensa, que á veces dudo de ella: ¿soñaré de nuevo? me pregunto.

»Pero no: tus cartas, esos dulces poemas, están aquí, ante mi vista, al alcance de mi mano, y yo puedo besarlas á todas horas; no me es permitido dudar.

»Además, Luisa, hay en mí algo de orgullo satisfecho al hallarte al fin; algo de lo

que debió sentir Colon al ver surgir de entre las olas el mundo que buscaba.

»¡Cuánto te he buscado yo!

»Algun tiempo más, y mi valor se hubiera debilitado, y mi esperanza se hubiera extinguido.

»¡Cuántas veces me he acercado ansioso á una mujer, creyendo encontrarte en ella!

»Pero, *no eras tú;* mi ilusion se desvanecia; el mundo de mis sueños se hundia sobre mi quimera..... ¡cuánta lucha!

»¡Cuánto he sufrido, Luisa mia!

»¡Oh! cuando la vida se comparte con un sér querido, el dolor es leve; una razon física de equilibrio combinado le hace elevarse sobre dos corazones, sin gravitar en ninguno, como se eleva uno de esos aéreos y atrevidos puentes que apénas tocan las crestas de dos montañas; pero quitadle una de sus bases, y al hundirse sobre la otra aplasta con su peso colosal al gigante en que se alzaba.

»¡El corazon es así!

»El es por sí solo una mitad de un todo que Dios quiso formar si ha de perfeccionarse la vida.

»Cuando el corazon vive de sí mismo, el dolor ó el placer le embriagan ó le aniqui-

lan; unido á otro, es invencible.

»¡Ah, Luisa! ¡Qué larga prueba!

»Ya iba á dudar de ese espíritu divino que nos alienta, ya iba á detenerme rendido al cansancio, arrojando mis esperanzas y mis deseos, como arroja el náufrago los tesoros guardados por largo tiempo, para salvarse sin ellos.

»Ya apagaban las sombras de la duda el calor de mi alma, cuando apareces tú.

»Déjame extasiarme ante tu recuerdo y bendecirle.....

»¡El es mi salvacion!

»¡Tendrás celos, tú, á quien yo adoro; tú, á cuyos piés pasaré mi vida!

»¡Ah, que extraña idea! ¡Celos tú, cuando no habrá un latido en mi corazon, una ilusion en mi alma y un deseo en mi pensamiento, que no te pertenezca!.....

»¡Sí! ¡sí! nos ocultaremos del mundo.

»El mundo de nuestro amor nos dará atmósferas más puras y auroras más brillantes.

»Cuando no se ama así, se pide á la gloria, al ruido, á los honores, que llenen nuestra vida; cuando se ama de este modo, todo sobra.

»Nosotros formaremos un pequeño pa-

raiso donde ocultos á todas las miradas nos adoremos.

»¿Dónde habrá un cielo bastante azul, un aura bastante pura, una sombra bastante dulce y perfumada para ocultar nuestro nido?.....

»Le buscaremos.

»Nosotros sabremos hallar ese oasis, y á él llevaremos los tesoros de nuestra ternura para hermosearle.

»Sí, sí, y mil veces sí; solos, solos para adorarnos, para embriagarnos en nuestra felicidad.

»Yo soy tambien celoso, celoso hasta la locura; ¡pero yo no tengo celos de un hombre, tengo celos de un sueño!

»Luisa, Luisa mia, yo te amo; pero tiemblo ante la idea de que sea otro hombre el que crea tu pensamiento, de que adornes mi sér de galas que no tiene.....

»¡Oh si fuera otra imágen la que tu amor eleva sobre tronos imaginarios!.....

»Esta prueba tan dulce á que me somete tu amor, es tambien cruel.

»Comprende mis temores y consuélame, porque esta idea me hace temblar.

»Yo me someto en un todo á tu voluntad; yo temo romper con una palabra el

encanto que me rodea, y jamás diré esa palabra.

»Sólo sé decirte éstas, mucho más dulces: yo te amo.

»No soy yo, eres tú quien tiene en sus manos las llaves de nuestro porvenir, yo solo soy un pobre loco que sueña con un cielo, y ciego ya por su luz va hácia él guiado por tu mano.

»Yo te obedeceré, siempre que no me alejes de esa senda luminosa que guia á nuestro eden.

No tengas celos; los corazones de cuantas mujeres he conocido, apénas han sido otra cosa que una escala para llegar hasta tí; una vez á tu lado he arrojado la escala de que me he servido; el mundo para mí eres tú.

»Te envio mi alma entera.—*Federico.*»

CAPÍTULO VIII.

DOS AMIGOS.

En un elegante entresuelo de la calle de Jacometrezo se hallaba Rafael Alvarez con su amigo Augusto.

Serian las cuatro de una tarde de Junio

cuando encontramos á los dos jóvenes.

Augusto fumaba, medio tendido en una mecedora de rejilla, en tanto que Rafael hacia su *toilette* silvando un aria.

El mueblaje del cuarto de Rafael revelaba el carácter de su dueño.

Muebles ricos, pero mal cuidados, y un verdadero desórden en los detalles.

—Te engañas,—decia Augusto, continuando, al parecer, una conversacion empezada,—Julia D... no ha despedido á Alberto, más bien Alberto la ha dejado á ella.

—¡Bah! ¡Es un tonto!

—Amigo, es la cualidad más estimable para hacer de marido.

—Pues en ese caso ella gana y mucho.

—¡No soy de tu opinion!

—Bien: ¿y qué más hay de nuevo?

—Tu condesita.....

—¿Qué?—preguntó con viveza Rafael.

—¿La amas aún?

—¡Pchs!

—Entónces no digo nada.....

—¡Oh! ¡Habla sin temor!..... Te doy amplias autorizaciones..... como dicen los reyes constitucionales cuando cierran la Constitucion.

—En ese caso te diré lo que se dice.

—Veamos.

—Segun afirman por ahí, está enamorada de cierto pintor.

Rafael, que peinaba su barba muy cuidadosamente, dejó caer el peine y le interrumpió vivamente.

—¡Es imposible!.....

—¡Bah! ¿Qué sabes tú? ¡Pues me hace gracia tu seguridad! Ni que fueras un sultan y la tuvieras encerrada en tu harem; como ellas quieran..... Ya lo sabes.

—Tienes razon; dime, pues, quién es él.

—Vallés.

Rafael palideció aún más, y se fué hácia Augusto.

—Lo sabes de cierto?—dijo.

—¡Hombre! Yo no soy de la escuela *tomista;* no necesito ver; me basta con oir.

—¿Y lo has oido?

—¡Perfectamente! Como te oigo á tí; más aún, pues ese endiablado de Cárlos tiene la voz más bronca y cuenta escenas peregrinas.

—¿Qué cuenta?

—¿Pero te interesa aún esa mujer?

—¡A mí! ¡Ni más ni ménos que un par de guantes que he desechado! ¡Estoy hastiado de ella!

—Pues entónces.....

—¡Tengo un interés de curiosidad, esto es todo!

—Si es así, prosigo.

—Habla pronto.

—¡Oh, oh! ¡Parece que tienes prisa!

—Eres insufrible, Augusto.

—¡Gracias!

—Hablarás al fin,—dijo Rafael, que en vano queria disimular su impaciencia.

—A eso voy si no me interrumpes; anoche dió tu condesita un pequeño escándalo.

—¡Imposible!

—¿El qué es imposible, el que el escándolo se diera ó el que yo lo sepa?

—Ambas cosas.

—¡Oh! ¡Pues lo peor es que son muy ciertas!

—Acaba...

—Estaba con su marido, ese *tigre de Bengala*, en los jardines del Retiro; Federico Vallés estaba tambien sentado con unos amigos junto á unos árboles que proyectaban sombra; tu condesa no le vió sin duda, y sentóse cerca de aquel sitio, mas cuando oyó su voz, volvió la silla con un brusco movimiento para verle; pero el Conde entónces siguió la direccion de sus miradas,

y sin duda no le agradó la artística contemplacion de su esposa, porque se la llevó...

—¡Coqueta insufrible!—murmuraba Rafael.—La muy gazmoña, ¡oh, te juro, Condesa, que de mí no te has de reir!

Augusto le miraba absorto.

Rafael estaba excitadísimo.

Se paseaba con agitacion, tomaba, para volverlos á dejar, algunos objetos, y murmuraba palabras entrecortadas, lleno de ira.

—¡Quién habia de pensar que amáras aún á esa mujer!.....

—No la amo, ni la he amado nunca; la ódio, la desprecio, pero me ofende y me vengaré.

—¡Bah, bah! ¡Déjate de eso! Recuerda tus ámplias y magníficas teorías; ¿qué más dá que sea rubia ó morena, Condesa de San Estéban ó Marquesa de la Hermosura? Para mí es igual, pues te confieso que en la mujer no hallo otra jerarquía que la gradacion de la belleza.

—La hipócrita.....

—Pero hombre, si eso es natural.

—¿Por qué?.....

—Porque tu amor *se lo sabe de memoria*, y el del pintor ofrece más novedad.

—¡Oh! El pintor es amigo del Conde, y

pertenece á esa raza especial de hombres antidiluvianos que respetan la amistad.

—Se puede muy bien prescindir en alguna ocasion de ese respeto..... ó más bien, acomodar el respeto á las circunstancias y para no desairar la mujer de un amigo.....

—Te aseguro que si así fuera tendria que habérselas conmigo.

—¡Eres el sér más original que conozco! Pero, ¿qué te importa la Condesa?.... ¿O es que la has amado realmente?....

—No sé si es amor ú odio lo que me inspira, pero su recuerdo me hace daño.....

—Es un interés retrospectivo..... Hace poco, hablabas de ella con una indiferencia glacial; asegurabas que no era amor lo que por ella sentias, sino esa agradable sensacion que inspira una mujer fácil y bonita.... hoy que tu sensible amiga ha tomado su partido, y ha cambiado al viento como una veletita, te enfureces y te desesperas. ¿Formará la americana parte de tu ideal, querido Rafael?

—¡Déjate de bromas y no me fastidies! La infidelidad de una mujer, ámese ó no se ame, disgusta siempre.

—Pues, chico, dirás lo que quieras, pero

yo encuentro adorables esas pequeñas traiciones..... ¡La constancia es una cosa feroz!.... ¿A quién se le ocurre?.... ¡Bah! una infidelidad es para un amante, como para un prisionero la llave del calabozo.....

—Puede que sea mentira todo ese cuento de amores.....

—¡Puede ser! Pero Merceditas se encuentra siempre, *por casualidad*, con el pintor.....

—¿Quién lo ha visto?

—¡Pardiez! ¡Eso sí que tiene gracia! ¡Todo el mundo! ¡Pues sí que la niña se oculta!

—En fin, Augusto, no hablemos más de eso; hasta verlo no lo creo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Pero hombre, ¡qué diablos! ¡crees á esa mujer una Lucrecia! Pues, mira, al tratarse de tí te hemos creido bajo tu palabra, ¡nada hemos visto!

Rafael sufria una tortura con las palabras de Augusto.

Llevado de esa vanidad estúpida que pone en la boca de un jóven una afirmacion, ó una broma, que compromete á una mujer, habia hablado de Mercedes como si hubiera sido su amante favorecido, y ya no podia desmentirse á sí mismo.

—Bueno,—dijo,—en último caso poco

me importa, es una coqueta insoportable; cuéntaselo al marido.

—¡Bah! no faltará quien se lo cuente, y ahora oye otra historia.

—¿De Mercedes?

—¡Diablo! pues qué *su fama llena el mundo*, sólo de ella se puede hablar? Es una historia mia.....

—¿Te engaña tambien Elisa?

—No lo sé, y maldito si me importa.

—Pues entónces, ¿qué es ello?—dijo Rafael que parecia más tranquilo, arreglando ante el espejo el lazo de su corbata.

—Prepárate á asombrarte.....

—Ya estoy asombrado,—dijo Rafael sentándose y tomando con negligencia un cigarro de una linda caja que habia sobre la chimenea.

—Estoy enamorado de una mujer.

—¡Por Dios! que la explicacion tiene gracia! Ya supongo que no seria de un chino, ni de un loro..... y ¿cómo se llama esa mujer?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no lo sabes? Pues mira que para enamorarse así, sin saber de quién.....

—Me basta una mirada.....

—¿Y dónde la has visto?

—En el Museo: paseaba yo por allí, y

sentí un vivísimo deseo de entrar á contemplar una vez más aquellas magníficas inspiraciones: al cruzar una de sus salas, ví á un anciano que daba el brazo á una jóven bellísima, y ambos contemplaban con religiosa atencion la preciosa Vírgen de Rafael que denominan *de la Silla*..... Me detuve absorto ante aquella hermosísima jóven, mil veces más bella que las ideales creaciones del genio, y oí al anciano que decia:

—«Estoy seguro, completamente seguro, Luisa mia, esa cabeza se parece á la tuya.»

—»¡Oh no! papá,—contestó con voz fresca y dulcemente timbrada la jóven,—es tu amor á mí quien te lo hace creer.»

—Entónces me fijé aún más en aquella fisonomía, y hallé, en efecto, un gran parecido entre la mujer y la pintura. Era la misma frente, ancha y cándida; las mismas cejas, suaves y vigorosas; los mismos ojos, ardientes y castos; la misma expresion de celeste pureza. Sólo que en los ojos de la Vírgen que vivia, se notaba no sé qué irradiacion misteriosa; no sé qué reflejo brillante que demostraba que si la forma era pura, el alma no lo era ya.

—¡Demonio!, qué léjos llevaste tus fisio-

lógicas averiguaciones! ¿Te vienes al café?

—Espera, acabo en un instante.

—Ya te escucho.

—Llevado de no sé qué impulso me adelanté hácia el anciano y le dije:

—«En verdad, caballero, que más bien que en la Fornarina, debia pensarse en esta señora al buscar el modelo de esa sublime pintura: ¡qué admirable parecido!

—»Sí, me respondió con una frialdad muy marcada, mi hija se parece mucho á la Virgen de Rafael, y yo bendigo á Dios por este parecido casual.»

Iba á hablar, pero no pude, pues haciéndome un leve saludo, se alejó con su bella compañera.

—Debiste seguirles.

—Ya lo hice, pero nada adelanté.

—¡Pues cómo!

—Salieron ántes que yo, y desaparecieron en un carruaje que les esperaba; no les he vuelto á ver.

—¿Y qué piensas hacer?

—Vaya una pregunta! ¡buscarla!

—Pues ya tienes para rato.

—¡Bah! Madrid no es tan grande.

—Y *tu vírgen* ¿parecia rica?

—No lo sé: vestia con sencilla elegan-

cia un traje de seda negro, y un quitasol blanco que tomó al salir.

—¿Y qué piensas hacer de ella si la encuentras?—dijo Rafael encendiendo el cigarro y dando otro á su amigo.

—¡Bah! veremos!—contestó con el insolente aplomo de un Don Juan, el novel conquistador,—seria muy grato creerse un *Rafael.*

—Te prometo ayudarte á descubrirla, si tú me ayudas en mis proyectos con la Condesa.

—Con mil amores: ¿qué debo hacer?

—Vamos, y te lo diré por el camino, pues se hace tarde y tengo una cita.....

—¡Ah!, calavera.

—No tanto como tú.

Los dos amigos lanzaron una carcajada, y bajaron asidos del brazo para tomar el coche que les esperaba.

CAPÍTULO VIII.

DOLORES DEL ALMA.

El que hubiese conocido un año ántes al Conde de San Estéban se hubiera asombra-

do del notable cambio que habia sufrido toda su persona.

Su frente estaba sombria; sus cabellos comenzaban á encanecer; una huraña expresion de recelo y dolor apagaba el brillo de sus negros ojos.

¡Parecia haber vivido en un año una eternidad!

No es extraño, porque la vida no es el tiempo que pasa, sino lo que en ese tiempo se sufre y se siente.

Alejandro habia visto desvanecerse todos los sueños de dicha que habia forjado su alma; Mercedes no le amaba; ya no se cuidaba de ocultarlo.

Cuando un hombre de la edad y el corazon de Alejandro se enamora, es de una manera ardiente, exclusiva y eterna.

El habia amado así á la niña que llamó su esposa, y como refracta la nieve el reflejo de una llama, el alma fria de Mercedes reflejó sin sentirla, la pasion del Conde.

Los dos amigos se habian equivocado.

Serian las once de una mañana de Junio cuando Alejandro entraba en el dormitorio de su esposa, que aún se hallaba en el lecho.

La hermosa rubia dormia en el desórden más bello del mundo.

Sus cabellos se escapaban en retorcidos de oro de su blanca redecilla de seda; una camisa de batista, que cerraba un boton de esmeraldas se entreabria en su pecho blanco y palpitante.

Una de sus manos arrollaba la colcha de seda que caia á un lado, y la otra se ocultaba bajo su cabeza, descubriendo un lindo brazo.

La débil luz de una lámpara de noche, pues los balcones estaban cerrados, resbalaba en dulces rayos sobre la frente de la Condesa.

Un perfume suave y leve flotaba en la estancia, en la que se oia la dulce é igual respiracion de su dueña, como se oye en la selva el curso de un arroyuelo.

Alejandro llegó al pié del lecho y la contempló con pena y ansiedad.

Su corazon latia con tal fuerza, que hubo de contenerle con su mano, asustado de que sus latidos despertasen á su esposa.

Como magnetizado por la proximidad de aquel sér querido, Alejandro adelantó un paso, inclinó su cabeza y casi rozó aquellos deshechos rizos que se extendian por la almohada como una cascada de oro.

En aquel momento la Condesa sonreia de

una manera muy leve; sus labios balbuceaban un nombre; y sus brazos se tendian como para detener una sombra fugitiva.

Alejandro retrocedió un paso.

Temblaba tanto, que hubo de buscar un apoyo á su alrededor.

Su mano crispada se apoyó en la mesita de noche que sostenia una botella y un libro, y aquel puño de atleta, que hubiera roto un mármol, hizo caer la botella, que se rompió en mil pedazos.

Mercedes lanzó un grito y se incorporó en el lecho.

—¡Ah, eres tú!—dijo.

—¡Sí! yo soy,—contestó con voz aún trémula:—llegaba á buscarte, y como la oscuridad me cegaba, tropecé.

—Segun eso, es muy tarde.

—No; son las once, pero he querido, ántes de partir, despedirme de tí.

—¡Cómo! ¿Te vas?

—Sí, no estoy bueno, y he resuelto hacer un pequeño viaje.

Mercedes nada dijo pero se incorporó en la cama, cruzó su camisa sobre el pecho y echó hácia atras las madejas de sus cabellos.

—¿Te vas por muchos dias?—preguntó.

—¡No lo sé! Hasta que venga curado.

—¡Qué! ¿Estás enfermo?

—Sí, hace tiempo.

—Nada me has dicho.....

—¿Para qué?

La Condesa guardó silencio de nuevo; no amaba á su marido, pero su corazon aún era puro, y él le gritó muy alto cual era su deber.

—Alejandro,—dijo al fin tímidamente y como vacilando;—yo iré contigo.

—Gracias, Mercedes, pienso ir sin rumbo cierto; cruzar montañas, vagar sobre los mares, echar, en fin, sobre los dolores de mi alma el peso de lo desconocido, y mi viaje te fatigaria, te mataria quizá.

—¿Pero he de quedar sola?....

—No: quedas en tu casa con tus criados, tus amigos; en fin, yo ocupo tan pequeño lugar en tu corazon que, léjos de tí, mi nombre se olvida y mi memoria se pierde.

—¡Oh! ¡Eres injusto!

—No lo creo; ¿acaso no es otro nombre el que tú pronuncias en tus sueños?

Mercedes palideció densamente y se vieron temblar con una palpitacion poderosa los encajes que cubrian su pecho.

—Yo no te amo ya,—dijo con profunda

amargura Alejandro,—y puedo pensar en esto sin morir; sé que amas á otro hombre,—lo sé, repitió con una frialdad que espantaba, pues bajo su helada apariencia rugia la cólera como ruge bajo el hielo del Polo el hervidero de las olas del mar;—¡y ese hombre no te ama!..... En tanto que tu amor sea un misterio, en tanto que sólo se revele en tus sueños y en tus lágrimas, yo no te culparé por él, el corazon no se manda; pero el dia que ese amor llegue á ser un escándalo que manche mi nombre ¡ay de tí y ay de él! porque entónces os haré pedazos como á un vaso de vidrio.

Mercedes lloraba; sus hermosas manos oprimian su pecho con angustia.....

—Alejandro, óyeme por Dios,—dijo,—por la memoria de tu madre, que yo te juro decirte la verdad.

El Conde se extremeció y se aproximó al lecho; jamás el sufrimiento, el dolor del alma ha marcado una huella más visible en más noble semblante.

—Ya te escucho,—murmuró.

—Es verdad,—suspiró entre su llanto Mercedes,—que contra mi voluntad, contra mi razon, recuerdo á un hombre.....

—Prosigue.

—Pero ese hombre no lo sabe, no la sabrá jamás; además, él ama á otra.

Alejandro parecia una estatua de cera; tan pálido estaba.

—Seguid,—dijo.

—Pues bien, Alejandro, por el amor que me has tenido, yo te pido que no me dejes, ó que me lleves contigo; esto es quizá una loca fantasía de mi espíritu enfermo, pero si quedo abandonada no sé lo que será de mí!

La voz de Mercedes era tan trémula, habia tanta verdad en aquella ingenua confesion, que Alejandro pareció vacilar.

Pero aquella mujer, que era su esposa, acababa de decirle que pensaba en otro hombre; el orgullo y los celos se alzaron para protestar de aquel movimiento de piedad.

—Señora,—dijo friamente,—el espectáculo de vuestra pasion y vuestras luchas es bien poco agradable para mí..... es, pues, preciso que parta; os dejo completamente libre..... de vos depende que al volver os ofrezca mi compasion ó mi desprecio.

—¡Alejandro!.....

—Es inútil que nos hablemos así, y sobre todo que hablemos más. Nada os faltará en mi ausencia, y durante ella recordad mi último ruego: ya que habeis arrojado todos

los dolores del infierno sobre mi alma, respetad mi nombre.

Mercedes, á quien una lucha de algunos momentos dejaba fatigada, recostóse en la almohada y no contestó.

—Adios,—dijo Alejandro,—es inútil que os ocupeis de mí, pues acaso mi ausencia sea eterna.

Y con paso firme llegó á la puerta, alzó la cortina de seda que ante ella caia, y salió.

Un momento se detuvo allí, y llevó la mano al corazon al oir un sollozo de su esposa.....

—Es preciso,—se dijo.

Despues llegó al tocador de Mercedes, desprendió de una gruesa cadena de oro que habia sobre un joyero un medallon del mismo metal que encerraba su retrato, y se alejó con paso lento.

Pasada una hora salia de su casa para tomar el *express* que iba á Francia.

Las nubes de su frente parecian haberse condensado.

Sólo Dios hubiera podido apreciar el dolor profundo de aquel noble corazon.

Habia, sin embargo, en la actitud de Alejandro la expresion firme de una resolucion adoptada.

Dejémosle para seguir el curso de esta historia, que ya volveremos á encontrarle.

CAPÍTULO IX.

DOS MUJERES.

Alejandro acababa de abandonar su casa cuando una bonita berlina azul se detuvo á la puerta.

De ella salió una mujer que entró con ligereza en el vestíbulo de mármol en donde el grueso portero se paseaba, y saludándole, comenzó á subir la escalera.

—Buenos dias, Pepa,—dijo á la doncella favorita de Mercedes que era una cubana morena y graciosa;—¿está la Condesa?

—La niña Mercedes no se ha levantado aún.

—¡Bah! no importa, yo la ayudaré á vestir.

Y Luisa, pues era ella, siguió á través de salones y galerías, como quien las conoce muy bien, y llegó al saloncito que precedia al dormitorio de Mercedes.

En aquel instante vibró una campanilla, y Luisa comprendió que su amiga estaba

despierta, y no dudó en entrar ántes que la doncella.

—Dios mio, Mercedes,—dijo al levantar las cortinas,—á las doce acostada y con este calor.

—No estoy buena, Luisa;—contestó Mercedes tendiéndole la mano,—por eso no me he levantado.

Luisa abrió un balcon, y despues de bajar un trasparente de seda, ocupó una butaca que habia junto al lecho.

—¿Has llorado?—preguntó.

—¡Sí! he tenido un sueño extraño.

—¡Ah! gracias á Dios que sólo es un sueño lo que te hace llorar.

—Hay sueños horribles.

—¿El tuyo lo es?

—¡Oh, sí! figúrate que yo soñase un cielo de felicidad, y que sujeta por una cadena que mi voluntad no ha formado, yo viera ese cielo flotar ante mis ojos, sin poder alcanzarlo.

—Yo creo que es inútil soñar en lo imposible,—dijo algo friamente Luisa.

—Mi sueño no es imposible, sólo es difícil.

—¿En que se apoya esa dificultad?

—¡No lo sé! en ese infierno de lazos que nos sujetan en la vida.

—Mercedes, no te comprendo.

—¡Oh! no quiero ser comprendida!

—Ya se conoce, cuando estás tan misteriosa.

En aquel instante entró la doncella llevando una carta para la Condesa.

Esta la asió vivamente, rompió el sobre, y una exclamacion de rabia se escapó de sus labios.

Saltó del lecho, se envolvió en una bata y fué á sentarse junto á Luisa, despues de recojer con descuido sus cabellos y meter sus piés en unas lindas pantuflas.

—Luisa,—le dijo,—¿qué harias tú si amáras á un hombre y este hombre no te amase?

Luisa la miró sorprendida.

Llevaba en su corazon el secreto de su amor, y como los enamorados son egoistas, creyó que Mercedes sabia que no era amada por el pintor.

—¿Qué dices?—exclamó,—acaso.....

—Mi pregunta es muy sencilla, y no debe sorprenderte.

—Tu pregunta me sorprende, porque no comprendo su objeto: yo amo y soy amada.

—Pero ¿y si no lo fueras?

—Eso no puede ser.

—¿Tanta confianza tienes en el hombre de tu amor?

—¡Como en mí misma!

—¡Oh! mucho es. Pero no se trata de tí, sino de mí.

—¡Cómo! tú amas y.....

—Y no me corresponde el hombre á quien amo, exactamente.

—¿Y cómo se llama el hombre de tu amor?—preguntó Luisa con recelo.

—¡Oh! ¡el nombre qué importa!..... pero quiero que lo sepas. Se llama Federico Vallés.

—¡Qué has dicho!—rugió Luisa saltando como una pantera desde el lugar en que estaba y asiendo la mano de Mercedes:—¡Federico Vallés! ¡Tú no sabes que yo amo á ese hombre y que él me ama!

—¡Yo le amo tambien!

—¡Tú! ¡Imposible!

—Luisa, expliquémonos con calma.

Luisa pasó la mano por su frente y dijo con voz ronca:

—Habla pronto.....

—Alejandro ha tenido conmigo esta mañana una violenta explicacion..... yo le he dicho la verdad, y él se ha marchado.

—¿Adónde?

—No lo sé: pero me deja libre y yo amo á ese hombre hasta el delirio.

—¿Te ama él?—preguntó Luisa.

—¡Oh, no! pero yo le amo.

—Mercedes, tú eres buena, tú me has querido siempre; respeta mi felicidad y mi porvenir, y olvida á ese hombre.....

—¡Imposible!.....

—Yo te lo ruego.

—Es inútil, Luisa, la que como yo se olvida de sí misma, no puede pensar en los demás.

—Es decir, que rompes nuestra amistad, que estamos frente á frente y que será preciso luchar.....

—¡Lucharemos!

—Pero Mercedes, ¿qué puedes tú esperar? Tú no eres libre.....

—¡Ya lo sé!.....

—Entónces.....

—Nada olvido, Luisa, y sin embargo, le amo de tal modo, que por verle caer á mis piés, por oir una palabra de amor de sus labios, daria toda mi vida.....

—Una palabra: ¿sabe él tu amor?

—No: pero lo sabrá.

—¿De qué modo? Tú no puedes olvidarte de todo hasta el extremo de llamarle!.....

—¡Ya lo he hecho!

—¿Qué dices?

—Mira.

Y Mercedes mostró á Luisa la carta que aún conservaba en la mano.

Luisa la tomó con ánsia y la recorrió con la vista. Hé aquí lo que leyó:

«Me honra V., señora Condesa, pidiéndome que me encargue de hacer su retrato, y es un gran pesar para mí no poder aceptar este honor.

»Tengo apénas el tiempo preciso para acabar mi última obra y dejar los pinceles; además, no desempeñaria mi cometido como lo harán otros muchos artistas, pues jamás he hecho retratos.

»Siento verme obligado á esta negativa, y queda á sus piés, que besa,

FEDERICO VALLES.»

El reflejo de la alegría iluminó el hermoso rostro de Luisa al leer esta carta.

Mercedes fijaba en ella una mirada sombria: tenia celos.

—Y bien,—dijo Luisa,—¿piensas insistir?

Mercedes bajó la cabeza confundida.

—¡Le amo!—murmuró.

Luisa se levantó, le asió las manos y la miró fijamente.

—Mercedes,—la dijo con grave acento,—cuanto hay de sagrado en la tierra, cuanto la razon y el corazon respetan, te aleja de ese hombre: tus deberes de esposa, tu dignidad de mujer, tus sentimientos de amiga..... todo se alza ante tí como un muro sagrado, no lo olvides; tú eres buena, eres digna y honrada, ¿has de olvidar lo que has sido para empañar toda tu vida con una mancha indeleble?.....

Mercedes desprendió sus manos de las de Luisa y se cubrió el rostro con ellas; un extremecimiento nervioso agitó su cuerpo.

Así permaneció algunos instantes; despues dijo:

—Yo no quiero olvidar lo que soy y lo que me debo, pero yo le amo y quiero su amor.

—¡Adios, pues, Mercedes! No quiero insistir; que el recuerdo de tu santa madre y de tu noble esposo, ya que no el mio, te inspiren y te guien.

—¿Es decir, que ya no eres mi amiga?

—¡Sí! Lo soy siempre; pero entre nosotras flota el recuerdo de un hombre y es inútil que nos veamos.

—¡Oh! ¿Y qué haré yo sola en este Madrid que no conozco?

—Venia á decirte,—dijo Luisa sin contestarla, que mi papá ha recibido noticias de Cuba.

—¡Ah! ¿Sabes algo de mi madre?

—¡Sí! Piensa venir á la Península en la primavera próxima, pues la guerra aumenta allí.

—¿Cómo no me ha escrito?

—Lo habrá hecho al Conde.....

—Puede ser; de todos modos te doy gracias por tu interés.

—Adios,—dijo con pena Luisa,—no olvides mis palabras.

Y se lanzó fuera ántes que Mercedes pudiese contestar.

Esta quedó por un instante pensativa y triste; despues, con su habitual ligereza llamó, y muy tranquila comenzó á vestirse.

CAPÍTULO X.

LUISA.

El pensamiento de una mujer es más difícil de seguir que el vuelo de una mariposa en el espacio.

Dulce unas veces, indolente y suplicante; bravío otras, altivo y fiero, jamás se

fija en nada, pues la mujer tiene siempre esa embriaguez de sí misma que debilita la fuerza de su razon.

Luisa, que al oir á su amiga decir que amaba á Federico, habia sentido el dolor y la ira agitar su corazon; Luisa, que la habia suplicado, al dejarla, al meditar en la escena que entre ambas habia tenido lugar, sintió una viva alegría inundar su alma.

Algunos momentos de reflexion le bastaron para apreciar los sucesos.

Federico iba á ser sometido á una prueba: ¡y qué prueba! Una mujer hermosa, jóven, brillante, iba á buscarle, á halagarle, á ofrecerle su amor.

Aquella mujer tenia esa libertad de accion que por una extraña interpretacion de las leyes sociales se concede en España á la mujer casada, que legalmente no es libre, y se niega á la mujer soltera, que legal y moralmente lo es.

Tenia al alcance de su mano todos los medios, y Luisa no tenia ninguno.

Luisa por nada del mundo se hubiera dado á conocer del artista; queria que la influencia de su recuerdo por sí sola venciese.

Si aquella influencia no era bastante fuerte para atraerle, entónces tenia que renun-

ciar á la idea de la felicidad.

Decidió, pues, alejarse en la apariencia de Federico, y que esta soledad fuese una prueba.

No dudaba, porque el amor rechaza la duda, ó más bien la disipa por sí mismo, como la luz disipa la sombra, pero enamorada y altiva queria saborear el triunfo de vencer.

Veamos su carta á Vallés:

«Tengo que decirte adios, mi querido Federico, y esta frase siempre es triste, por más que, como ahora, ella sea la señal de una leve ausencia.....

»No sé si saldré de Madrid....., nada puedo decirte; pero en unos dias será imposible que te escriba.....

»Perdóname ese misterio; áun no puedo entregarte el libro de mi vida para que leas en él toda mi historia.....

»¡Más tarde!.....

»¡Alejarme de los sitios donde tú estás es muy triste para mi corazon!.....

»¡Yo creo beber en el viento algo de tu sér, y compartir tu vida!

»Yo creo, al sentir en mi frente un rayo de luz, que esa misma luz te envuelve, y yo amo todo lo que me habla de tí.....

»¡Qué cosa tan triste es la ausencia!.....

»¡Saber que hay en el mundo un sér á quien amamos y que nos ama, al cual no podemos ver!.....

»El respira, él sonrie, él vive entre séres indiferentes; y el que le ama, ni puede recoger sus miradas, ni aspirar su aliento, ni pagar su sonrisa..... Es muy cruel.....

»Tiene algo del tormento de Prometeo, encadenado á la roca fatal, pues el corazon se siente atraido y no puede moverse.

»Tiene tambien algo del suplicio de Tántalo, pues los ojos del alma ven á lo léjos el manantial querido, y el labio no puede tocarle para apagar su sed.

»Es una agonía lenta y terrible.....

»El pensamiento siente á veces temores extraños..... ¡Quién sabe si en este momento en que yo sonrio, en que la vista de una flor, de un paisaje ó de una fiesta alegra mi espíritu, el sér que amo sufre..... acaso muere, pues la suerte tiene burlas bien crueles!..... ¡Ah! y entónces, entónces seria en vano todo mi dolor, toda mi desesperacion..... ¡Seria tarde! ¡Qué horrible palabra!..... *¡Tarde!* Es decir, ya pasó, se gastó en la vida, se borró de la escena del mundo lo que era tu dicha, lo que era en él tu encanto.....

»¡Federico!..... cuando estas ideas me atormentan, siento deseos de ir á tu lado, de poner mi mano en tu mano, y de unir mi vida á la tuya....

»Yo te diria:

»—Cese ya esta prueba, que es más fuerte que mi voluntad; seamos al fin lo que debemos ser, uniendo nuestras almas y nuestros destinos, porque cada dia que pasemos léjos el uno del otro es un siglo de agonía, pudiendo ser una partícula de oro del radioso círculo que nos ha de envolver.

»Pero despues, no el temor, no la duda, sino el deseo de prolongar aún esta dulce impaciencia, me detiene.....

»Si yo hubiese nacido en el tiempo de los augures y de las pitonisas, jamás habria ido á pedir mi horóscopo.....

»Seguramente que de ser yo Cárlos VII de Francia, no habria fatigado á los astrólogos para que ellos me predijesen el porvenir de *Agnés Sorel*.....

»¡Lo desconocido me encanta!..... ¡Tiene para mí un poder de atraccion!.....

»Mi alma se vuelve siempre hácia lo que no conoce, como la aguja imantada de la brújula se vuelve hácia el polo.

»Y es que lo desconocido presta ancho

campo á los sueños y á las esperanzas. ¡Y yo sueño tanto!

»Mi pensamiento vá, cual Colon á través del Océano, á través de sueños de brumas, para descubrir mundos de luz.

»¡Ah! ¡que si llego á ese mundo, sea tu mano la que sostenga mi mano, sea tu experiencia la que sostenga mi vida, sea tu amor el que sostenga mi alma!.....

»Si me hallara sola en él.....

»¿No es verdad que hay ideas mil veces más crueles que la muerte?.....

»¡Ah, por Dios, mi genio del bien, aleja esta idea de mi espíritu, pues ella le tortura entre sus garras de fuego!.....

»Sola sin tí.....

»¿En qué senda de este desierto podria fijar mi planta sin retirarla herida?.....

»¡Perdóname, mi querido artista, si no borro esta loca idea; buenos ó malos, mis pensamientos te pertenecen, y no tengo el valor ni el derecho de ocultártelos!.....

»¿Que fije un plazo á esta prueba?

»Yo, Federico, soy muy celosa de tu gloria para que no sacrifique algo á ella....

»Para acabar tu cuadro, ese cuadro que yo amo ya, necesitas calma para tu espíritu.....

»Mi presencia le llevaria agitaciones dulcísimas, y el genio, para brillar, necesita atmósfera serena; diríase que, astro radiante del mundo moral, sus tempestades le ocultan.....

»No me verás, pues, hasta que pueda admirar tu obra en la Exposicion.....

»Adios, pues; mi alma queda en tu alma para que, unidas, formen un trono á tu genio.

LUISA.»

—¡Ah!—decia algunas horas despues Federico leyendo esta carta,—¡se aleja de mí!... ¡Qué mujer más extraña!... Pero más vale así; una mujer vulgar es insoportable, y cuanto más puede servir para *ama de gobierno:* la esposa elegida entre todas, la amante adorada á la cual confiamos nuestro destino, la bella conquistadora á la cual entregamos de rodillas las llaves de nuestro corazon, debe hablar á nuestro espiritu, debe elevar nuestra alma..... ¡Oh! ¡no quiero saber su historia, no quiero saber su pasado! ¡Yo cierro los ojos y me dejo llevar! En la mujer el encanto del talento, la magia de la palabra; esa espiritual y graciosa expresion de originalidad que se advierte

en Luisa, lo es todo..... ¡la belleza misma se transfigura con esa radiosa expresion de inteligencia! Yo no presto á la forma esa admiracion del paganismo antiguo; y si yo admiro la mujer ámplia y magnífica de Rubens, la espiritual y graciosa de Rafael, la dulce y pura del Correggio, la mujer sublime del Ticiano, las admiro como obras del arte; pero la belleza material, si bien me agrada, no es para mí la mayor atraccion... Si Luisa une la belleza física á las bellezas morales que yo entreveo en ella, es la sola mujer que puede hacerme feliz. La gloria es un fuego vano que flota sobre nuestra sombra; la ambicion un anhelo estúpido, pues jamás sabe el hombre el tiempo de que dispone; amar y ser amados, esa es la única felicidad.

CAPÍTULO XI.

EL ESTUDIO DEL PINTOR.

Algunos dias despues, Federico, solo en su estudio, pintaba abstraido y silencioso en un lienzo de gran tamaño.

La expresion de sus ojos era vaga y soñadora, el pincel volaba sobre el lienzo,

dando vida y forma al sueño de su fantasía.

Su frente tenia la palidez del genio y la pasion, esas dos llamas de reflejos divinos que parecen sostenerse á costa de la vida material.

El artista, cuando *crea*, tiene una expresion sublime, completamente elevada.

La inspiracion bullia en aquella frente pálida, que sin duda ardia, pues las venas finas y azuladas aparecian visibles en las sienes.

La inspiracion es una fiebre intelectual, una fiebre devoradora; el artista inspirado no tiene conciencia de sus creaciones, él obra como impulsado por un algo superior que se impone á sus facultades materiales.

Federico pintaba, y una expresion de dulce ternura suavizaba en sus ojos la profundidad de su mirada.

Su cuadro, que áun sin acabar aparecia ya como una maravilla, era una Santa Cecilia, y jamás una creacion más bella ha inmortalizado á un sér virginal.

Los pliegues del ropaje blanco de la Santa caian con una sobriedad severa y una soltura elegante.

La luz parecia quebrarse en ellos, con

una blandura en los reflejos y una suavidad en las tintas, que se creia ver su fino tejido, agitarse con un soplo de viento, tan admirablemente combinado para darle movimiento y flexibilidad, que su misma sencillez encantaba.

Esta ráfaga que agitaba la túnica dejaba descubierto un pié, casi desnudo, pues la piel fina y rosada apénas era cubierta por las cintas de una sandalia, y aquel pié era por sí solo una maravilla, un tesoro del arte.

El pintor le habia trazado *con amor*, y todo cuanto el arte de Apéles encierra de gracia, de verdad y de pureza, se admiraba en él.

Su forma era bella y correcta, como si copiase el de una estatua griega; habia en él vida y movimiento, parecia que la sangre circulaba por aquel fino tejido de imperceptibles venas, y que el calor de la vida sonroseaba aquella piél.

Del fondo del cuadro, lleno de ambiente y de frescura, se destacaba aquella forma gentil, como se dibuja el sueño de nuestra fantasía sobre el vago azul del cielo.

La vírgen Cecilia se apoyaba con dulce y graciosa indolencia sobre un pequeño ór-

gano, junto al cual, indicando silencio, como para no turbar los pensamientos de la Santa, habia un ligerísimo y gracioso grupo de ángeles.

Una de sus manos sostenia su cabeza, la otra caia con naturalidad exquisita, teniendo la corona de rosas y azucenas que Dios le envió para su esposo, convertido por su ejemplo.

La cabeza de esta admirable figura estaba sólo bosquejada; el artista esperaba, sin duda, un soplo de suprema inspiracion, para dar una forma al sueño de su alma.

Aquel rostro debia copiar el de Luisa.

Y ya sabemos que para copiar al sér amado toda tinta es pálida, toda palabra fria.

El estudio de Federico era un modelo de buen gusto artístico, de sencillez y elegancia.

Magníficas esculturas, soberbios cuadros, graciosos modelos, y esos mil caprichos del genio, siempre bellos.

Aquí y allí caballetes con lienzos, jarrones con flores, cuya forma era una maravilla; cortinajes que combinaban un efecto de luz, blancos cristales, que amortiguaban su vivo reflejo.

Junto al caballete en que pintaba, como al alcance de su mano, habia un objeto que causaba extrañeza.

Sobre un pequeñísimo velador de madera rosa, un fanalito de cristal cuidadosamente cerrado con llave.

En él, luciendo á traves del cristal su coqueta forma, un zapatito de baile de una mujer ó de una niña; hubiera sido difícil fijarlo, pues su pequeñez hacia presentir lo segundo, pero su forma, ya perfecta, demostraba que era á una mujer á quien habia servido aquel lindo juguete.

Los ojos del pintor acariciaban el blanco zapatito, como si él fuera el talisman misterioso del genio.

Sus alegres colores, blanco y rosa, parecian infundirle valor y esperanza.

En una de sus amorosas contemplaciones, le pareció oir llamar suavemente á la puerta del estudio.

—Adelante, dijo, creyendo que venian á advertirle que estaba su almuerzo servido.

La puerta se entreabrió, y dos jóvenes de aspecto risueño, y vestidos con elegantes trajes de mañana, aparecieron en ella.

Federico cubrió vivamente con un lienzo de seda blanca el fanalito, y salió á recibir á los jóvenes.

El enamorado artista hubiera creido profanado su tesoro si se hubiese fijado en él una mirada extraña.

Mi querido artista, dijo Augusto Bosarte, que era uno de los que llegaban; permíteme que te presente á mi amigo César Arteaga, que acaba de llegar á Madrid y deseaba conocerte.

—Gracias por tan amable deseo, dijo Federico tendiendo su mano al jóven César, y gracias á tí, añadió dirigiéndose á Augusto, por presentarme la grata ocasion de ofrecer mi consideracion á este caballero.

Los dos jóvenes se inclinaron y ocuparon los sillones que Federico les señalaba.

—¡Ah! dijo Augusto, con ese aire impertinente que adoptan los que por sí valen poco, al hablar ante otros con una celebridad; veo que adelantas poco en la Santa Cecilia.

—Sí, contestó sonriendo Federico; voy creyendo que los antiguos, al emplear toda su vida en modelar una estatua tenian razon, y casi quiero imitarles; cada dia animo con una pincelada ese cuadro querido, pues como ha de ser el último, quiero que en él quede algo de todas mis sensaciones.

—¡Oh! caballero! será una gran pérdida

para el arte que usted deje los pinceles, dijo César con acento sentido é inteligente.

—No lo crea Vd., contestó dulcemente el artista, interesado por el timbre simpático de aquella voz; un genio que pasa es reemplazado por otro, y yo ni áun puedo aspirar á creerme reemplazado, porque no soy un genio.

—¡Oh, sí! ¿Me permitirá Vd. que vea de cerca este cuadro?

—Usted está en su casa, contestó Federico levantándose con César.

—Querido, dijo Augusto recostándose en su sillon; oye un consejo.

—Ya escucho, contestó Federico.

—Ese cuadro debia copiar la cabeza de una vírgen que yo conozco, para ser completo.

—¿Qué vírgen es esa?

—Poco puedo decirte de ella, pues ando buscándola como un loco y no la encuentro.

—¡Cómo! ¿Pues esa vírgen se ha perdido?.....

—¡Ay! no te burles, ¡es una herida de mi corazon!

—¿Incurable?.....

—¡Y envenenada! exclamó Augusto con trágico acento.

—¡Bah! ¡todo un drama!

César, que con inteligente mirada y buscando los afectos de luz habia observado el cuadro con sostenida atencion, se volvió hácia Federico y le dijo ligeramente conmovido:

—Un cuadro como éste puede ser el último, porque él sólo es ya una magnífica corona de gloria para su autor.

Federico se inclinó.

—Poco valgo, continuó César; quizá ni puedo admirar este cuadro apreciándolo en su valor, pero si el entusiasmo de mi alma al contemplarlo es algo para usted, yo se lo ofrezco con mi amistad.

—Acepto lo uno y lo otro con todo mi corazon, dijo Federico estrechando de nuevo la mano del jóven.

—¿Quereis oirme al fin? dijo Augusto.

—¿Vas á contarnos tu eterna historia de la Vírgen de Rafael?..... dijo César.

—¡Pardiez! ¡pues no he de contarla! ¡Federico la ignora!

—Yo me encargaré de la primera parte, dijo César con esa soltura fácil y agradable que dá la costumbre de frecuentar la sociedad.

—¡Tiene dos! exclamó Federico.

—¡Ay, amigo mio! En la historia de Augusto hay que poner, como en las novelas de folletines: *Se continuará.*

—¡Oh! ¡pues no es lo más agradable! Cervántes nos dice que nunca segundas partes fueron buenas.

—Y Cervántes tiene razon, porque la segunda parte de esa historia es una verdadera desgracia.

—Por Dios, querido Augusto, quedémonos en drama y no lleguemos á tragedia.

—Es el caso, empezó á decir éste.

—Aun no he dicho yo la primera parte, dijo César, y añadió:

—Es el caso, que Augusto ha visto, ó ha soñado verla, una mujer que se parece á la Vírgen de Rafael, como debió parecerse la Fornarina.

—Y ¿dónde está ese tesoro? dijo Federico, que habia palidecido ligeramente.

—Ese tesoro está en Madrid, sin duda, pero Augusto no lo encuentra.

—César, suprimes los detalles, y como eso es una traicion, voy á encargarme yo mismo de contar mi historia.

—¡Oh! si no hay detalles!

—¡Cómo! pues es nada saber que esa vírgen de Rafael es, á más de hermosa, elegante, discreta.....

—Pero si jamás le has hablado.....

—Y ¿qué importa? ¿Acaso el talento sólo brilla en la palabra? Brilla en sus ojos y en su frente.....

—Al ménos sabes el nombre de esa vírgen? preguntó Federico.

—Se llama Luisa.....

Todo el poder de su razon, toda la fuerza de su voluntad bastó apénas para impedir á Federico un grito, pero no para suavizar la palidez de ira y sorpresa que invadió sus mejillas.

César, con su mirada inteligente, comprendió que algo grave encerraba aquel nombre para el artista, y dijo á Augusto:

—Vamos, eres un aturdido; ¡hasta nombre das á tu sueño!

—Estoy diciendo la verdad.....

—Pues bien, hazme el favor de acabar, ya que has empezado; ¿dónde has visto á esa señora?

—En el Museo, contemplando el cuadro al cual se parece como el modelo á la copia.

—¿La has hablado?

—No por cierto; quise hacer una observacion y me contestó su padre.....

—Y ¿cómo sabes que era su padre? preguntó anhelante Federico.

—Porque la oí nombrarle así cuando yo me acercaba.

—¿Y recuerdas su voz?

—Como si la oyese ahora.....

—¿Es dulce?

—Como un canto de ángeles.

—Y dime, dijo Federico que sólo pensaba en Luisa y se olvidaba de lo que sus amigos dirian; ¿es alta ó baja?

—Ni alta ni baja, tiene esa proporcionada estatura, que es una garantía de tener buenas formas.

Federico frunció ligeramente las cejas al oir aquella observacion; le parecia que profanaban su ídolo.

—Pero, prosiguió Augusto, tú tienes bien presente la idea de esa graciosa estatura que yo admiré en ella; es la misma que has dado á tu Santa Cecilia.

—Y sus ojos, ¿cómo son sus ojos?.....

—¡Pardiez, Federico, pareces tú el enamorado!

—¡Bah!

—Pues bien, sus ojos son negros, y hay en ellos algo de extraño y profundo.....

—¿Y sus cabellos?

—Negros tambien; es blanca y pálida.

Federico quedó pensativo; aquella mujer

era Luisa, la misma que él amaba; pero si la habia visto Augusto, debia estar en Madrid; ¿por qué se ocultaba, pues?

¿Por qué, pensaba con algo de celos en el alma, da á otro la dicha de contemplarla y me niega á mí esa ventura?

—Dime, dijo al fin procurando vencer su emocion, ¿hace mucho tiempo que has visto esa señora?

—Hace un mes que la ví en el Museo, pero la he visto despues.

—Tu historia es muy interesante, dijo Federico, que volvió á palidecer de celos, y hay que llegar hasta el fin; ¿dónde la has visto?

—A fe mia que no la hubiera conocido jamás á no ser por mi amor.

Federico hizo un movimiento tan visible de ira, que César dijo á Augusto:

—Vamos, amigo mio, acaba pronto; estamos ocupando demasiado á este caballero.

—La ví en una Iglesia..... dijo Augusto tranquilamente; pasaba yo por San José, hacia un gran calor, y entré, más que á orar á tomar un poco el fresco á la sombra de sus bóvedas; de rodillas ante un altar, y tan

modestamente vestida como puede ir una sencilla hija de la clase media, estaba Luisa. Estuve algun tiempo contemplándola, sin que ella se fijara en mí; oraba con una gran expresion de fervor; y sus manos sin guantes se cruzaban con ternura; cuando acabó echó sobre su rostro el velo de su mantilla, y salió con una señora anciana, que parecia un aya..... me apresuré á seguirla, pero con tan mala suerte, que sólo pude ver el coche que se la llevaba; de esto hace unos seis dias, y ya te lo he dicho todo; sólo me falta añadir que la amo como un loco.....

Federico pasó su mano por la frente, algunas gotas de sudor brotaban en sus sienes, y su palidez era tan densa que asustaba.

Al oir á un hombre decir que amaba á Luisa comprendió el amargo pesar de los celos, y todas las olas del dolor, todos los torbellinos de la ira se desbordaron en su alma.

Hubiera hecho pedazos á aquel hombre que se le aparecia como para disputarle su felicidad; además, por él sabia que Luisa estaba en Madrid; ¡un extraño lo sabia y él lo ignoraba!

Federico, dominando su emocion, dijo á Augusto:

—Veo, amigo mio, que llamas historia á lo que apénas es un episodio; esa es una licencia amorosa.....

—Es una historia en su primera hoja; *se continuará*, dijo Augusto poniéndose de pié, así como César, y despidiéndose del pintor.

Cuando, acompañados por éste salian del estudio, dos señoras, precedidas de un criado, llegaban á él.

Eran la Condesa de San Estéban y una linda jovencita.

Al verlas, Federico hizo un movimiento de contrariedad muy marcado, Augusto sonrió maliciosamente, y César las miró con sorpresa.

Ellas saludaron, y los jóvenes se inclinaron y desaparecieron.

CAPÍTULO XII.

UNA PROMESA DE AUGUSTO.

Antes de ocuparnos del pintor y sus visitas será preciso que sigamos á César.

A la expresion de sorpresa que reflejó su rostro al ver á la Condesa, se sucedió una

de dolor muy marcada, que comprenderán fácilmente nuestros lectores, sabiendo que César era amigo de Alejandro.

César de Arteaga tenia veintiseis años, y era hijo de un rico cubano; como el sueño de luz de todo jóven americano es recorrer la Europa, hacia seis años que viajaba, fijándose al fin en Madrid, donde, segun las malas lenguas de sus amigos, le retenia en sus redes una graciosa muchacha. Aquí le sorprendió la noticia de la muerte de su padre, y aunque César, que tenia un noble corazon, hubiera querido ir á verle en sus últimos momentos, la dificultad del viaje y lo irremediable del suceso le retuvieron en la Península.

César y Alejandro se conocian, y al venir este último á España, ese sentimiento simpático que une, cuando están léjos de su país, á los que han nacido en el mismo suelo, estrechó sus relaciones, y llegaron á ser, á pesar de la diferencia de edad, muy buenos amigos.

César tenia un carácter reflexivo y serio; á la amabilidad americana unia una sensibilidad exquisita, una lealtad y dulzura en su trato, que impresionaba agradablemente.

Todos sus amigos hallaban siempre su

bolsa y su vida á su disposicion, pero jamás contaban con su concurso para una de esas alegres locuras que los jóvenes organizan para buscar algunas horas de placer, y en las que sólo recogen algunas horas de hastío y algunos amargos desengaños.

César tenia talento, pero sólo ese talento necesario para ocupar dignamente un lugar en la vida; es decir, que su talento tenia el límite que se necesita tener para no convertirse en un sello candente de dolores, sobre la frente en que se encierra.

Su figura, como su talento, era ese término medio entre lo hermoso y lo feo, que es á veces muy agradable.

Tenia unos hermosos ojos negros de inteligente mirada, un cútis ligeramente moreno, una frente ancha, acaso en demasía, manos bonitas, estatura regular, y una negra y rizada barba, cortada en agudas puntas á ambos lados, de esa graciosa manera que se ha dado en llamar *Mefistófeles.*

En suma, César era un buen muchacho, franco, leal, cariñoso y desprendido.

Siendo amigo suyo el Conde de San Estéban, se explica su disgusto al ver á la Condesa dar un paso tan imprudente como el de ir á casa del pintor Vallés.

Cuando bajaban la escalera de la casa del artista, Augusto, con el incisivo tono burlon y malicioso que le era peculiar, y que él creia de mucha gracia, cuando no tenia ninguna, dijo á César:

—¿Eh? ¿Qué te parece?..... la Condesita se aprovecha perfectamente de esa libertad que tu cándido amigo la concede.

—Augusto, esa señora no viene sola, y te agradeceré que no pienses lo peor.

—¡Yo! ¡Diablo! ¡Pues no sólo no pienso pienso!
lo peor, sino que tengo envidia de lo que

—¡Augusto!

—¿Pero de dónde sales, querido, que no sabes que la Condesa es la amante del pintor?

—Te ruego que pienses lo que dices: sois muy ligeros en juzgar, y cuando se trata de la honra de una mujer.....

—¡Bah! ¡bah! ¡Todo Madrid lo sabe!

—Todo Madrid puede equivocarse.

—No lo creo; además, ¡ella lo prueba!

César comprendia que Augusto, sólo con decirle que la Condesa estaba en aquellos momentos en el estudio del pintor, tenia una gran fuerza contra sus razones, y se limitó á decir como batiéndose en retirada:

—Lo que hemos visto no prueba nada.

—Eres el más cándido de todos los hombres; ¿no has comprendido que Vallés la esperaba, y por eso estaba impaciente?.....

—¡Oh! yo he creido que era otra la causa de su impaciencia.....

—¿Cuál podia ser?.....

—No puedo afirmarlo, pero juraria por mi honor que no era la Condesa, y que su impaciencia fué aún más visible cuando vió á ésta.

—Naturalmente; ¿no ves que estábamos nosotros allí y sorprendiamos su secreto?....

—¡Quizá tienes razon!, dijo César suspirando.

—¿Lo sientes?

—Sí; soy amigo de Alejandro.

—¡Bah! uno más *¡qué importa al mundo!*

—Adios,—dijo César,—voy á ver á un amigo.

—¿Te vas? Pierdes una escena divina.

—¿Cuál?

—El ver á Ratael desesperarse porque su dama, como una veletita, ha cambiado al viento.

—Augusto, yo te ruego por nuestra amistad que no digas á nadie que acabamos de ver á la Condesa en casa de Vallés.

—¡Vaya, vaya, pues no eres poco melin-

droso! Si ella viene á la luz del dia.....

—Yo te lo ruego.

—¡Te prometo callar hasta donde pueda!

—No, no es eso lo que quiero; es preciso que calles por completo; de otro modo, esta noche voy al Circo, entro entre bastidores, y la bella Elisa sabrá tus aficiones artísticas por modelos de vírgenes.....

—Tú no harás eso.

—Siempre que tú no hagas lo otro.

—Pero, mi querido César, ¿qué diablo de interés tienes por la Condesa? A ella le da poco cuidado, á fe mia, cuando viene á estas horas.

—Es un secreto, pero en cambio de tu discrecion te aseguro la mia.....

—Es el caso,—dijo enfadado Augusto,—que hé prometido á Rafael.....

—¿El qué?

—Decirle cuanto sepa de esa señora.

—¿Qué puede importar á Rafael?

—Rafael la ama.

César se encogió de hombros.

—En fin,—dijo,—está convenido; si hablas, hablo; si callas, soy mudo y ciego.....

—Callaré.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de buen amigo.

—Hasta la noche pues, y gracias; no sabes cuánto te lo agradezco.

—Adios; ¡ah! ¡una palabra! ¿Estarás tú tambien enamorado de la Condesa?

—¡Phist!—dijo con burlona sonrisa César,—¡pudiera ser!

—En ese caso.....

—Amigo mio, en ese caso te pediré tus ilustrados consejos.

Y deteniendo un coche que pasaba, entró en él, saludó con la mano á su amigo, y se alejó.

Augusto quedó algunos instantes pensativo, despues, alzando la cabeza, cómo quien toma una resolucion, murmuró entre dientes:

—¿Qué diablos le importa á él? ¡Bah! He sido un necio en prometer..... pero nada se ha perdido, vamos á ver á Rafael.

Y con el aire insolente de los modernos Tenorios, irguiéndose, contoneándose y lanzando miraditas *petroleras*, se alejó en direccion á la casa de su amigo.

CAPÍTULO XIII.

DOS NOBLES CORAZONES.

César, al dejar á Augusto, dió al cochero unas señas, y en tanto que el coche rodaba á la direccion indicada, se recostó pensativo y sombrio en el no muy limpio henchido de la callejera berlina.

Habia, á no dudarlo, una gran lucha en su corazon, porque en su frente ceñuda parecian chocar las ideas.

En los momentos que transcurrieron hasta que el coche se detuvo, debió tomar una resolucion, pues al entrar en una linda casa de la calle de Valverde, entraba sereno y risueño.

Subió alegremente al principal, llamó y en breve entró en uno de esos lindos gabinetes donde el desórden produce una especie de fantástica armonía, que revela que está desterrado de ellos el genio de una mujer.

Armas, albums, libros, cartas abiertas, cigarros esparcidos, periódicos con la faja intacta y otros desdoblados y tirados por donde quiera, llenaban las mesas, la mese-

ta de la chimenea, y áun las sillas de tapicería gris que decoraba el cuarto.

Al entrar César, un hombre que leia, medio tendido en una de esas largas sillas que el *esprit* francés llama *fumeuses*, se puso de pié y le salió al encuentro.

Nuestros lectores apénas le hubieran reconocido.

El Conde de San Estéban, pues era él, llevaba ya matizada su negra barba por algunas hebras de plata, sus ojos habian perdido el fogoso brillo que les animaba, y sobre su frente pálida se marcaba ese ligero pliegue del dolor, que es una arruga para los indiferentes, y una historia para el observador.

—¿Qué hay?—preguntó vivamente á su amigo.

—¡Pardiez! déjame tomar aliento; estamos á 40 grados de calor, y llego ahogándome.

—Ten en cuenta que espero.....

—Permíteme que pida ántes un poco de cerveza; las medidas higiénicas son siempre atendibles.

Alejandro volvió á sentarse en silencio, y César llamó, cambió su levita por una ligera bata, y volvió junto á su amigo.

—Hablemos ahora,—dijo destapando una botella y llenando su vaso de cerveza, despues de haber servido otro á Alejandro.

—¿Has visto á Mercedes?

—Sí.

—¿Y bien?.....

—Y bien, mi querido Alejandro, creo, como te he dicho muchas veces, que debes volver á su lado; es una gran locura someter á una mujer á una prueba, y poner en esa prueba la dicha de toda nuestra vida; la cosa es tan insensata como poner á una carta toda nuestra fortuna.

—Segun eso, ¿tú crees que mi esposa no salga triunfante de esta prueba?—preguntó con tristeza Alejandro, en tanto que apuraba á pequeños sorbos su vaso de cerveza.

—Creo más; creo que ninguna mujer la resistiria.

—¡Oh! una mujer que amára, sí.

—Y ¿quién te dice que no te ame tu esposa?

—¿Es acaso posible dudarlo? ¡No ves su conducta!

—Mi querido Alejandro, una mujer ama más ó ménos, segun su temperamento, pero ama siempre algo; cuando el hombre á quien ama vale tanto como tú, cuando ese

hombre va con la paciencia del avaro recogiendo y conservando cada idea, cada capricho de esa mujer, para conocer por ellos su alma entera, y se utiliza de su estudio, no dudes que llega al fin á imponerse á ella.

—Ese trabajo es inútil, tratándose de una mujer como Mercedes; en ella una idea apénas concebida, pasa y no deja nada en pos, pues la nueva borra su efecto; pero es inútil esa discusion; lo que yo quiero saber es si la has visto, ¡si era verdad que iba al fin á comprometerse ante el mundo, á hacerse imposible para mí, dando una prueba clara y segura de su amor por el pintor!

—¿Y has podido creerlo? ¡Bah! Veo, mi querido Alejandro, que Mercedes tendria razon al tratarte como á un niño.....

—¿Luégo no era verdad?—preguntó con ánsia el Conde.

—¡Desde luégo! La Condesa es una mujer digna, y no puede olvidarse de lo que á sí misma se debe.

—¡Ah! dime, dime, ¿has estado tú en su estudio, le has visto á él?.....

—Sí;—dijo César que sufria, y queria abreviar aquel interrogatorio.

—Y.....

—Y me parece un hombre de talento y corazon.

—Sí, ya lo sé; y aunque por ser el hombre que ama Mercedes yo le odio como hombre, como artista yo le admiro, le estimo y le respeto.

—Pues creo, mi querido Conde, que como buen celoso, te has ofuscado; el pintor ama á otra mujer.

—Ya lo sé; ama á una amiga de la mia, muy bella, muy altiva, y que le ama tambien.

—¡Ah! ¿Cómo se llama esa mujer?

—Luisa Valmez; es americana.

—¿Es rica?

—No; hubiera podido serlo, pero han perdido casi toda su fortuna.

—Y dime, ¿no has observado si esa señora se parece algo á una de las Vírgenes de Rafael que se guardan en el Museo de Pintura y Escultura de Madrid?

—Sí, en efecto, me ha parecido así.

—Pues el pintor tiene un rival.

—¿Quién?

—Ese Augusto que me ha presentado á él.

—Luisa ama al pintor.....

—En ese caso van á resultar escenas pintorescas.....

—Pero eso nada nos importa, querido César; háblame de Mercedes.

—¡Dios mio! ¡Sois insoportables los enamorados! Mercedes está en su casa, esperando tu vuelta, y bien ajena de que la sigues.

—¡Si fuera verdad!

—¿Por qué no ha de serlo?

—Pues bien, la retardaré aún, y si, como tú dices, ella me espera, iré á su lado para que marchemos de España; no quiero sufrir más.

—¿Me permites darte un consejo?

—Con mucho gusto, dí.

—¿Cuál es tu opinion acerca del carácter de tu mujer?

Alejandro miró á César sorprendido.

Este sonreia.

—Mi esposa tiene un carácter ligero y frívolo: los afectos profundos la cansan y fatigan, pero tiene un noble y generoso corazon.

—Pues bien, mi querido Alejandro, así como cada flor necesita un tratamiento especial, si ha de desarrollarse hermosa y perfumada, cada mujer necesita su especial manera de ser amada. Una mujer apasionada, vehemente, exige y da, lo quiere todo

y todo lo ofrece; para una de esas mujeres, un hombre como tú, celoso, exclusivo, apasionado, es su ideal; pero para una mujer como la tuya, dulce, indolente, con esa indiferencia tibia en todos los afectos, que le permite conocerlos sin llegar á sentirlos, para esas mujeres se necesita mucha indulgencia, mucha dulzura y muy poco amor. ¡Ve si puedes tú avenirte á ello!

—¡Ah! ¡por mi desgracia yo la amo!

—Procura ocultar ese amor á sus ojos, y no lo dudes, amigo mio, vé pronto á su lado; no hay mujer que no vacile en una prueba, si la prueba es larga y difícil.

CAPÍTULO XIV.

IMPRUDENCIAS.

No hay nada más imprudente que una mujer enamorada.

No importa que la educacion, que la dignidad, que el deber mismo la adviertan y aconsejen; ella, al amar, siente como una fiebre del corazon, de la cual su razon no se libra, y obra como un autómata impulsado por una voluntad invisible y poderosa.

Dice Dumas que la ley debia obrar con

repecto á la mujer culpable, como obra con el niño y el hombre ebrio, porque la mujer tiene en su disculpa «la perpetua infancia del juicio, y la eterna embriaguez del corazon.»

Mercedes, en la soledad de su hogar, comenzaba á sentir el vacío de sus locas quimeras; su corazon, su orgullo, seguian empeñados por el artista; pero, aunque de educacion descuidada, voluntariosa y exigente, Mercedes era buena, y ella comprendia cuán léjos está de la felicidad todo lo que está léjos del deber.

Comenzaba á echar de ménos el cariño delirante de su esposo, sus tiernos cuidados, su dulce solicitud.

Aquella gran casa que ocupaba sola le parecia tan triste como un cementerio; ella comprendia, al fin, que la vida, para no ser insoportable, es preciso que sea compartida.

Muchas veces creia oir los pasos de Alejandro, su voz cariñosa, y se levantaba vivamente conmovida, y suspiraba al conocer su error.

Alguna vez quiso acercarse al pintor, pero éste, enamorado de Luisa, no se ocupaba para nada de la Condesa, ni se apercibia de su solicitud.

Esa frialdad, ese desvío, comenzaban á desilusionar á la Condesa, incapaz, por otra parte, de sentir afectos profundos; el *deshielo de su ilusion* habia empezado; era de creer que arrastrase en pos todos los locos sueños que habia inspirado aquella ilusion.

Una reaccion lenta y segura se iniciaba ya en el alma de Mercedes; ella se decia que la vida no es un juego donde pueden arriesgarse al azar todas las esperanzas que sostienen la ventura.

Ella veia, al fin, las cosas por su lado serio, y comprendia que es un insensato el que teniendo en su mano la dicha la deja caer en tierra, para correr en pos de ilusorias felicidades.

Es verdad que se habia casado sin sentir esa pasion profunda que dura tanto como la vida, pero el hombre que la habia hecho su esposa tenia talento y corazon, esas dos palancas capaces de remover la humanidad, y el vacío que deja con su ausencia un hombre de talento, habla más en favor de él que su misma presencia.

Mercedes, como todas las personas de carácter débil é indeciso, empezaba á amar á Alejandro al perderle.

Además, estaba enferma; y á su estado

de inquietud moral, se unia una molestia física, leve y continua, que Mercedes era demasiado sencilla para adivinar de qué procedia.

Todos estos sucesos daban á la casa de la Condesa un sello de tristeza tal, que imponia.

Ella no abandonaba su gabinete, donde recostada en una butaca y leyendo pasaba el dia.

No recibia, no salia, y la soledad iba, al fin, calmando sus agitaciones.

Una tarde en que, como de costumbre, estaba sola, la entregaron una carta.

Mercedes tembló poderosamente al reconocer la letra, la abrió y leyó:

«Señora Condesa: Usted, cuya alma es tan grande, disculpará mi atrevimiento, por el cual de antemano le pido humildemente perdon.

»Para un artista, señora, el arte es la vida; es más aún, es la gloria.

»Mi mejor obra, la que espero dé á mi nombre el lauro soñado, no está acabada, no puede estarlo, en tanto que yo no encuentre el modelo que he de copiar, y ese modelo sólo usted puede ofrecérmelo.

»¿Se negará Vd., señora Condesa, á de-

jarme copiar su divino rostro para mi *Santa Cecilia?*

»¡Oh, no! Yo le pido mi gloria, y Vd. no puede negármela.

»Por las mañanas estoy solo en mi estudio; si Vd. viniera, una sola hora á honrar mi casa, yo le deberia más que la vida.

»En ella la protegeria mi honor y mi gratitud.

FEDERICO VALLÉS.»

Mercedes leyó mil veces la carta sin volver en sí de su asombro.

Todo su amor se despertó de nuevo, más vivo, más grande, más imperioso.

Iba á ser ella el modelo de aquel cuadro tan esperado.

Iba á humillar á Luisa.

¡Era amada y podia contribuir á la gloria del hombre de su amor!

Con la volubilidad de sentimientos que le era natural, no pensó más en Alejandro; sólo pensó en Federico.

Llamó con una impaciencia febril, se hizo vestir y mandó poner el coche.

Habia pensado que sola no debia ir, y en medio de su desvarío, fué á buscar á una jóven amiga suya, para convenir en ir á

buscarla á otro dia, yendo juntas á visitar al pintor.

Su amiga accedió, y al dia siguiente á las once, la Condesa de San Estéban y Julia M.... su amiga, bajaban de un lujoso landó en la puerta de la casa donde Federico vivia.

Pues que las vimos llegar, volvamos al estudio del pintor y veamos lo que allí sucede.

CAPÍTULO XV.

EL HILO DE UNA INTRIGA

Federico Vallés quedó asombrado al ver ante sí á la Condesa.

No se explicaba aquella visita, y bien torpemente, porque estaba aturdido, las invitó á pasar á su saloncito.

—¡Oh, no!—dijo sonriendo la Condesa,—en el estudio estaremos muy bien: y adelantando un paso, entró en él seguida de Julia.

El pintor arrastró unos sillones y se sentó despues.

—¿Es ésta la *Santa Cecilia?*—preguntó la Condesa, que creia al pintor contrariado por la presencia de Julia,

—Sí, señora; ésta es.

—¡Oh, qué bella!—dijo Mercedes con orgullo, al pensar que aquel admirable cuadro encerraria su imágen.

Vallés se inclinó. Un embarazoso silencio sucedió á estas palabras.

La Condesa creia que el pintor no se atrevia á demostrar su deseo en presencia de Julia: en cuanto á Vallés, á cada momento le era más incomprensible la presencia de Mercedes.

Algunos instantes estuvieron así.

Al fin Mercedes, con las mejillas teñidas de un vivísimo rubor, dijo á Federico:

—Recibí su carta, y ya ve Vd. cómo he atendido su ruego.

—¿Mi carta?—preguntó Federico con el más profundo asombro.

—Sí, su carta; esta señorita es mi mejor amiga, y no he vacilado en que me acompañe.

—Perdonad, señora Condesa, pero no vuelvo en mí de mi asombro; yo no he tenido el honor de escribiros.

—¡Cómo! ¿Qué decis?—preguntó impetuosamente Mercedes,—¡que no me habeis escrito! Pues entónces, ¿de quién es esta carta?

Y temblando de ira, sacó del bolsillo de su traje la carta el dia ántes recibida.

Federico la tomó, la desdobló y la leyó con asombro.

—Le juro por mi honor, señora,—dijo gravemente,—que yo no he escrito esta carta, ni jamás me hubiera atrevido á ello; hay, á no dudarlo, una intriga á que esta carta obedece; y esto, señora, sólo puede tener una idea.....

—¿Cuál?

—Perdone Vd., quizá he ido demasiado léjos en mi pensamiento.

—Le ruego que le complete.

—Pues bien, quizá han querido comprometerla; el Conde está ausente, y como Vd., señora, puede tener enemigos....

—¡Ah! no sé, no recuerdo que tenga ninguno; pero la letra de esa carta es suya.....

—¡Oh, no!—dijo el pintor;—es una grosera falsificacion; vea Vd. si hay diferencia.

Y tomó de encima de un mueble un pequeño cuaderno manuscrito, mostrándolo á la Condesa.

—Sí, es verdad,—dijo ésta convencida; —pero ¿cómo adivinar, qué hacer?

—Yo, en tu lugar,—dijo Julia, que ha-

bia escuchado en silencio,—lo diria á mi esposo, y él sabria descubrir la verdad; tú no puedes tener otro protector, y ya que tienes enemigos, bueno es que no estés sola.

Federico miró con simpatía á la jóven que aconsejaba tan juiciosamente á la Condesa, y dijo á su vez:

—Yo creo, como esta señorita, que el Sr. Conde es el que debe asir este hilo para descubrir el autor de esta intriga; pero si Vd. cree que yo puedo serle útil, puede contar conmigo, que por mi parte procuraré averiguar y castigar al que ha usado de mi nombre para molestar á una señora.

—Gracias,—dijo Mercedes llorando;—pero entre tanto han logrado su objeto; yo estoy aquí, y sabe Dios lo que de mi presencia en su casa esperarian ellos.

—Yo siento, á la verdad, no haberte disuadido de tu idea, dijo Julia; pero una vez aquí, no hay por qué temer; este caballero conoce que tú has sido vilmente engañada, y en cuanto á mí.... yo te he rogado que me acompañases al estudio de un pintor para verlo: esto lo salva todo.

Mercedes estaba fatigada, temblaba toda, y una gran palidez habia sucedido al rubor que embellecia su semblante.

Comprendia que habia sido objeto de una burla, y la ira la ahogaba.

Además, caian por tierra todas las quimeras de su orgullo y de su amor, y volvia á pensar cuán inútiles y vanos son los sueños que no se afianzan en la razon.

Al verse ofendida pensaba en un defensor, y el recuerdo de Alejandro volvia con más fuerza á su alma.

—Pues bien,—dijo,—Julia disculpará mi accion, y Vd. comprenderá, añadió fijando en Federico una profunda mirada, que se ha jugado con mi corazon y mis sentimientos; ahora, adios, vuélvame Vd. esa carta, para mostrarla á mi esposo.

—Señora, ¿no quiere Vd. confiármela para que yo busque la mano que la ha escrito?

—¡Oh, no! Como decia muy oportunamente Julia, sólo mi marido puede ser mi protector.

Y arrojando sobre su rostro el velo de su sombrero, y apoyándose en su amiga, pues se sentia desfallecer, saludó al pintor con un movimiento de cabeza y se alejó.

Federico la miró salir, se volvió lentamente á su estudio y tomó de nuevo sus pinceles.

CAPITULO XVI.

LOS MODERNOS TENORIOS.

Rafael leia un periódico cuando llegó su amigo con aire entre triunfante y misterioso, como deseando hacerse el interesante.

—¡Hola!—dijo Rafael tendiéndole con indolencia su mano, y sin moverse de su cómoda postura:—estamos ya de vuelta!

—Ya lo ves.

—Y ¿qué tal?

—Bien; el pintor ha estado muy amable, han simpatizado, á lo que parece, el americano y el pintor.

—No es extraño; los dos son insufribles.

—¡Oh! Vallés es simpático.

Rafael se encogió de hombros.

—Y bien,—dijo arrojando el cigarro que tenia entre los labios;—¿no has visto nada de nuevo?....

—Nada; dijo vivamente Augusto.

—¡Cómo! ¿Pues á qué hora has dejado al pintor?

—Cerca de las doce.

—¿Y no ha ido ninguna visita, no has visto allí ninguna mujer?

—No;—dijo suspirando Augusto, porque su promesa le robaba un bello capítulo de murmuracion.

—Es extraño, altamente extraño,—murmuró Rafael;—¡si no le amará ya!

—¿Quién, querido?

—¡Eh! ¡tú no entiendes de esto!...

—Gracias.

—Hombre, no te enfades; es que se trata de una aventura del pintor, que yo creí os daria hoy una escena.

—¡Ya! ¡Y por eso me instabas tanto á que fuera hoy y llevase á mi amigo!

—Por eso.

—Pues te has equivocado; Vallés pintaba solo, nos recibió en su estudio, y nada vimos.

Augusto habia comprendido por las palabras de Rafael, que éste sabia de una manera cierta que Mercedes debia ir á casa del pintor; ¿cómo y por qué lo sabia? Esto es lo que el jóven se preguntaba, alegrándose mucho de no haberle dicho la verdad.

—Me complazco en creer que me he equivocado; no puedes tú comprender cuánto me alegro!

—Si no me dices el por qué de tu alegría.....

—¡Pardiez! ¡Porque la amo!

—Mira, si tú tienes humor de hacer geroglíficos, yo no lo tengo de adivinarlos; ¿á quién amas y qué es lo que estás diciendo?

—Amo á Mercedes, y me alegro de que no haya ido á casa del pintor.

—¡Diablo! ¡Y por qué debia ir á casa del pintor?

—¡Misterios!

—Pues hazme el favor de explicármelos, porque ese género no me gusta.

—Oye, querido; yo tenia dudas de que Mercedes amase al pintor; valiéndome de un medio, no importa cual, la hice comprender que el pintor necesitaba verla; cuando no ha ido, es una prueba clara y palpable de que no le ama.

—¡Bah, bah! ¡No te creia tan cándido! ¿Quién te dice que si no ha ido hasta las doce, no esté ahora allí?

—¡Oh, es verdad! Pero....

—¿Pero qué?

—En ese caso, ya no me sirve que haya ido.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque ya no la veréis...—dijo imprudentemente Rafael.

—¡Ah! ¡Comprendo, comprendo perfec-

tamente tu plan! Pero eso es indigno, Rafael.

—¡Bah!

—Sí, te lo repito, indigno; querias que la viese ese amigo del Conde, que por tu consejo he presentado al pintor.... es decir, que yo he sido tambien uno de los instrumentos de tu plan.

—Querido Augusto, si se tratára de *vírgenes*, como las tuyas, yo te ayudaria; se trata de *mártires*, ayúdame tú.

—¡Eh, pardiez! ¡tú no puedes ayudarme!

—Sí tal; y en prueba de ello, te daré una noticia; ¡el Vizconde del Villar ama á Elisa!

Augusto saltó violentamente en su asiento.

—¡Y Elisa le ama!—concluyó Rafael.

—¡Imposible! ¿Cómo sabes eso?

—Lo oí anoche; estaba yo hablando con la rubia Gabriela, ya sabes, el murciélago más bello de todos los murciélagos de *Flama*, cuando el Vizconde pasó. Las compañeras de Gabriela se miraron maliciosamente.

«—¿Y Elisa? preguntó una.

»—Ha ido á mudarse su falda de tul,—contestó otra riendo á carcajadas;—¡siempre la rompe!

»—¡Ya! ¡por eso el Vizconde va todas las noches á verla mudar de vestido!

»—No seas maliciosa, Clara, dijo la que hablaba; ¡el Vizconde á lo que va es á recomponerla el peinado!»

—Las muchachas reian á carcajadas, y yo sólo pude sacar en limpio, acabó Rafael, ¡que la señorita Elisa te engaña miserablemente!

—¡Oh, si tal supiera!

—¡Ya lo sabes!

—Lo dudo.

—Haces bien; ¡la fé es una virtud adorable!

—En fin, ¿en qué puedes tú ayudarme?

—Yo puedo saber por Gabriela todo lo que haga tu *vírgen Elisa*,—dijo riendo Rafael.

—¡Bah! ¿De qué me servirá? ¡Esa Elisa es loca, y lo mejor es dejarla!

—¡Pronto renuncias á ella!

—¡Qué quiéres! ¡Estoy enamorado en serio!

—¿De la otra *vírgen?*

—No te burles, Rafael, porque tratándose de ella no lo permitiré.

—¡Oh! no temas; la conozco y sé que vale mucho, pero que nunca te amará.

—Qué! la conoces? Entónces vas á decirme quién es.

—No, porque puedo engañarme en mis conjeturas; pero si fuera lo que yo pienso...

—¿Qué?

—Perdias el tiempo.

—Lo veremos.

—Por visto; tú no puedes enamorar á una mujer así.

—¿La enamorarias tú?

—Mucho ménos; es una de esas mujeres que llevan un ideal en el fondo del alma, y son capaces de morirse solteras si no lo encuentran.

—¿Quién te dice que el ideal de Luisa no se parezca á mí?

—¡Oh! ¡es cosa clara! Nosotros vivimos alegremente, buscamos á través de la vida el placer, como el minero busca á través de las capas de la tierra la veta de oro; esas mujeres soñadoras quieren hacer del amor, no un placer, sino un ídolo eterno; ellas idealizan el deseo: en fin, ellas no sirven para nosotros.

—Será preciso que Luisa me admita tal cual soy, porque la amo.

—Me alegraré de ello, pero resulta que hoy tenemos una baraja de mujeres en es-

peranza, y ninguna en realidad; en fin, ¡viva el amor! Hazme el favor de llamar y pediremos botellas para brindar por nuestra futura dicha.

—¡Ese es el pensamiento más acertado que has tenido hoy!

CAPITULO XVII.

UNA MUJER DÉBIL.

La Condesa de San Estéban dió al cochero las señas de la casa de Luisa, despues de haber dejado en la suya á la jovencita que la acompañaba.

Luisa escribia en un pequeño cuaderno cuando entró Mercedes.

Siguiendo el impulso de su noble corazon, dejó la pluma y corrió á abrazar á su amiga.

—¡Mercedes, mi querida Mercedes, tú aquí! Pero, ¿qué tienes, estás enferma?

Mercedes se dejó caer en una butaca y comenzó á llorar.

—¡Dios mio! ¡qué te pasa!—exclamó Luisa, que habia olvidado por completo sus quejas de Mercedes, para sentir su dolor.

—¡Soy muy desgraciada!

—Pero ¡qué tienes!

—Ante todo, Luisa, perdóname; he sido loca é ingrata al querer disputarte la dicha.

—¡Ah! ¡ya lo he olvidado! ¡Díme por qué lloras!

Y Luisa, arrastrando un almohadon, sentóse á los piés de su amiga, tomando sus manos.

—He sido objeto de una indigna burla!

—¡Tú!

—¡Sí, yo!

—¿Cómo?

—Ayer recibí esta carta,—y la Condesa dió á Luisa la que habia creido del pintor.

—Esta letra no es de Federico,—dijo Luisa mirándola con atencion.

—Así me lo ha dicho él.

—¿Has ido, pues?—dijo Luisa palideciendo.

—Sí; ¡no te he dicho que estaba loca!

—Y bien,—preguntó Luisa alentando apénas.

—¡Oh! ¡te aseguro que he sufrido tanto, que me he curado de mi loco amor!

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ese pintor,—dijo con acento resentido Mercedes,—me ha negado que haya escrito esta carta; ha estado tan frio, tan poco

atento, que casi me ha humillado.

—¡Oh! ¡El descortés!....

—No, tanto como descortés, no; pero me ha herido en mi orgullo, en mis sentimientos..... lo que en esa carta se dice era una verdad... la *Santa Cecilia*, que es magnífica, no tiene aún bosquejado el semblante, y muy bien pudo indicarme, aunque no sucediera, que le era grato reproducir el mio.

Luisa, que sentia una vivísima alegría, á duras penas contenida, dijo á Mercedes procurando alejarla de aquellos pensamientos:

—Como tú no lo hubieras consentido, lo mejor era no solicitarlo; ¿y Alejandro?

—¡Oh! le llamaré; necesito que nos vayamos de este maldito Madrid, y además, estoy enferma.

—¡Enferma! ¡Por qué no me lo has dicho, yo te habria acompañado!

—Gracias, mi querida Luisa, te confieso que no puedo estar más tiempo sin Alejandro y sin tí; sois necesarios á mi vida, como si en vosotros se sostuviese.

Luisa abrazó á su amiga y la besó en la boca.

Mercedes volvió á echarse á llorar.

—¿Por qué lloras?

—¡Oh! ¡soy muy deegraciada! nadie me quiere; ese hombre, al que yo amaba, me desprecia; Alejandro no me amará ya, y tú, hasta tú, debes odiarme.

—¡Oh, no! Mercedes mia, yo te quiero, Alejandro te amará como siempre, y tú volverás á ser feliz, desechando tus quimeras.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamaba la débil Mercedes;—¡qué cara cuesta la felicidad!

—¡Oh, no digas eso, tú, que la tienes en tu mano! ¡Tú, que eres bella, rica y amada! La felicidad es fácil, cuando la razon nos guia, imposible cuando nos abandonamos á nuestras pasiones.

—¡Pues bien, aconséjame tú lo que debo hacer!

—¡Cómo! ¿Lo dudas acaso? Escribe á tu marido, díle la verdad, busca á su lado toda tu dicha y habrás cumplido con tu deber.

—Sí, tienes razon, llamaré á Alejandro; Dios quiera que oiga mi voz.

—No lo dudes; ¡él conoce más que nadie la bondad que encierra tu corazon!

—Adios, pues, y vé á verme mucho, porque, te lo aseguro, estoy enferma y tu cariño me consuela.

—¿Quieres quedarte hoy conmigo?

—No; tengo que escribir á Alejandro.

Y la Condesa de San Estéban besó á su amiga y volvió á tomar su coche, dirigiéndose á su casa.

CAPITULO XVIII.

REACCION AL BIEN.

Mercedes llegó con la cabeza desvanecida.

Aquella intriga ridícula, en la cual sólo se habia tratado, al parecer, de comprometerla, fatigaba su imaginacion al intentar investigarla.

Sentia el mareo del vacío, la angustia del cansancio.

Recordaba con pena sus dias de calma, sus tranquilos goces, el cariño de su esposo, que la rodeaba como un velo de seda que le impedia fijarse en las miserias exteriores.

La soledad la abrumaba; estaba enferma de alma y de cuerpo.

Aquel hombre tan amado, aquel artista al que habia consagrado en el fondo de su alma un culto magnífico, se le aparecia co-

mo el más indiferente de cuantos la conocian, rechazando hasta su imágen, que ella, ¡loca! casi le habia ofrecido para ornar su cuadro.

—Quizá, pensaba en su inquieta impaciencia, ha creido esa carta un pretexto para acercarse á él, y á estas horas me desprecia.

Al pensar en esta idea, su frente se enrojecia y sus labios temblaban: el orgullo vencia á el amor.

Desfallecida aún, temblorosa y con la frente cubierta del carmin de la indignacion, tomó la pluma para escribir á su esposo.

Alejandro, como han visto ya nuestros lectores, estaba en Madrid, pero ella no lo sabia.

El pobre celoso se habia ocultado en casa de su amigo, para seguir con la mirada y con el pensamiento las acciones de aquella que le pertenecia, sujeta de este modo á una prueba decisiva.

El Conde habia escrito á su mujer enviándole la direccion con que podia escribirle, si algo deseaba, y asegurándole que volveria á su lado tan pronto como ella lo necesitase.

La carta enviada á Francia, y puesta allí en el correo por un amigo del Conde, traia el sello de París, y Mercedes no pensó ni por un momento en que su esposo estuviese tan cerca de su casa.

Le escribió, pues, y como estaba afligida, como las lágrimas apagan el orgullo y alejan la indiferencia, le escribió una carta afectuosa, tierna, triste y sentida.

Mercedes pedia á su esposo que volviese á su lado, le aseguraba que estaba enferma, que su ausencia la dejaba en una soledad tan grande, que su alma se ahogaba en llanto sin tener á quien buscar para que le calmase.

«Estoy muy enferma, añadia, y no comprendo esta enfermedad lenta y tenaz que me molesta más cada dia; el sueño se aleja de mí, apénas como, siento extraños vértigos,y el doctor á quien he hecho llamar, se ha sonreido con malicia y me ha indicado que debes volver.»

Mercedes escribió aún mucho más; la pobre niña gozaba al dirigirse á un sér querido, pues le parecia que no estaba tan sola hablando con él.

Felizmente, las afecciones culpables, las que no están basadas en un lazo sagrado,

tienen una vida efímera, que acaba por la reaccion al bien.

Dejémosla, para volver la vista á los héroes de nuestra historia.

CAPITULO XIX.

FEDERICO.

El artista, preocupado é inquieto despues de la visita de Mercedes, quiso en vano continuar pintando.

La inspiracion habia huido, y dejó los pinceles, meditando en quién podria ser el autor de aquella pesada broma.

El alma noble de Federico se revelaba altiva y digna contra una miserable intriga, en que se jugaba la honra de una mujer.

Porque Federico no dudaba de que aquella extraña carta tenia relacion con la inesperada visita de Augusto, y en la posibilidad de que la Condesa hubiera ido sola, seguramente habrian conseguido su objeto.

Pero ¿cual era este objeto?

Instintivamente se acordó el pintor de la turbacion de Mercedes, de sus palabras; recordó tambien algunas bromas de sus amigos, y creyó descubrir la clave de la miste-

riosa ausencia de Luisa, ausencia sólo verdadera para él, pues no habia dejado á Madrid.

Entónces comprendió que habia querido someterle á una prueba, y sonriendo triunfante se decidió á escribir á su amada.

A un novelista le está permitido ser curioso, y aprovechar para con sus lectores su curiosidad, contándoles cuanto vea; vamos á contar á los nuestros, que suponemos muy benévolos, lo que el artista escribia.

«Me he resignado, Luisa mia, á la dolorosa prueba á que has querido someterme, y me he resignado sin violencia, porque tu voluntad es todopoderosa para mí, y siento como una especie de extraño placer en sufrir por tu deseo; pero permíteme, mi dulce amiga, que me rebele hoy contra tus órdenes y te escriba, pues es absolutamente preciso que yo te hable.

»¡Tengo celos! ¡Unos horribles celos que desgarran mi corazon! Un hombre acaba de hablarme de tí!... ¡ese hombre te ama!...

»Yo he sufrido una tortura tan grande al oirle, que tenia que pensar siempre en que esto acabará pronto, en que yo te ocultaré á todas las miradas para que no se alarme mi pensamiento y no sufra mi corazon.

»¡Los celos! ¡Qué cosa tan horrible!

»¿Por qué olvidaria Dante, en su *Infierno*, ese tormento, el más grande de todos?

»Pienso á veces, Luisa, que la civilizacion es para el hombre como las ligaduras invisibles que le sujetan, y llegan á impedir la explosion de sus sentimientos.

»En un pais salvaje, por ejemplo, un hombre que hubiera sentido algo de lo que yo he sentido, se habria lanzado sobre su enemigo, y con la fuerza de su rabia le hubiera despedazado, clavando las uñas en su pecho y mordiéndole como un tigre el corazon!

»¡Yo he tenido que sonreir á ese hombre, y he estrechado su mano!

»¡Ah! ¡con qué compensa la sociedad los sacrificios que impone!....

»Algo de mi dolor, Luisa, se volvia contra tí....

»Yo no te culpo en que me ames con excentricidad.... á tu manera, que no puede dejar de ser adorable; pero yo no quiero, entiéndelo bien, ¡yo no quiero que cuando te ocultas de mí te dejes ver de otro hombre!

»¡Ese hombre, Luisa, me ha hecho su-

frir todos los tormentos del infierno al hablarme de tí!

»El, con un entusiasmo enteramente pagano, me describia tu linda figura, acariciando línea por línea, deteniéndose en los contornos, analizando las bellezas....

»El me ha descrito el color de tus ojos, la gracia muelle y suave de tus movimientos, la pura forma de tu frente, la pequeñez adorable de tu mano.

»El ha pronunciado tu nombre... ese nombre que yo sólo desearia oir sobre las arpas de oro de los querubes entre los coros del cielo; ese nombre escrito en mi alma con rayos de luz, y que yo leo sobre la página celeste del firmamento, formado con las estrellas más puras!

»Me ha hablado de tu boca.... ¡ah! ¡no sé cómo he podido contener la rabia de mi corazon!....

»Su pensamiento, vagando en torno de tu sér, profanaba su pura idealidad, y he tenido que pensar mucho en lo inconveniente de mi agresion, para no ahogarlo en aquel momento.

»En fin, Luisa, mi querida amiga, tú no querrás enviar á mi espíritu estas luchas que le fatigan, que le gastan, porque en uno

de esos momentos se vive un siglo; tú no darás á mi corazon, en cambio del amor que te ha ofrecido, la agonía de los celos, de la ausencia y la soledad.....

«Mi amor es tan grande, que no teme las pruebas; pero cese ésta ya, que hace temblar todas las fibras de mi corazon.

»Yo, Luisa, creo en tí con la misma sencilla fé con que creia en mi madre, y no comprendo tus dudas.

»Yo creo que al amar como yo te amo y como creo que me amas tú, la duda es imposible.

»Somos dos almas que se buscaban, y al encontrarse se unen por esa atraccion viva y simpática que las ha impulsado la una hácia la otra hasta confundirlas en un todo completo.

»Somos dos séres que se reconocen sobre la áspera senda de los dolores humanos, y quieren ocultar su dicha por temor á que el soplo de la envidia apague la luz purísima que irradia de nuestras almas.

»¿A qué levantar imposibles entre nosotros, si nuestra vida es ya una sola, y confundidos están nuestros pensamientos?

»¡Luisa! ¡Luisa! mi dulce tirana, mi ingrata adorada, abrevia esta prueba, ya es

tiempo; te aseguro que la vida de mi espíritu se sostiene de tus palabras, de tu recuerdo, de tu amor.

»Si te alejas, si esa vida me falta, mi alma me abandona..... ¿adónde va? No lo sé; sin duda obedece á un mandato de la tuya, sin duda va á recibir sus órdenes.... tú debes sentir la aproximacion de mi alma que vuela hácia tu sér, porque cuando vuelve á animarme, viene llena de tí, perfumada en tu recuerdo.....

»Luisa, reflexiona, por Dios, que la voluntad se doblega ante el sentimiento, que yo quiero esperarte, más no puedo..... que tengo ideas de buscarte..... de romper ese dulce misterio que te aleja de mí; de reclamar mis derechos, porque yo te amo, y mi amor no merece el tormento á que le condenas.

»Si deseabas conocer tu influencia sobre mi voluntad, ya la conoces; si dudabas de mi fé en tí, ya puedes creer; si acaso tú tambien tenías celos, ¡ya deben haberse desvanecido!

»Por piedad, dime una palabra, dame una esperanza, mira que esta expectacion de dichas y dolores en que sumerges mi alma gasta su vida, y si prolongas la prueba,

puede suceder que esa vida se agote..... y entónces ¡ay! de nada servirá que tu amor quiera envolverla en sus galas, ¡como de nada sirvió al loco rey portugués que nos pinta Camoens, revestir el cadáver de su dama, Ines de Castro, con el manto real para sentarle en su trono!

»Ve, Luisa, que es mi vida lo que decides; que tienes mi corazon en tus pequeñas manos, y que bastaria un movimiento brusco de ellas para que cayese en tierra.

»Ve que tengo celos, que te amo, y no puedo, no quiero esperar más.

FEDERICO.»

El pintor envió esta carta con la misma direccion que siempre, y con una ansiedad, con una impaciencia que sólo comprenderá el que la haya sufrido, esperó la respuesta.

Hemos leido una graciosa idea en un libro francés, acerca del *tormento del correo*, que só o comprenden los enamorados, ó las madres que esperen noticias del hijo ausente.

Pocas personas ven sin extremecerse á esos repartidores de consuelos y desesperaciones, que impasibles siempre no avivan

su paso porque se les espere, ni se ocupan de la impresion que inspiran.

Dice el libro francés á que nos referimos, que «en el purgatorio debe haber tambien un cartero, que vaya con su calma de costumbre, y su cartera debajo del brazo, repartiendo á las almas la órden de ir al cielo.»

Como tiene poco encanto presenciar la impaciencia, la agitacion del que espera, dejemos á Federico, para hallarle de nuevo al recibir la carta de Luisa, que leeremos con él.

CAPITULO XX.

LA CARTA DE LUISA.

«Yo he pensado al recibir tu carta en la dicha celestial que deben sentir los espíritus puros que rodean á Dios, cuando un alma que ha resistido las pruebas de la vida encerrada en un cuerpo mortal, vuela á su divino centro.

»¡Qué angélica dulzura, qué calma, qué beatitud para el espíritu, qué alegría para el corazon!

»No te diré cual era la prueba de que has salido triunfante; hay palabras que queman

los labios; sólo puedo decirte: nada se opone ya á nuestro amor; ¡ni el ala de una mariposa podria interponerse entre nuestros corazones!

»¡Has tenido celos!

»Yo tambien....

»Yo he llorado de dolor y de rabia, sabiendo que el pensamiento de otra mujer te seguia.... y ese pensamiento tomaba para mí una forma, ¡y en vano queria dejar de verle!

»Como el fantasma de Macbeth, me seguia á todas partes, y mi alma rugia de dolor, y hubiera querido despedazarle.

»¿Has hallado larga tu prueba?.....

»¡Ah! ¡la mia lo ha sido infinitamente más!

»¡El que sabe que el peligro existe, sufre mil veces más que el que pasa junto á él tranquilo, sin sospechar su proximidad!

»Es muy peligroso, mi querido Federico, poner toda la vida en un sentimiento; ¡es confiar al azar el porvenir!....

»Yo me preguntaba frecuentemente qué habria sido de mí si tu corazon hubiese vacilado....

»¡Ah! olvidemos, olvidemos estos dias, tan tristes y tan gratos, puesto que ellos

confirman mi esperanza y hacen de un dulce sueño una bella realidad.

»Hablemos de tí.

»¿Falta mucho á tu admirable obra, mi querido artista?

»¡Háblame de *Santa Cecilia*, yo la amo, y ruego á su pura memoria que guie tu pincel é inspire tu corazon!

»¿Es muy bella?

»Descríbemela....

»Yo me extasío ante ella tal como la finge mi pensamiento....

»Yo creo que en tu obra hay algo mio....

»—¡Qué vanidosa! exclamarás tú.

»¡Ah! no es vanidad, es amor.

»¿En qué idea mia, en qué ficcion de mi alma, en qué sueño de mi pensamiento no habria algo de Federico?....

»Yo no quiero que mi egoismo robe á las artes tu pincel.

»Nos aislaremos, nos ocultaremos donde tú quieras, pero en nuestra soledad seguirás pintando y escribiendo, y yo continuaré alegrando nuestro nido con la música, que, tan oculta, y más feliz que los ruiseñores que le cerquen, seguiré improvisando para tí.

»Hay en la vida, por más que la compar-

tan dos séres inteligentes y enamorados, algo de tan estúpidamente material, de tan brutalmente grosero, que extiende como una niebla pesada y molesta, sobre las más altas inteligencias, inspirándolas ese cansancio que se llama hastío; los corazones más nobles, las almas más grandes, las inteligencias más claras, son siempre las que con más facilidad se cansan.... esa instabilidad de impresiones y deseos es natural; el genio vuela en tanto que el cálculo se arrastra, el talento llega más pronto á tocar la meta de sus aspiraciones; á su pesar, analiza su deseo, y de ahí el desencanto, de ahí la versatilidad que le es propia.

»Sólo una medianía acepta una situacion *para siempre*, y en su vulgar rutina no se cansa.

»Porque le es imposible ver mas allá, porque su misma nulidad es una especie de coraza contra las impresiones que agitan á la inteligencia suprema.

»Ahora bien, para no cansarse, para no ver caer una á una las bellas flores de la fantasía, es preciso sobre la vida real crear otra vida, y embellecer la realidad con los reflejos de la ficcion.

»Para que tu pensamiento de artista se

detenga en mí, no como en un modelo que te inspire, no como en una belleza que hayas podido soñar, sino como en una necesidad de tu vida, como en el aliento de tu sér, es preciso, que no sólo se interese en ello tu corazon, sino tu vanidad, tu deseo y tu esperanza.

»El más grande amor adquiere por la costumbre una forma, y entónces se materializa, el éxtasis pasa; la costumbre, la brutal costumbre, mata ántes de nacer aquellos dulces y caprichosos deseos que semejaban mundos de oro sobre espacios purísimos; la ilusion, con su falange de espíritus invisibles huye, y la verdad, severa y grave, con su ropaje blanco, aparece allí donde brillaban luces fugitivas, estrellas ideales, flores de aroma celestial.

»Dice Madame Staêl, que es dichosa, mil veces dichosa, la que dulcemente y sin sentirlo va pasando de una manera insensible del amor á la amistad, sin transiciones bruscas, por esa rápida y suave pendiente que se llama costumbre.

»¡Ah! si ello es preciso, yo quiero retardar ese momento cuanto me sea posible.

»Yo, siendo tu esposa, te amaré de una manera tan nueva, que jamás se parecerá

mi amor á ese amor de todas las mujeres....

»He observado siempre que una mujer, para casarse, como si hubiera de ganar una batalla decisiva, pone en juego todos los medios de que puede disponer, y luégo, ya ganada, á su parecer, se abandona y deja escaparse una á una todas las armas que le aseguraban la victoria.

»Yo, jamás obraré con ese imprudente descuido.

»Retener el amor de un hombre, y de un hombre de genio, es tan difícil, que á nada puede compararse.

»¿Por qué medios sostener su ilusion florida y vaga, por qué medios encadenar su volandero pensamiento, y cómo encerrar en el círculo de un solo amor ese corazon gigante que ansía mundos desconocidos, sentimientos más grandes para embriagarse en lo nuevo?

»Es preciso, pues, al sentimiento siempre igual, revestirle de algo tan caprichoso, tan bello, tan puro, que le atraiga; ¡es preciso luchar contra lo pequeño, contra lo mezquino, y vencer!.....

»Las costumbres modernas, la civilizacion, la religion sobre todo, han suavizado la forma exterior del hombre, han sujetado al

gigante con ligaduras invisibles, y vencido, pero no domado, baja su orgullosa cabeza y acepta la ley que se le impone; pero él es siempre un rey despótico, una especie de sultan del corazon, que pide, que domina, que manda y ordena.

»Es verdad que manda rogando, es verdad que se impone de rodillas, es verdad que sus órdenes son una súplica, pero tanto más imperiosa cuanto más dulce es su fórmula.

»¡Nada hay más exigente que el corazon del hombre enamorado!.....

»¡Qué egoismo tan sublime el suyo!

»¡El, siempre él!

»¡Si pudiera el que ama formar un nido en una nube para esconder sus amores!.....

»¡Hay algo de instinto salvaje en el fondo de todo amor!.....

»Algo de una avaricia insaciable.

»Algo de una sed devoradora.

»Pero como yo quiero eternizar tu amor; como yo, llevando mi avaricia mucho más léjos, no sólo quiero vida para hoy, sino para *mañana*, hé aquí porqué voy á guardar cuidadosamente mi tesoro de ternura; ¡hé aquí porqué en vez de prodigar mis sentimientos quiero concentrarles!

»¡Veo desde aquí que buscas con ánsia

en mi carta algo de éxtasis, algo de ese sueño de gloria que inunda mi corazon!.....

»¡Ah! ¡Ese es uno de mis recursos!.....

»Yo, mi querido artista, tengo miedo de mi propio sentimiento, y me complazco en ser un poco pedante, por esa admirable compensacion que pone lo ridículo tocando lo sublime.

»Yo no quiero dejar en plena libertad mi pluma.....

»¡Dios mio! ¡Si ella lo escribiese todo!.....

»¡Cuantas palabras de nuestra hermosa lengua se deberán á los enamorados!.....

»El amor es *creador*.

»Toda grande idea ha brotado entre los resplandores de ese fuego dulcísimo que ilumina sin quemar.

»Dante buscó para Beatriz un lugar en el *cielo*, en el *infierno* y en el *purgatorio*, ¡y halló, al fin, que el cielo de una mujer amada es el alma del que la amó!

»¿Para qué mujer crearia Cervántes ese mundo del talento que lanzó á la admiracion de todos los siglos?.....

»¿A quién amaria Murillo?.....

»Preciso es que Cristóbal Colon pensára en una mujer al buscar un nuevo mundo entre las olas no holladas jamás.

»Porque sólo la idea del amor compartido, que sostiene, que impulsa, puede despertar en el corazon del hombre el genio, el entusiasmo y el valor.

»Es decir, esas tres palancas poderosas que pueden remover el mundo, ¡sin más punto de apoyo que el corazon!.....

»El amor es todo.....

»Por eso decia un malogrado poeta:

»Una explosion de amor dió vida al mundo; otra despues le redimió del crímen.»

»Soy tan feliz, que me permito estas disertaciones amoroso-filosóficas.

»Entra en mi plan, mi querido artista, hacer grata á tu pensamiento la impaciencia.

»Me verás pronto, sí; yo lo deseo tanto como tú.....

»Pero aún es preciso esperar.....

»Tu carta me sorprende.....

»Dices que hay un hombre que me *ha visto*.....

»¡Cómo! ¿Hay en el mundo otro hombre que tú? ¡No lo sospechaba!.....

»Mi querido celoso, yo adoro tus celos, ellos me ilustran acerca de muchas cosas.....

»Ese hombre debe saber que hay en la tierra puntos inaccesibles.....

»Escríbeme ya; mi ausencia ha terminado.

»No temas que puedan verme; jamás se está más solo que entre una multitud si ésta no contiene una persona amada.

»Yo siento tu mirada arder, á pesar de la distancia, fija en la mia; ignoro si hay en el mundo otros ojos que los tuyos.....

»No temas, no dudes, tú y sólo tú; tú y siempre tú.

»La que te ama á tí, está muerta para todo lo que no eres tú.

»Háblame de tu cuadro.

»Hasta muy pronto.

»Te ama,

LUISA.»

CAPÍTULO XXI.

UN MARIDO GENEROSO.

Algunos dias despues de escribir Mercedes su carta, el Conde llegaba á las siete de la mañana á su casa y subia rápidamente, sin hacer gran caso de las felicitaciones del portero, que le saludaba aún con grandes reverencias, cuando habia totalmente desaparecido.

Mercedes dormia á la sazon, y Alejandro no quiso despertarla.

Entró á sus habitaciones, donde todo estaba en órden; se enteró hábilmente por los criados de las costumbres adoptadas por Mercedes en aquella temporada, y no pudo ménos de sorprenderse de su soledad y tristeza, que atribuia á su ausencia.

El Conde, encontrándose mil veces más triste y más inquieto léjos de su casa, habia vuelto á España pocos dias despues de haberla dejado, ocultándose en Madrid, para poder seguir de cerca á su esposa, pero nada vió que confirmára sus sospechas.

Hacia dos dias que César recibió un misterioso aviso de que iria Mercedes á casa del pintor, y á ruegos de Alejandro que ansiaba saber la verdad, se hizo presentar á él.

Alejandro no supo que Mercedes habia ido, porque César, con una generosidad que es natural á los nobles corazones, le ocultó que habia visto á su esposa.

El Conde esperó en el tocador de Mercedes á que ésta despertase.

Algunas horas pasó así; cuando se oyó la campanilla del cuarto de la Condesa, un extremecimiento poderoso agitó su sér.

Le parecia que despertaba algo dormido dentro de su alma, y se puso muy pálido.

Algunos momentos despues, Mercedes, envuelta en un largo peinador de batista, forrado de seda blanca, apareció en el gabinete.

No era ya la rubia risueña y rosada que Alejandro conocia.

Era una mujer muy bella, pero grave, pálida y séria.

Su boca tenia como una expresion de cansancio y dolor.

Sus lindos ojos azules estaban sombreados por profundas ojeras.

Su talle habia perdido su esbelta gentileza; á pesar del holgado peinador, se advertia en ella algo que revelaba ese estado excepcional, tan doloroso y tan grato para la mujer.

Sus movimientos tenian una languidez encantadora; parecia que vacilaba al andar.

Mercedes nada sabia de la vuelta de Alejandro, y al verle lanzó tan intenso grito de alegría y corrió á él de tal suerte, que Alejandro la recibió en sus brazos.

Su débil carácter, que en fuerza de ser débil la hacia parecer vehemente, se demostró al abrazar á su esposo, en un llanto continuo y ruidoso.

Alejandro la hizo sentar y se sentó junto á ella, pero Mercedes, profundamente conmovida, avergonzada de sus locos sueños, se alzó de su asiento y volvió á ceñir con sus brazos el cuello de su esposo, salpicando su rostro con las lágrimas que vertia.

Alejandro, temblando de emocion, loco de alegría por aquella explosion de cariño que no esperaba, la sentó en sus rodillas y comenzó á acariciar su linda cabeza.

—Tranquilízate, Mercedes mia, ya estoy á tu lado.

—¡Ah! ¡sí! Ya no me dejarás más, decia ella riendo y llorando; yo no quiero que me dejes.

—¡Oh! por mi parte no tengo el menor deseo de que eso suceda, pero cálmate al fin.

Mercedes secó sus lágrimas, echó hácia atras la madeja de cabellos rubios que acariciaba su cuello, semejante á un collar de hebras de oro, y volvió á abrazar á su esposo.

—Estás más delgada y pálida, hija mia; ¿has estado enferma?.....

—Lo estoy, dijo Mercedes poniéndose encendida y bajando la cabeza.

—¿Qué tienes?.....

Una hechicera confusion bañó su dulce semblante con un reflejo de rosa.

Mercedes secó sus lágrimas, echó hácia atras la madeja de cabellos rubios que acariciaba su cuello, semejante á un collar de hebras de oros, y volvió á abrazar á su esposo.

—Estás más delgada y pálida, hija mia; ¿has estado enferma?.....

—Lo estoy, dijo Mercedes poniédose encendida y bajando la cabeza.

—¿Qué tienes?.....

Una hechicera confusion bañó su dulce semblante con un reflejo de rosa.

Dudó, y al fin inclinándose hácia Alejandro murmuró algunas palabras.

—¿Qué dices? exclamó éste con ímpetu, estrechándola vivamente contra su corazon; ¡Dios mio, es posible! Y yo que no lo sospechaba, que he estado un mes léjos de tí, huyendo de no sé qué locura, sin saber que me esperaba una dicha tan grande.... dime que no sueño..... pero ¿porqué no me has llamado ántes?

—Hasta hace poco no lo he sabido.

—Y, dime, dijo Alejandro besando su frente, y con ese impaciente deseo que agita el corazon ante la dicha, ¿tengo que esperar aún mucho tiempo para ver á mi hijo?

—Segun el doctor, que me hizo ayer una larga explicacion de todo lo que sufro y lo que aún tendré que sufrir, tres meses.

—¡Ah! qué largos van á parecerme; es preciso que te cuides mucho, y yo me encargo de ello.

Mercedes guardó silencio.

Se conocia que luchaba con el deseo de una explicacion, y que no se atrevia á provocarla.

Alejandro queria huirla; presentia que habia de serle dolorosa.

—Alejandro, dijo ella al fin, quiero pedirte que me perdones.... he sido ingrata y loca, y Dios me ha castigado con tu ausencia.

—¿No lo eres ya? dijo Alejandro con algo de emocion.

—¡Oh, no! Ya sólo quiero á tí y á nuestro hijo, murmuró bajando los ojos, perdóname por él.

—Jamás te he culpado, querida mia, respondió él generosamente; el espíritu tiene tambien sus enfermedades..... una pasion imposible es la peor de ellas.... pero si te has curado, si vuelves á mí pura y cariñosa, despues de haber triunfado en la lucha contra tus propios sentimientos, yo te re-

cibo lleno de alegría, y bendigo á Dios por la nueva dicha que con tu cariño me ofrece.

—¡Ah! sí; como tú dices muy bien, era una enfermedad.... gracias á Dios, he conocido mis deberes y mi felicidad, y no volveré á perderla.

—No hablemos, pues, más de ello, descansa y tranquilízate; ¡ya estoy para siempre á tu lado!

CAPÍTULO XXII.

INFLUENCIA DEL AMOR.

Federico leyó la carta de Luisa muchas veces, para convencerse de que no soñaba; de tal modo llenaba su corazon de alegría la seguridad de aquel amor que habia llegado á ser el solo objeto de su vida, que pasó muchas horas aspirando el perfume de aquel papel que habia rozado una mano tan querida, besando aquellas dulces palabras, embriagándose, en fin, en sus esperanzas.

Despues de pasar aquel éxtasis, volvió á trabajar en su cuadro con ardor. Pasaba algunas horas en el Museo contemplando la Vírgen de Rafael, y hallaba, en efecto,

un vago parecido entre la imágen creada por el gran pintor (que es quizá el solo genio que ha cruzado por el mundo sin ser horriblemente desgraciado, y acaso por eso tienen sus obras esa dulzura plácida y risueña, esos tonos suaves, que parece han debido templarse en el alma tranquila de su autor), y entre la mujer que sólo un momento habia podido contemplar con el deslumbramiento que su vista le produjo.

Pero si en las facciones hallaba parecido, no lo hallaba en la expresion....

La vírgen de Rafael tiene una mirada cándida y tranquila, una sonrisa iniciada apénas, y una expresion de alegría celestial, al estrechar contra su pecho á su divino hijo.

Luisa tenia la mirada más altiva, los labios entreabiertos, más sensuales, más voluptuosos; la frente ménos cándida y más ardorosa.

Luisa era una vírgen pagana, una soberbia hermosura, que nada tenia de humilde y modesto.

Federico, reuniendo sus recuerdos y ayudado prodigiosamente por su corazon, trazó inspirado y vehemente la cabeza de Luisa.

Su frente ardia, sus manos temblaban de una manera leve, su aliento abrasaba, en tanto que volaba el pincel, dando forma á los contornos de aquella hermosa cabeza.

Encerrado en su estudio, en el cual estaba prohibida en aquellos momentos la entrada á todo el mundo, Federico creia soñar al ver surgir sobre el lienzo aquel semblante tan acariciado por su memoria.

Parecia que un genio benéfico guiaba su mano.

No habia un solo detalle que desperfeccionase aquel admirable conjunto.

Santa Cecilia estaba acabada y era una obra maestra.

El pintor la contemplaba ebrio de orgullo y de alegría.

No se explicaba á sí mismo cómo habia dibujado aquella cabeza, las líneas vigorosas y purísimas de aquella frente, la mirada admirable de aquellos ojos suavemente inclinados, que parecian copiados de las Madonas del Correggio; aquel cuello suelto y gracioso, aquellos negros rizos, entre los cuales se deslizaba la corona de rosas con una gracia enteramente mundana, pero con una naturalidad tan artística, tan bella, que parecia que aquellas flores, mal

prendidas, vacilaban sobre tan linda cabeza; la boca parecia contener un suspiro, y habia en aquellos labios una expresion tan virginal, una ternura tan dulce, que atraia.

Los ojos bajos templaban el ardor de la mirada, y la boca sonriente animaba aquella modesta expresion; era un efecto admirablemente combinado.

La influencia del amor habia inspirado al genio, el genio habia obedecido á su impulso gigante y habia creado una maravilla.

Cuando el artista pudo darse cuenta de su obra, se admiró; le parecia que habia pintado soñando, que aquella obra no le pertenecia, que habia sido el mero agente de un espíritu invisible oculto en su sér.

Bajo la infiuencia de esta idea escribió á Luisa.

Estaba orgulloso de su obra.

No tenemos valor para dejar de copiar su carta, por más que el género epistolar acaso fatigue á nuestros lectores.

Vedla aquí:

«¡Luisa! ¡Luisa! ¡Mi obra está acabada!

»Gracias á tí, mi nombre va á rodearse de esa aureola de gloria que sueña mi pensamiento.

»Porque mi cuadro, ese cuadro inspirado por tu recuerdo y creado bajo la influencia vivificante de tu amor, tiene algo de tu espíritu, algo de tu alma, y ese reflejo tuyo que flota sobre él, le avalora y le perfuma.

»Gracias, Luisa; no sólo das vida á mi sér, vida á mi corazon, sino que das tambien á mi espíritu la vida del tuyo, y le haces seguirte hasta esos mundos de idealidad extraña, donde se baña en luz para traer un rayo de ella sobre la vida.

»En tanto que mi mano guiaba el pincel, mi alma volaba léjos, muy léjos, á un cielo sin duda, pues allí estabas tú; y el magnetismo de tu espíritu se imponia al mio, que obedecia.... mi obra es tuya, yo sólo he hecho el trabajo mecánico, yo sólo he mezclado los colores: su vida, su luz, su esencia, la ha recibido de tí.

»¡Qué feliz soy! El amor y la gloria forman las dos brillantes alas del ángel de mi esperanza.... Mi porvenir es hoy la dulce realidad de un sueño, del sueño delicioso que ha sostenido mi sér.—Descendamos, Luisa, sobre la tierra, dejemos por un instante nuestro eden y hablemos sériamente del porvenir.

»Tú sabes que yo soy pobre; con el trabajo de mis pinceles apénas tengo hoy para formarte un lindo nido, donde ocultemos nuestra dicha y nuestro amor; yo no sé nada acerca de tu posicion, deseo que seas pobre tambien, pues trabajar por tí y para tí, es una felicidad que yo espero me sea concedida.

»Oyeme bien, mi querido ángel, plega por un momento las alas sobre nuestro pobre planeta, y obliga á tu pensamiento á detenerse en las cosas materiales.

»Yo sé que tu corazon es mio, que para nada influirá en tí que yo tenga ó no un poco de dinero; pero hay en la vida mil necesidades que le hacen preciso....

»Yo trabajaré para que nada te falte, y yo te juro que no te faltará; pero ¿no recordarás tú algun dia con pena la posicion que vas á dejar por seguirme, no sufrirás alguna vez al verte léjos de todo cuanto amas y conoces, no culparás mi egoismo porque te robe á todo, guardándote para mi solo?...

»Piensa, Luisa mia, que vas á unir tu destino á otro destino; piensa que vas á abdicar tu libertad en el porvenir.

»Yo seré muy exigente para pedirte amor; yo quiero que seas mia, ¡y que lo

sean tu alma, tu vida, tu espíritu y tus sueños!...

»Yo no conozco tu carácter, pero él debe ser adorable; sin embargo, ten en cuenta que tu voluntad va á someterse á otra voluntad, que tu vida va á unirse á otra vida.

»Yo bien sé que tu *dueño* será muy feliz con que le permitas besar de rodillas tus lindas manecitas, y que él no espera otra recompensa que una sonrisa de tus labios.

»Yo bien sé que el corazon que ama es muy indulgente, que el tuyo me perdonará esas mil exigencias que el amor inspira, pero no se debe abusar de esta indulgencia, y yo quiero preguntarte ántes; ¿tu razon será tan indulgente como tu corazon, y tú me amarás siempre?

»Yo trabajaré para que el nido en que te oculte esté forrado de seda, para que las flores le embalsamen rodeándole, para que el aura que en él se respire esté saturada de perfumes, de goces, de voluptuosidad.

»Yo ornaré tu lindo talle con graciosas galas, yo te daré perlas para que adornes tu cabeza de musa, yo te daré brillantes para que tus ojos los humillen.

»Yo haré que tus manos sólo toquen flo-

res, yo alejaré de tí todos los pequeños cuidados de la vida, que matan la idealidad.

»Yo tambien tengo mis recursos, mi dulce amiga, para eternizar tu amor; no dudes del mio, pues si la belleza inspira el amor, casi siempre el talento y la virtud le sostienen, y la gracia y la bondad le eternizan.

»Yo haré que tus piés, que son una de tus más bellas perfecciones, y que yo adoro, sólo se envuelvan en finísima seda.

»Quisiera, á ser posible, que fuesen calzados con los girones cortados de las nubes, ó con la suave pulpa de una hoja de magnolia.

»Ellos apénas tocarán la tierra, pues ciertamente que no han nacido sino para deslizarse sobre flores y estrellas.

»Nosotros trabajaremos unidos, pues yo no quiero, por nada del mundo, apagar tu inspiracion ni oscurecer tu inteligencia; nosotros no viviremos como tantos séres, que convencidos de que al fin serán sobre el globo un fósil grosero, confundido, adherido á las capas de la tierra, viven una vida vejetal, y sólo sienten en ella las influencias más ó ménos toscas de la naturaleza; nosotros viviremos la vida de la inte-

ligencia, la vida del espíritu.

»Seremos el sér que piensa, que inquiere los secretos de la ciencia y la belleza del arte, y formaremos de nuestro retiro un pequeño paraiso.

»¿Te avendrás tú contenta á esta vida que yo sueño?

»¿Son los mismos tus deseos?

»¿Llegará á cansarte nuestro aislamiento?

»Dime, yo te lo ruego, todo lo que sientas, porque es nuestro porvenir, nuestra dicha, lo que decidimos.

»Si mis deseos son los tuyos, si mi sueño es tu sueño, entónces autorízame para hablar á tu padre de nuestros proyectos.

»Faltan dos meses para que se abra la Exposicion de pinturas, en este tiempo puedo arreglarlo todo y preparar nuestro nido....

»¿Dónde quieres vivir?

»¿Quieres que vayamos á Italia, donde hasta el aire está impregnado de poesía?

»¿Quieres que volvamos á tu hermoso país?

»¿Quieres que en la misma España busquemos un risueño é ignorado rincon, donde nos ocultemos, á que canten nuestras

almas el himno eterno de nuestro amor?...

»Decide lo que quieras, y lo que tú decidas yo lo obedeceré.

»Te permito ser en tu amor muy excéntrica; los caprichos de un corazon enamorado son chispas de luz escapadas del hogar de las quimeras, que alumbran la vida material.

»¡Sean siempre tus graciosos, tus adorables caprichos los que iluminen en ella la senda que yo siga!...

»Te envio un bosquejo del cuadro; anoche oia yo desde un balcon cercano al tuyo—no habia en él ninguna mujer, mi linda celosa,—oia yo la dulcisima melodía que arrancabas al piano: ¡estoy seguro de que mi nombre vagaba en tus labios y palpitaba en los latidos de tu corazon!

»Sólo una mujer que ama y piensa en el hombre de su amor siente de una manera tan admirable.

»¿Cómo se llama esa sonata?...

»¡El *himno de la dicha*, sin duda!

»Si Dios quiere que mi esperanza no sea una brillante nube que cruza por mi pensamiento, como una de esas estrellas que caen en las noches de Verano de la bóveda azul, yo descansaré de mi trabajo algunas

veces al eco de esa música dulcísima.

»Permítime que me ocupe de nuestro porvenir, y no abandones mi pensamiento, para que todo sea digno de tí.

»Beso con amor tus lindas y pequeñas manos, en las que está mi corazon.

FEDERICO.»

CAPÍTULO XXIII.

RAFAEL.

Nos hemos olvidado algun tanto de Rafael, ese *petit lyon*, que se creia en sus victorias un Alejandro, y en lo irresistible un César, de quien creia poder parodiar el famoso *ví* y *vencí*.

El jóven, que segun recordarán nuestros lectores, tenia ideas muy ámplias acerca del corazon y sus sentimientos, procuraba poner en práctica sus teorías con la mejor fe del mundo, pero en una esfera adecuada á ellas, es decir, donde pudiesen desenvolverse con vida propia.

Cuando ménos lo pensaba, un amor serio y profundo vino á hundir en su corazon el versátil imperio de bailarinas, modistas

y otras alegres amigas que ocupaban su tiempo y arruinaban su fortuna.

Una mujer que él habia galanteado por costumbre, y hácia la cual sentia esa débil simpatía que inspira siempre una mujer bonita, jóven y recien casada, llegó á ser el solo amor serio de su vida, su preocupacion constante y su anhelo exclusivo.

Mercedes, sin sospecharlo siquiera, habia avivado este amor, primero con su habitual coquetería, que ella prodigaba sin conecer su valor y como aneja á su carácter, despues con su desvío, esta vez bien real, pues estaba enamorada de otro.

Rafael se desesperaba, buscando en vano un medio de imponers á aquella mujer, á la que hubiera deseado odiar, pues heria con su indiferencia su orgullo, y las heridas del amor propio son incurables.

Rafael habia agotado todo su repertorio de pequeñas infamias contra Mercedes.

El nombre de la Condesa habia rodado sobre las mesas de los cafés, entre el humo de los cigarros, entre bastidores en el teatro, sobre las mesas de juego, y en todos estos sitios en que los jóvenes, como Rafael van dejando, primero sus buenos sen-

timientos, despues toda delicadeza, y por último, toda honra.

La Condesa pasaba entre los amigos del funesto Lovelace por una mujer ligera, que despues de concederlo todo á su adorador, se habia cansado de él, aceptando los ofrecimientos de otro.

Esto era cosa creida, manoseada y olvidada entre aquellos caballeros, que no dudaban en afirmar que esa ingratitud merecia un castigo, salpicando estas graciosas palabras con sendas copas, con disertaciones filosófico-taurinas, y con elucubraciones artístico-políticas.

¡Oh! ¡Seguramente que una juventud tan aprovechada es una gran esperanza para la patria!

¡Pues, salvo honrosas excepciones, en esta época brillante—por los incendios—se educa así!...

¡Ah, Mercedes, Mercedes!... Si hubieras oido tu nombre sobre esos labios, sus carcajadas estúpidas, sus perversas suposiciones....

¡Cuánto habrias llorado tu loca, tu necia, tu inútil coquetería!...

¡No saben las mujeres que hasta un grano de arena para enturbiar la superficie de

un lago, y que basta una imprudencia para empañar una honra!

¡Mercedes era pura, no habia faltado en nada á sus deberes, y sin embargo, toda su sangre y todas sus lágrimas no hubieran podido borrar la mancha indeleble arrojada sobre su nombre, y que su ligereza confirmaba!

¡Y aquel nombre era el de un hombre noble y digno, que era su amparo, su proteccion en la vida!...

¡Y era su dicha, su vida acaso, lo que aquel juego comprometia!...

Rafael tambien habia querido deshonrar á la Condesa con sus amigos, haciéndola ir, con una carta fingida, á casa del pintor.

No habiendo ofrecido este plan todos los resultados que él se proponia, pensó abordar la cuestion de frente, y exigir á Mercedes por la fuerza lo que no queria conceder por la súplica.

Un enamorado como Rafael siempre tiene de su parte, ya una doncella, ya un portero, y de ellos se vale como de armas legales para lograr su objeto.

Mas volvamos ahora, si no se cansan nuestros lectores, á buscar á Luisa; bueno

es entre las sombras descubrir una estrella para no olvidar que hay cielo.

CAPÍTULO XXIV.

LOS SUEÑOS DE UNA MUJER.

Una mujer de talento y de corazon, una mujer buena y pura, es siempre un ave del paraiso, que alegra con su canto el cielo de su hogar.

Luisa tenia algo de mujer y de ave, de flor y de estrella.

Habia en su voz armonías dulcísimas, armonías desconocidas; su risa era un gorjeo más grato que el eco del agua que se riza; sus pensamientos eran un perfume, sus ideas una luz.

Luisa enamorada era la Vestal sublime; bajo su amor eran sus sueños estrellas fugitivas; si el amor fuera una religion, inspiraria cultos extraños; una abstraccion misteriosa, una abnegacion ilimitada.

Luisa llevaba dentro de sí misma el himno eterno que su alma elevaba á su ídolo; algo de luminoso y abstracto habia en su sér, como reflejos de una reverberacion interior.

Luisa, llevando en su alma la idea de la felicidad, tenia algo de inspirada; su fé era como una protesta del excepticismo exterior.

¡Amar, creer! Magníficas palabras que resúmen todo lo que anhela el corazon!

Amar, es decir, sentirse elevar sobre todas las miserias y todos los dolores humanos; realizar la aspiracion de la vida, ser algo más que un *sér;* ser un alma, ser un destino, ser un porvenir.

Creer, abrir el corazon á todo lo puro, á todo lo grande; dejarse llevar por la corriente de la felicidad, porque la fé en amor no es más que una aceptacion de la dicha, contra la cual no se lucha.

Luisa amaba y creia.

Ese estado magnético, si así puede decirse, del corazon cuando ama, era de un encanto irresistible en Luisa.... Era la mujer *disolviéndose* en ángel, era la flor transformándose en estrella.

Aquel culto de su alma enviaba á su rostro un reflejo sublime; su voz tenia á veces inflexiones extrañas; parecia, ya que temblaban en ella las lágrimas, ya que vibraban ocultas las sonrisas....

Su mirada á veces se abstraia; algo vi-

sible sólo á su espíritu cruzaba ante ella... parecia que todo su sér se envolvia en una bruma, los objetos exteriores no los veia...

En aquellos momentos cruzaban sobre su frente nubes extrañas.... sus ojos entreabiertos brillaban de un modo extraordinario, temblaba su pecho, y entre la respiracion fatigosa que abrasaba sus labios vibraba un nombre!...

Luisa soñaba... Y ¿quién podria dar una forma al primer sueño de amor de una mujer?...

Es como una nube de luz envolviendo una gloria....

¡Ah! dulce oasis de la vida, purísima oleada de la eterna gloria que refresca el corazon, velo de nieblas de oro que embellece cuanto toca, ¡bendito seas! ¡Tú eres, en la pobre vida mortal, la ráfaga celeste que nos aproxima á Dios!....

CAPÍTULO XXV.

QUIEN SIEMBRA VIENTOS....

Ha pasado algun tiempo desde que dejamos en Madrid á la condesa de San Estéban junto á su esposo, y volvemos á en-

contrarla en la capital de Guipúzcoa, en la alegre y hermosa playa de San Sebastian.

Empezaba Setiembre.

Las brisas de mar venian ya frescas y húmedas, las hojas de los árboles comenzaban á desprenderse.

En el tiempo que ha pasado, muy poco si se cuenta por dias, pues apénas serian tres meses, pero muy largo para el que sufre en él, el aspecto de los dos esposos ha cambiado notablemente.

Alejandro tenia una profunda expresion de tristeza y ansiedad impresa en su semblante; Mercedes la de un cansancio profundo, y la de padecimientos físicos que alteraban su delicada naturaleza.

Alejandro habia comprendido que la dicha era imposible para él.

Su esposa, pasado el primer momento de expansion, apagado aquel temor que habia sentido al verse sola, volvió á ser indiferente y fria para con aquel hombre que la adoraba.

Mercedes y Alejandro no podian comprenderse jamás.

Algo de conviccion de ello debia haber en el alma de Alejandro, porque su tristeza era sombría.

Su esperanza de ser padre era para su corazon un consuelo, pero el cuadro siempre estaria incompleto; ¿el amor de padre bastaria á llenar su alma?...

Mercedes hacia su vida de siempre; en los detalles, pura; en la apariencia, culpable.

Jugueteaba con los adoradores que la seguian prodigaba sonrisas, si bien con más cuidado, y con algo de más respeto al dolor de su esposo.

Es inútil decir que Rafael la habia seguido.

Pero Mercedes, por un capricho de coquetería, ó acaso por un secreto instinto que la avisaba el peligro, no lo miraba siquiera.

Jamás tenia para él una palabra ni una sonrisa.

Cuando en la tarde, en esas horas dulcísimas, tan bellas junto á la orilla del mar, Mercedes paseaba en la ancha marisma por donde corre el Urumea, humedecida aún por las olas que la bañan en las crecientes, siempre encontraba á su paso á su insistente amador, no sumiso y amante, sino desesperado y amenazador.

Ella llegó á cansarse de esta insistencia

que la fatigaba, como todo lo que contrastaba con la inconstancia de sus ideas.

Alejandro la acompañaba á veces; él, tan digno, tan generoso, tan bueno, llevaba sobre su alma el dolor insoportable de los celos, y se extremecia ante la idea mil veces más terrible del ridículo.

En la comunicacion, de obra reciente, abierta desde la puerta del mar hasta la plaza Nueva, tenia una preciosa y fresca casita, elegante y sencillamente decoroda.

En el dia en que volvemos á verlos, Mercedes leia, perezosamente echada en una mecedora, sin más adorno en su cabeza que las trenzas de sus cabellos sueltas por la espalda, y vestida con un largo peinador blanco.

Su doncella predilecta, Pepa, la cubana que la habia seguido, tenia un ramo de flores en la mano y estaba de pié junto á ella.

—Ese pobre señorito, decia, se va á volver loco; me da mucha lástima.

—¡Jesus! Me cansa como ninguno; ¡qué aburrida es la constancia!

—Pero, niña Mercedes, si es muy guapo; ¡y la ama á usted tanto!.....

—No me hables más de él, me fastidia; le ódio y no quiero verlo.

—¡Pero el pobrecito se desespera!

—Y ¿quién le manda seguirme? ¡No sabe que yo soy casada!

—¡Ay, Dios mio! ¿no lo era Vd. tambien cuando recibia sus flores y sus cartas?

Las mejillas de Mercedes se pusieron sucesivamente pálidas y encendidas; aquella réplica, tan natural, le parecia una reconvencion.

—Pues bien, dijo, he conocido que no hacia bien; pero ¿de quién son esas flores?

—Las han traido para la señora Condesa, no han dicho de parte de quién vienen.

—Dame, dame; ¡oh, qué hermosas! Nardos, rosas, heliotropos; dame un jarron, que voy á colocarlas.

Mercedes desató la cinta que las sujetaba, y las esparció en su falda; un pequeño papel, cuidadosamente doblado se desprendió de ellas.

La Condesa le tomó con una viva curiosidad, y le desdobló.

En él habia escritas estas palabras:

«Esta noche á las once, junto al puente de madera del Urumea.

»Id sola, el Conde no lo impedirá; se trata de vuestra honra, y acaso de vuestra vida.»

El misterioso escrito no tenia firma, la letra era desconocida para la Condesa.

Una gran confusion se apoderó de ella, temblaba de miedo é incertidumbre, y aún lo tenia entre sus manos cuando oyó los pasos del Conde.

Le rompió rápidamente y procuró serenarse.

Cuando Alejandro entró notó aquella alteracion, y se acercó á ella con cuidado.

—¿Estás enferma? la preguntó.

—No por cierto; pero siento algo de malestar, de fatiga, un poco de cansancio.

—¿Por qué no sales un rato? No hace calor, y la brisa del mar te hará bien.

—Espero á que sea un poco más tarde; ¿vendrás tú?

—Iba á decirte que me han comprometido unos amigos para ir á visitar un vapor inglés que ha anclado á una legua del puerto; pero si tú estás enferma.....

—¡Oh, no! dijo con demasiada viveza Mercedes; esto no es nada, no lo dejes por mí.

—En ese caso, adios; quizá venga tarde....

—¿Quién va contigo? dijo la Condesa distraida y pensando en el misterioso anuncio.

—Son varios; es una excursion de ami-

gos de buen humor, entre los cuales casi no debia yo ir.

—¡Oh, no! Eso te distrae, dijo Mercedes sin comprender la expresion de amargura que encerraban las palabras de su esposo.

—Tienes razon, adios, pues.....

Mercedes le tendió su mano, que él estrechó con frialdad y salió.

Entónces comprendió ella que el autor de aquella extraña cita se referia á esa excursion marítima al decir «el Conde no lo impedirá», y cada vez más confusa, pasó las horas fluctuando entre lo que debia hacer.

Su curiosidad estaba excitada; se decia, además, que tanto daba pasear por aquel punto como por cualquiera otro, y que sabria á qué atenerse respecto á aquel misterio.

El resultado de sus conjeturas fué que á las diez se puso un lindo traje gris y una manteleta negra, envolvió su cabeza en una toquilla de encaje, y tomando el brazo de Pepa, su doncella, fué á pasearse en la marisma por donde pasa el rio dulcemente, como presintiendo su próximo fin.

La noche era oscura y serena; una blanda brisa hinchaba las olas, que palpitaban suavemente, meciendo las gruesas orlas de espuma que flotaban sobre ellas.

Los astros reflejaban en el mar, que irradiaba como una reverberacion fosfórica, débil y suave.

Mercedes paseaba con esa lentitud que adquiere la mujer que lleva en su seno un sér que vive de su vida, y que parece imprimirle cierta majestad en armonía con la grandeza de su mision en aquellos momentos.

Sobre el mar, flotando aquí y allí como oscuros fantasmas, se mecian los buques y barquillas anclados en la bahía.

Algunos pasos habia dado Mercedes en la orilla del mar, cuando un hombre adelantó hácia ella, y la saludó con respeto.

—Buenas noches, señora, la dijo; ¿quiere Vd. hacerme el honor de aceptar mi brazo?

—¡Ah! dijo Mercedes con disgusto al reconocer la voz de Rafael; ¿erais vos?

—Yo, que deseaba tener la dicha de hablaros.

—Debí comprenderlo.....

—¿Lo sentís?.....

—Sí, porque esta locura puede comprometerme.....

—¡Bah! no lo temais. Además, del mismo modo os hubiera comprometido de ser otro el que esperaba.

—En fin, ¿qué quereis de mí?.....

—Quiero hablaros, ya os lo he dicho: pero estais fatigada, sigamos un poco más; junto al puente hay algunos peñascos tan graciosamente ocultos, que parece han sido colocados allí por el genio de las citas nocturnas; en ellos podreis sentaros.

La Condesa le siguió, y Pepa, á una conveniente distancia, como si estuviera diestramente advertida de su papel, comenzó á quedarse más léjos.

Al llegar al puente, Mercedes ocupó aquel asiento de piedra y Rafael se sentó á sus piés.

Su mirada ardiente, fascinadora, atrevida, fija en la Condesa, tenia sobre ella, sin duda, una gran influencia magnética, porque llevó su mano á los ojos, como si no pudiera resistirla.

Rafael, aprovechando hábilmente aquella emocion, se incorporó y asió con ardor sus manos.

—Mercedes, Mercedes mia, murmuró; ¡qué hermosa eres! Te amo, ¡oh! te amo, déjame decírtelo..... tu amor es necesario á mi vida.....

La Condesa miró inquieta á su alrededor.....

Pepa se habia alejado siguiendo la orilla del rio, no se la veia ya.

—Pero, dijo balbuciente, ya sabeis que yo no puedo amaros, ¡que nada debeis esperar de mí!.....

—¡Ah! no puedes amarme, dijo él reteniendo la mano que la Condesa pugnaba por retirar; pues si no puedes amarme, ¿por qué me lo has hecho esperar? ¡por qué me has atraido, por qué has jugado con mi corazon y mi felicidad!... ¡Ah! creias que podia arrojárseme como se arroja un juguete cuando ya no divierte!... Te engañas, ¡vive Dios! y ya verás que yo sé tomar por fuerza lo que no se me ofrece de otro modo!

En aquel momento, un hombre se deslizó silenciosamente bajo el arco del puente, junto al cual la Condesa se apoyaba.

Ellos no lo vieron.

—Rafael, decia la Condesa con voz débil, ¡tened piedad de mí!... Es verdad que mis acciones os han dado á conocer mi simpatía, pero yo no soy libre, yo no puedo amaros...

—¡Otra vez que no eres libre! Oye, Mercedes, yo odio con todo mi corazon á ese hombre, que tiene el derecho de llamarte suya, y le odio tanto, que si no obtengo tu amor le mataré.

—¡Oh, no, por Dios! Sed generoso, y olvidadme; no me volvais á ver, ¡es inútil este martirio!

—¿Pero amas á ese hombre?....

—¡Oh, no! Pero si no le amo á él, debo respetar su nombre.... es inútil que hablemos más; yo no puedo ni quiero escucharos, yo no os amo, ya lo sabeis.

—Sí, ya lo sé, contestó con voz ronca; ya sé que tu pensamiento y tu corazon son de otro.... del afortunado artista que te desprecia á su vez.....

—Nada os importa eso.....

—Te engañas, me importa mucho. Todo Madrid te cree mi amante, estás deshonrada, y si te pido amor es por satisfacer mi corazon, ¡mi vanidad está satisfecha!.....

—Pero eso es una infame mentira, yo jamás os he concedido nada.....

—Es verdad, pero eres imprudente y te comprometes.

—¡Oh, acabemos! dijo la Condesa poniéndose de pié, no quiero oir más.

—¡Qué! ¿Has creido que te irias?—dijo Rafael levantándose de un salto y asiéndola bruscamente por la muñeca,—no por cierto.

—¡Dejadme! me haceis daño; quiero volver á mi casa!

—Imposible, completamente imposible; oye, ese ruido lento que se acerca, es una barca que he mandado traer; la barca nos llevará al vapor frances Aya, que sale mañana para Marsella; el capitan es amigo mio, él te creerá mi esposa; una vez en Francia será preciso que me ames, porque seré árbitro de tu destino.

Mercedes le oia con espanto.

—Es inútil que grites ó te resistas, nadie puede oirte; además, si te resistes te mataré.

Mercedes temblaba convulsivamente, se oian sus dientecitos chocar como si tuviera una convulsion.

—¡Oh! por compasion, dejadme, murmuró.

—¡Compasion! Tú no la has tenido de mí.

La Condesa hizo un rudo esfuerzo, desasió su brazo de la mano de Rafael y quiso huir; pero él la alcanzó frenético, se oyó una débil lucha, luégo un grito, y por último, se vió á Rafael que corria llevando en sus brazos á la pobre mujer.

Entónces aquel hombre oculto en el puente avanzó, destacándose sobre la sombra pálida su alta estatura..... se oyó el ruido seco y vibrante de un arma de fuego que se montaba, una explosion iluminó la sombra,

y una bala cruzó silbando.

Rafael exhaló un gemido, vaciló y cayó arrastrando á la Condesa.

Entónces el hombre que habia disparado, arrojando el arma léjos de sí, llegó hasta ellos.

La bala habia herido á Rafael, y de la herida salia la sangre á borbotones, salpicando de una manera horrible el traje de la Condesa.

Aquel hombre la asió con fuerza desesperada, envolvió á Rafael en una mirada de odio, y se alejó hácia la barca que avanzaba.

Mercedes tenia la inmovilidad de un cadáver.

El desconocido la llevaba con tanto cuidado, como una madre lleva á su hijo; pero al ver su cabeza caida y la palidez de su rostro, murmuró á media voz:

—¡Vive Dios, que no sentiria que hubiera muerto tambien!

Momentos despues saltaba á bordo de la lancha, y le daba órden de dirigirse al vapor francés *Aya*.

Los remos se bajaron, y la barca giró con suave movimiento.

En su fondo iba echada la Condesa, sos-

tenida con el mayor cuidado por el desconocido que habia herido á Rafael.

CAPITULO XXVI.

LA EXPOSICION.

El dia 1.° de Octubre, tan esperado por nuestros simpáticos artistas, habia llegado.

La Exposicion nacional de Bellas Artes se abria al público, y á su apertura concurria lo más escogido de la sociedad madrileña.

En el salon destinado á la seccion de pintura se agolpaba un gentío inmenso, ansioso de admirar las maravillas del genio, y los graciosos caprichos del talento.

Nada ofrece una idea más propia de la variedad del pensamiento humano que esos concursos de la inteligencia en que, junto á un severo recuerdo histórico, se eleva una creacion burlesca; junto á un sencillo ramillete de flores, una escena de muerte.

Como el genio, el verdadero genio, tiene el privilegio de atraer las miradas, cual si él fuera un iman irresistible de la inteligencia, la multitud de curiosos se fijaba con insistencia en un magnífico cuadro, que representaba á Santa Cecilia.

Su autor habia recibido ya mil felicitaciones de todos sus amigos, muchos de los cuales componian el Jurado de la Exposicion, y que á fuer de inteligentes habian admirado aquella bellísima obra; pero esperaba, temblándole el corazon de impaciencia y deseo, la aprobacion de aquella que la habia inspirado.

Confundido entre la multitud de artistas é indiferentes esperaba, con una ansiedad que sólo puede comprender el que ha tenido la dicha de amar sin conocer á la persona que ama, y la espera para ver al fin materialmente al sér á quien su alma habia adivinado, y á cuyo corazon se ha unido el suyo por esa incomprensible corriente que se llama simpatía.

Federico oia distraido los plácemes de sus amigos, las preguntas de los indiferentes, las advertencias de aquellos que creyendo que todo es cuestion de cantidad, no de calidad, le reconvenian por presentar una sola obra.

Las palabras de todos cuantos le rodeaban llegaban á Vallés como un zumbido sordo y molesto; no las comprendia.

Su alma estaba léjos de allí, su pensamiento acariciaba una idea tan dulce como un sueño.

Es muy difícil determinar cuándo duerme y cuándo está despierto.

De repente, aquella contínua flotacion de observadores indiferentes pareció oscilar, dejando el paso libre á una mujer.

El artista no respiraba, toda su vida, toda su alma estada en sus ojos.

Aquella mujer que parecia esparcir de sí una luz misteriosa, estaba apoyada en el brazo de un anciano, ante el cuadro que representaba á Santa Cecilia.

Estaba tan pálida como una estatua de cera; hubiéranse podido contar los latidos de su corazon y la pulsacion de sus sienes.

Tal era su inmovilidad.

Habia en su mirada una mezcla de sueño y de éxtasis, de loca alegría y de pueril temor.

Un grave doctor hubiera hallado algo de perfil de loca en aquella cabeza estática, en aquella mirada de sonámbula.

Luisa vestia sencillamente de negro.

Su traje, entreabierto en su pecho sobre blancos encajes, dejaba ver la palpitacion poderosa de su seno.

Un gracioso sombrerito de terciopelo negro con un grupo de rosas adornaba sin ocultarla su linda cabeza, de la cual se

desprendian algunos rizos de un negro brillante.

Sus pequeñas manos se ocultaban bajo el guante, pero entre los blancos encajes que guarnecian la ancha manga del traje, se adivinaba, más bien que se veia, el contorno purísimo de un precioso brazo.

Estaba muy pálida; parecia que la vida habia huido á su corazon, y temblaba levemente, como tiembla una flor cuando la acaricia el viento.

Su estatura graciosa y esbelta, lo parecia aún más, porque junto á su viejo padre, ella era como la gallarda rosa junto al vetusto roble.

Federico acaso no vió nada de esto; su mirada fija, abstraida, casi delirante, sólo vió una mujer adorable; no sabia si era hermosa, pero era *ella*, era la mujer de sus sueños, la realidad de sus delirios.

Insensiblemente, y como si una fuerza superior le guiára, se fué acercando al grupo encantador que hemos descrito.

A su proximidad, Luisa se ex remeció violentamente, como si una corriente magnética hubiese tocado á su espíritu.

Se volvió y vió á Federico que la sonreia.

Quiso dar un paso hácia él, pero no

pudo; su rostro se cubrió del carmin vivísimo del rubor, sus ojos cambiaron su expresion contemplativa por otra ardiente y apasionada, y un reflejo de lágrimas amortiguó aquel brillo de pasion que les habia animado.

Valmes, al sentir el brazo de su hija temblar en el suyo, volvió la cabeza, vió al autor de la Santa Cecilia y comprendió la emocion de Luisa.

—Mi querido amigo, dijo á Vallés tendiéndole su mano, permitid que, aunque profano en las artes, os felicite por esta maravilla.

Vallés se inclinó en silencio.

Le era imposible pronunciar una sola palabra.

—Os presento á mi hija Luisa, dijo sonriendo bondadosamente el anciano, aunque algo debeis conocerla, cuando tan admirable parecido habeis dado con ella á vuestra Santa Cecilia, lo cual me hace admirarla más, pues hay algo de egoismo en el fondo de todo sentimiento.

El buen anciano daba así tiempo á los dos jóvenes para dominar la profunda emocion que sentian.

Luisa fué la que volvió ántes á la vida

real, es decir, á darse cuenta de lo que le sucedia, á comprender, no muy claramente á la verdad, que estaba en un salon de la Exposicion nacional de Bellas Artes, y no en el cielo: que la observaban, que su padre estaba allí, y era preciso ser fuerte para la felicidad, lo cual no es completamente fácil, pues la felicidad tiene algo de absorbente, de abrasador, que pasa sobre la razon como un torbellino de fuego.

Resistir al dolor es muy fácil; séres hay que saben sonreir en tanto que su corazon se desgarra y su alma destila sangre; pero ¿quién continúa impasible ante la felicidad celestial y ebria?

Luisa, pues, tuvo valor para dominar el raudal de alegría que inundaba su pecho; porque, aunque parezca extraño, la mujer, ese sér tan débil y tan dulce, que parece tiene la vida y la fuerza de una flor, halla siempre un valor que no se explica en las situaciones supremas, y las domina y las vence.

Ella tendió su mano al pintor con un movimiento de tan hechicera confusion y tan graciosa confianza, que es imposible describirlo.

—Gracias, le dijo dulcemente y sonriendo.

—¡Luisa! exclamó él estrechando su mano, y como si no pudiera pronunciar una sola palabra despues de aquel nombre.

El buen anciano fingia buscar un efecto de luz para admirar el cuadro, y habia desprendido del suyo el brazo de Luisa.

Aislados así, entre aquella confusion, Luisa y Federico se miraron con ánsia.

Parecia que querian ambos comparar lo real con lo ideal, la verdad con el sueño.

—Luisa, dijo Federico, *eres tú*, te encuentro al fin; dime una sola palabra, dime que no me desconoces.

—Yo te amo, dijo Luisa comprendiendo que esta palabra era la mejor prueba, ó acaso instintivamente.

—¡Ah! ¡Bendito el dia en que he podido oirlo de tus labios!.....

—Sí, bendito para siempre; porque en él comienza nuestra felicidad.

Hubo una pausa de silencio, llena de pensamientos, llena de promesas, de dulces esperanzas.

Cuando la dicha se desborda en el alma, faltan las palabras.

Despues aquellas manos se estrecharon, se dijeron *adios*, dulce palabra cuando no anuncia una larga ausencia, triste cuando

ella es como un punto suspendido en un abismo.....

Despues nuestros artistas se separaron, llevando el cielo en sus almas!

CAPITULO XXVII.

EL TREN EXPRESS.

Acababa de tener lugar, en una de las iglesias de Madrid, una ceremonia conmovedora.

Un sacerdote habia bendecido en el nombre de Dios la union de dos corazones; habia sellado dos almas con la sancion sublime de lo eterno.

Luisa y Federico acababan de casarse.

No hablaremos de la ceremonia.

Hay instantes tan supremos, tan grandes, que no hay palabras para describirlos.

Esos instantes, áun pasados, flotan sobre la vida con una grandeza que escapa á la ley general de pequeñez y miseria de los sentimientos humanos; esos instantes viven siempre en el recuerdo.

Sigamos á los artistas cuando Luisa, despojando su cabeza de los blancos velos de la desposada, y vestida con un hechicero

traje de camino, se apoyaba en Federico con esa indolente confianza del amor legítimo, que encierra no sé qué encanto de pureza y abandono, de cariño y temor.

¡Nada más bello que el reflejo de la dicha!.....

Luisa, que acababa de unir su destino á otro destino, que tenia la santa seguridad de ser amada del que ella amaba, de ser admirada por aquel á quien admiraba, de ser protegida por el que era al mismo tiempo su orgullo y su dicha, Luisa se transfiguraba por aquella enajenacion de dicha, parecia que su espíritu alumbraba interiormente su sér, y estaba tan hermosa, que las miradas de su esposo encerraban tanta admiracion como amor.

Iban á realizar su sueño, iban á huir del mundo conocido, á ocultarse, á rodearse de su amor como de una atmósfera de cielo.

Federico habia cuidado de preparar el nido que habia de encerrar tanta ventura.

Hay en Portugal un sitio delicioso, que parece haber surgido del loco sueño de un poeta.....

Sus caprichosos palacios, sus grupos de flores, sus montañas azules, que dibujan la oscura sombra de sus líneas sobre un cielo purísimo.....

Aquellas cimas cubiertas de una loca vegetacion, aquellos valles risueños, cuyos lagos semejan jirones de cielo caidos sobre mantos de flores; aquella riqueza de perfume que se confunde en el viento, siempre dulce y siempre tibio; aquella caprichosa combinacion en los detalles, en las bellezas, en la armonía, hacen de ese sitio uno de los más bellos del mundo para ocultar la dicha de dos corazones.....

Cintra parece una acuarela de un supremo artista, arrojada allí para ser admirada.

Ornado con las más bellas flores, suspendido de la montaña más accidentada, oculto entre los árboles más espesos, se alzaba un verdadero nido de cisnes..... canastillos de flores le rodeaban perfumando su atmósfera, embalsamada ya; ligeros arroyuelos le daban frescura, y el magnífico panorama que desde él se descubria debia alegrar las miradas que buscasen más anchos horizontes.

Aquella casa era de nuestros artistas, y estaba preparada para recibirles.

Federico la habia adquirido, ornando su interior de esa manera tan bella, tan sencilla, tan graciosamente artística, como sólo puede concebir el talento.

Todas esas ricas y costosas inutilidades que ocupan los palacios, se habian desterrado de este paraiso; es verdad que habiendo desterrado de los corazones de sus dueños la vanidad, esa vanidad estúpida que cree satisfacerse con exterioridades superfluas, debia desterrarse tambien de su morada.

Todo lo bello, todo lo útil, todo lo agradable estaba allí, como si el cariñoso cuidado de su dueño lo hubiese previsto todo.

Santa Cecilia, el cuadro premiado en la Exposicion con medalla de primera clase, parecia colocado en este gracioso nido para presidir y solemnizar la felicidad, santificándola con el recuerdo del cielo, y eternizándola con el recuerdo del amor.

. . . . . .

. . . . . .

Corria el tren por esas extensas llanuras de la Mancha, inmortalizadas por nuestro gran Cervántes.

Si nuestros artistas hubieran sido ménos felices, habrian creido ver los molinos de viento de aquella graciosa aventura, la patria de Dulcinea, el lugar en que D. Quijote fué armado caballero, y más léjos el campo de batalla de aquel gran combate,

con los ejércitos de ovejas y carneros..... Pero nuestros viajeros eran demasiado dichosos para recordar todas esas aventuras de la más célebre de las fábulas, y sólo pensaban en sí, pues es sabido que hay algo de egoismo en el fondo de toda dicha.

Hemos dicho pensaban en sí, y nos hemos engañado; no pensaban en nada, en el éxtasis no hay pensamiento, él está envuelto tambien en esa impalpable sombra de sueños que flota sobre el sér feliz....

En un cupé reservado, cuyas cortinillas azules estaban corridas, iban nuestros artistas.....

Como dos pájaros que se cobijan en la misma rama y se envuelven en el mismo rayo de sol, ellos, sentados uno muy cerca de otro, se agrupaban graciosamente, formando una gentil pareja.

Sus manos se enlazaban muy estrechamente; la cabeza de Luisa se apoyaba con un movimiento de púdica gracia, de tierna confianza, en el hombro de su esposo, que rodeaba su talle con una ternura infinita, reteniéndola contra su corazon.

Se miraban de esa manera vaga que es como una irradiacion del alma, como un beso del espíritu, y apénas hallaban sus

labios un movimiento para formular una frase.

Era una inmovilidad encantadora.

Era el magnetismo del corazon, con su influencia adormecedora é invencible; era el desbordamiento de la felicidad produciendo la embriaguez.

—¿No es verdad, Luisa mia, decia Federico, que no despertaremos jamás de este dulcísimo sueño?

—¡Oh! ¡Seguramente que yo haré cuanto pueda para que sea eterno!

—¡Qué dicha! Tenerte para siempre á mi lado, saber que eres mia, que tu vida es mi vida, ¡que tu aliento es mi aliento!..... ¡Ah! ¡El ángel que guarda el libro de nuestros destinos ha debido grabar en el mio este dia con caractéres de luz!..... ¡Qué embriaguez tan pura y tan grande!

—¿Sabes, Federico, que hay casualidades muy afortunadas? ¡Una casualidad, una locura de esa pobre Mercedes, ha sido la base de nuestro amor!

—Dí más bien que nuestros corazones han sido impulsados el uno hácia el otro por una corriente eléctrica! Yo creo que Dios forma dos almas iguales; si ellas se encuentran, si al encontrarse se reconocen

y se aman, esa es la felicidad celestial; si al hallarse se abre un abismo entre ellas, es la desesperacion.

—¡Ah! ¡Qué triste suerte la de esos pobres séres condenados á amar sin ser amados!

—¡Bah! ¡Yo no creo en el amor sin esperanza!..... Yo he creido siempre que el amor nace espontáneamente, que se sostiene sin leyes ni lazos, sin más que su propia grandeza; pero que por una razon natural, debe, para ser eterno, ser compartido, ser recíproco. Diríase que él, como el mar, para no disminuir, ha de recibir cuanto dá, como si su caudal fuese calculado para el equilibrio de su vida, como el caudal de las aguas para el equilibrio del globo. Así, pues, al amar y ser amados, nuestro sentimiento no se gasta, porque tenemos la conciencia de recibir la misma adoracion que ofrecemos, y el corazon que esparce su vida en una corriente de amor, recibe la vida de otro corazon que acogió la suya; esta es como una ley natural de nuestra manera de ser, y esos amadores solitarios que campean en todas las novelas jamás se hallan en la vida real; el amor es un astro que no tiene luz propia, la recibe del

objeto amado que á su vez la toma de él.

—Esto podrá ser cuando el amor empieza, que débil, como la planta naciente, necesita otro apoyo; pero cuando él domina ya el corazon, tiene vida propia, y vive por sí mismo.

—El amor, Luisa mia, necesita para vivir una atmósfera serena, como los astros para brillar; el corazon que tiene que luchar contra el dolor del olvido, contra la ira del abandono, se debilita en sus luchas y va perdiendo su amor.

—¡Oh! felizmente nosotros no tenemos que estudiar esas dolorosas cuestiones; nosotros nos amamos con el amor de los ángeles, y yo pido á Dios que mi vida se acabe ántes que nuestro amor.

Federico besó á su esposa en la frente.

Habia en su voz una dulzura tan grata, tan amante, tan sumisa, que el artista se conmovia profundamente.

—Has amado ántes de ahora? dijo de pronto Luisa.

—¡Oh! qué profanacion, Luisa mia, dijo él jugueteando con la pequeña mano de su esposa, á la que habia quitado el guante; ¡sabes, mi querida maliciosa, que esa pregunta descubre un poco entre las alas del

ángel la graciosa intencion de la mujer!

—Pero contéstame...

—¡Bah! ¡Acaso necesita eso contestacion!... ¡Acaso mi linda hada no lee en el corazon de su esposo!... No he amado hasta que te he amado á tí, y me sorprende tu pregunta, porque tal como yo te amo, ¡sólo se ama una vez en la vida!...

Luisa le escuchaba palpitante.

—Pero has dicho amor á muchas mujeres....

—No lo creas; he balbuceado un poco esa fraseología social que nada dice, he llamado las cosas siempre por su nombre, y en mi pasado sólo hay caprichos, impresiones, cansancio.... ¡mi amor, mi solo amor es el que hoy siento por tí!

—¡Y sabes tú si éste es un nuevo capricho! dijo Luisa con acento triste.

Un beso apagó el eco de estas palabras en los labios de Luisa.

—No te permito, mi lindo ángel, dijo Federico sonriendo, tocar á mi ídolo con tu graciosa malicia... mi pasado te lo entrego voluntariamente, puedes hacerlo trizas; yo no me opongo ni me ofendo, pero mi presente es un sueño tan puro, que el ala de un ángel, flotando sobre él, me pareceria una profanacion.

—¡Ha sido tan extraño cuanto ha precedido á nuestra union!... Hace quince dias que nos hemos visto!...

—¡Y qué! ¿Darás tú más fuerza, más valor á un sentido que al alma misma? ¿Crees que la vista es todo, que sólo la forma enamora, que en una mujer lo que atrae es la morbidez del cuello, la pureza de la frente, la gracia de la sonrisa? Entónces, ¿qué poder concedes á la inteligencia, á la elevacion de sentimientos, á la grandeza del alma?...

—Mi querido Federico, el sentimiento es siempre atractivo, yo no lo dudo, pero hay en nuestro sér algo de materialidad invencible.... ¿me amarias tú del mismo modo, si con el mismo sentimiento moral tuviera un cuerpo deforme?...

—¡Qué empeño en hacerme descender á la tierra, mi dulce ángel! En verdad que tengo en mucho tu belleza, que si mi alma ama á la tuya, mis ojos aman tu cuerpo; pero.... mi amor seria siempre el mismo, no lo dudes; él es como una llama celeste que brilla en mi alma.... ni el deseo, ni el capricho la han encendido; sin duda un soplo regenerador descendido del cielo la ha dado vida!...

—Pero confiésame...

—Mira, Luisa mia, ¡sé feliz sin querer analizar la felicidad!... ¡El análisis en todo es cruel!... ¡De un hermoso busto donde latió la vida, hace un esqueleto repugnante; de una flor, gala del prado, unas hojas dispersas que se marchitan al fin... de un brillante, un poco de carbon petrificado!..... Dios ha unido tan estrechamente en la vida la nada al todo, que á traves de lo uno se llega siempre á lo otro.... La ciencia de la vida consiste en no tomar el todo por punto de partida, porque entónces por una razon lógica hay que retroceder hasta la nada, sino en partir de la nada para llegar al todo... ¡Aceptemos, pues, la dicha sin querer analizarla; aceptémosla, como un tesoro que Dios nos confia... y conservémosla cuidadosamente!.. Es verdad que nuestro amor no ha seguido esa marcha rutinaria que parece se ha señalado á la humanidad, pero... ¿qué quieres?... ¡todos los espíritus no se agitan en el mismo espacio, todas las esperanzas no llegan á la misma altura!.., ¡El genio tiene indudablemente caminos desconocidos no gastados por la humanidad, tiene la inventiva, tiene la originalidad! Tratándose de una mujer como tú, y de

un hombre que sabe comprenderte, ¿no es natural, no es hasta preciso, que sus corazones hayan encontrado una forma nueva y encantadora para ponerse en contacto?... No te fatigues, Luisa mia, buscando la causa de este dichoso efecto; la causa es bien sencilla, un alma grande rebosa sobre los bordes de esa mezquina copa que se llama la costumbre en que sólo caben las medianías.... ¡un solo sueño del genio, un solo capricho del talento vale más que toda la falange de mezquinas realidades que conciben los pequeños!

—Convienes, al fin, en que es un *capricho*, por más que éste sea sublime?...

—Llámale como quieras; atraccion del genio, capricho del talento, sueño del espíritu; ¡yo le llamaré siempre el presentimiento de la felicidad! ¡La union de dos almas que han nacido iguales!...

CAPÍTULO XXVIII.

UNA CARTA DE FRANCIA.

«San Juan de Luz, Diciembre 187...

»Tiempo hace, mi querido César, que deseo escribirte; pero la sucesion de do-

lores que Dios ha enviado á mi alma, ha paralizado todas las facultades de mi sér, y ha embotado en mi corazon el sentimiento.

»Déjame hoy volver á tí, porque cuando el tiempo va gastando el dolor, ó más bien, puesto que no se gasta, nos acostumbra á él, vuelve el corazon á buscar la vida, y con ella sus afecciones.

»Voy á empezar por contarte la historia de estos tres meses de ausencia, y convendrás conmigo en que el cáliz de lágrimas que Dios me ha hecho apurar, es bien amargo.

»La delicada salud de mi pobre esposa y mi sombrío humor, me hicieron buscar en la agradable capital de Guipúzcoa tranquilidad y calma; pero allí me siguieron los pesares.

»No quiero hablarte de Mercedes; ¡harto desgraciada ha sido!..... Pero si ella hubiera tenido hácia mí, ya que no amor, consideracion ó respeto, ¡acaso hubiera podido ser feliz!.... Pero era una niña mimada y caprichosa, sin más ley que su voluntad.

»La esperanza de ser padre endulzaba en mí el dolor que las ligerezas de mi esposa me causaban.

»Un dia, estando en el casino, en San Sebastian, arreglaron unos cuantos compañeros de baños una excursion marítima....

»Contaron conmigo, y yo fuí de la partida muy contra mi gusto, pues no sé qué presentimiento funesto me tenia triste.

»En fin, amigo mio, acudí y á la hora convenida salí con ellos, habiéndome despedido de Mercedes, la cual quedó tranquila y contenta.

»Se trataba de visitar un vapor extranjero que estaba en la rada, pero los jefes habian saltado á tierra, y aunque uno de los oficiales nos recibió, nuestra estancia en él fué corta, no teniendo otra cosa que hacer que recorrerle ligeramente, tomamos las lanchas y volvimos al puerto.

»Me creerás, pues sabes que jamás he mentido, si te digo que la vuelta se me hizo extremadamente larga.... ¡habia no sé qué triste presentimiento en mi corazon!...

»Salté á tierra, y me despedí de los amigos, pretextando cansancio....

»Sólo ya me dirigí á la ciudad por la ancha marisma, seca entónces, pues la mar estaba baja.

»Distraido como iba, y llevando la muer-

te en el corazon, ví, entre la sombra de la noche, una mujer, sola, que caminaba muy de prisa; su traje, de un color blanquizco me la hizo más visible; avivé el paso, y la alcancé; era Pepa, la doncella favorita de Mercedes.

»Al verme lanzó un grito de espanto y quiso huir; pero yo la así violentamente por el traje y la retuve.

—»¿A dónde vas? la pregunté colérico.

—»¡Ah, señor! Perdon, yo no tengo la culpa de esto.

—»Y ¿qué es eso de que tú no tienes la culpa?

»Quiso sin duda ganar tiempo, porque reponiéndose contestó:

—»¡Yo no sé! Quise decir que no tuve la culpa de asustarme....

»Entónces, temblando de ira, la así violentamente, y sacando el puñalito que siempre llevo conmigo, y que allá en los bosques de nuestra hermosa patria me ha servido muchas veces, la dije:

—»¡Habla, ó te mato!

»Algo debió hallar en mi voz y en mi ademan de muy terrible, de muy amenazador, porque cayó de rodillas.

—»¡Ah, no, por Dios! exclamó, yo lo diré todo.

—»Pronto... ¿Dónde está tu señora?

—»Allí, dijo la muchacha señalando un punto que aparecia aún más oscuro en la sombra, formando una alta penumbra.

—»¿Sola?

—»No; ¡está con él!...

—»¡El!... ¿Quién es él? dije rugiendo, y clavándome las uñas en las palmas de las manos para que el dolor físico me contuviese....

—»Ese Rafael...

»No oí más, mi querido César; ¡pero es imposible que haya en el infierno un tormento comparable al dolor que yo sentí!

»Arrojé á la muchacha contra el suelo, y seguí al sitio indicado

»Temblaba tanto, que parecia que iba á caer; iba como un ciego, é invocaba á Dios y al diablo para que prolongase mi vida una hora más, ¡pues creia que iba á morir!...

»Llegué al fin; la sombra me ocultaba, y pude esconderme en un arco del puente, tan cerca de *ellos*, que oia su respiracion.

»En medio de mi locura, comprendí que debia detenerme, que debia oir ántes de juzgar.

»Tenia un rewolver cargado en mi mano, estaba seguro de que eran mias aque-

llas dos vidas, pues tú sabes que yo no desmiento como tirador la fama de nuestros paisanos.

»Jamás podré yo explicarte aquellos instantes, que tuvieron la duracion de siglos.... ¡Horrible agonía!...

»Nada es comparable en el mundo á esa angustia de muerte en que uno siente á la vez desgarrarse su honor y su corazon.

»¡Aquel infame, abusando del ligero carácter de mi esposa, la habia arrastrado á una cita!...

»Ella era pura, y en medio de mi dolor tuve el consuelo de saber que si mi nombre aparecia deshonrado, era con una deshonra falsa.... ¡y áun así me ahogaba!...

»A qué repetirte detalles dolorosos; invocaba ella sus deberes, él los derechos que creia tener á su amor, y creyéndose completamente solos, la amenazó con robarla....

»Mercedes quiso huir, él la asió brutalmente y quiso arrastrarla hácia el Urumea, por el cual subia una barca....

»Entónces, comprendiendo que la vida de aquel hombre me pertenecia, juzgando en mi conciencia que habia merecido la muerte, disparé.

»Cayó con mi pobre esposa, á la cual arrastraba contra su voluntad....

»Yo la así, y sin saber si estaba muerta, pues su inmovilidad era completa, la llevé á la barca.

»El eco del tiro, apagado sin duda en aquella ancha soledad, no debió llegar á los marineros que tripulaban la barquilla, porque no dijeron nada.

»El traje blanco de Mercedes tenia algunas manchas de sangre....

»Yo saqué mi puñal, corté aquellos girones manchados y los arrojé á la corriente.

»Empapaba mi mano en el agua y la llevaba á las sienes de la desgraciada.

»¡Oh! ¡Te confieso que la idea de verla muerta me espantaba!... ¡Aún la amaba yo!

»Al fin comenzó á dar señales de vida...

»Para evitar la curiosidad de los marineros, la hablé en francés; su primer impulso fué arrojarse á mi cuello, despues rompió á llorar.

»Yo sostenia su cabeza en mi pecho, y arreglaba con cariño sus cabellos desordenados, respetando aquel llanto.

»¡Jamás he sufrido igual martirio!

»¡Habia en mí hácia aquella mujer un amor inmenso y un odio profundo!... ¡Hubiera bebido sus lágrimas, y la hubiera ahogado en mis brazos!

»Al fin tocamos al vapor francés anclado en bahía, y que salia en la madrugada para Marsella.

»La oscuridad de la noche hizo que no se fijasen en el desórden de su traje, y yo pude llevarla al camarote medio en brazos, pues no podia sostenerse.

»Una vez allí, sus ojos se cerraron pesadamente y una fiebre intensa se apoderó de ella.

»El médico de á bordo la reconoció y pareció desagradarle mucho.

—»Está en el noveno mes de su embazo, le dije yo.

—»¡Oh! el parto ahora seria mortal, me contestó.

»Dejo á tu inteligencia el comprender mis temores, mi angustia, mi ansiedad....

»A la quietud inerte que parecia un letargo, en la cual estuvo Mercedes sumergida hasta las cuatro de la madrugada, sucedió una agitacion terrible, una excitacion violenta, con dolores agudísimos.

»El físico no la abandonaba; el capitan

del buque, que era amigo mio, aquel M. de Saint German, que en una travesía de un buque mercante, que tocó en la Habana, tuvo que permanecer allí herido en un duelo, y al cual todos acompañamos, ponia á mi disposicion cuanto en el vapor habia.

»Mi pobre y querida enferma fué trasladada cuidadosamente al camarote del capitan, más espacioso y cómodo, y allí, despues de dos horas de sufrimientos horribles, dió á luz á mi hijo, y ella espiró en mis brazos....

»¡César, tú no sabes lo que es el dolor, y no puedes comprender aquellas horas!

»Yo quise que mi hijo fuese bautizado á bordo, y el capellan del vapor lo hizo así.

»Se llama Alejandro tambien.

»Cuando desembarqué en Marsella, mi primer cuidado habia sido comprar ropas á mi pequeño hijo, y hacer buscar una nodriza...

»El cuerpo de mi pobre Mercedes tambien me siguió, y él, embalsamado, ocupa un ligero y elegante mausoleo en esa ciudad francesa.

»Ese jóven pintor, que contra mi vo-

luntad he odiado despues de ser su amigo, y que te es tan simpático, sostenia en una cena de amigos, que el amor debe ser único, indivisible, sagrado y eterno.

»Ese otro desgraciado, que ha muerto castigado por mi dolor y la justicia divina, sostenia lo contrario.

»Yo no sé si los amigos que los oian llevarán adelante su cita; si es así, diles en mi nombre, pues yo era el encargado de juzgar las pruebas que presentasen, que el pintor tenia razon.

»No sé lo que ha sido de Vallés, porque en mi dolor de nada me he ocupado; pero tengo la seguridad de que el que *sabe* comprender la felicidad, es el que solamente puede ser feliz.

»En la Primavera próxima espero volver á Cuba... Allí olvidaré yo acaso los dias de prueba que han blanqueado mis cabellos, y han pasado como una ráfaga de fuego sobre mi alma.

»Adios, César, mi bueno y querido amigo; Dios aleje de tí las penas que á mí me ha enviado.

»Te estrecha la mano tu amigo,

»El Conde de San Estéban.»

CAPÍTULO XXIX.

LA CITA.

En la misma fonda en que reunidos unos cuantos amigos cenaban al comenzar esta historia, volvemos á encontrarles.

Faltaban Rafael, Federico y Alejandro.

Parecia que esperaban á alguno, pues aunque las copas se vaciaban, la cena no habia empezado.

—Triste cosa es tener que confesarse vencido, decia con enfática entonacion Augusto; y ese pobre Rafael retarda su aparicion.....

—Ya se dará por muy contento de poderlo contar, decia otro.

—Ese Conde salvaje..... decia un tercero, creeria que estaba cazando tigres en los desiertos del Sud.....

—¡Pardiez! ¡Cualquiera hubiese hecho lo mismo! ¿A quién se le ocurre sino á Rafael querer robar una mujer como se roba un falderito?

—Ella ha sido la más desgraciada.

—¡La mataria ese endiablado americano!.....

—No, la queria demasiado para eso; ella murió, dijo Augusto.

—¿Qué sabes tú?.....

—Me consta, él ha escrito á César todo lo sucedido; pero él cree que Rafael ha muerto.

—¡Poco le ha faltado! El balazo le atravezó el pecho.

Algun ruido de pasos interrumpió á nuestros jóvenes, que callaron; la puerta se abrió, y Rafael y César aparecieron en ella.

Rafael muy pálido, muy enflaquecido, parecia haber gastado en un año la mitad de su vida.

Su mirada habia perdido su arrogante insolencia, habia algo de triste en todo su sér, que impresionaba dolorosamente.

César parecia impresionado tambien, pero tranquilo, y como siempre simpático.

Al verles les recibieron con una salva de aplausos.

—Gracias, mis queridos amigos, decia Rafael á los jóvenes que le rodeaban, estrechando su mano; ¡no sabeis qué alegría siento al verme entre vosotros!.....

—¡Pardiez, Rafael, vienes á cantar la palinodia, pero debes darlo por bien empleado; otra cosa hubiera sido peor!

—¡Bah! ¡Os aseguro que la muerte no me asusta!

—¡Ya cambiarás de ideas cuando bebas unas copas! Pero..... ¿qué esperamos? ¡Pedid la cena!

—¿No vendrá Vallés? dijo Rafael.

—No lo espero, añadió César.

—Señores, dijo Augusto dándose importancia; estoy encargado por el pintor de dirigir á Vds. la palabra.....

—¿Es decir que no viene?.....

—¡No puede venir!

—¡Pues cenemos!

La mesa fué cubierta.

Ese ruido especial de una buena mesa apagó algun tanto las voces de los jóvenes.

Rafael, conservando siempre su aspecto de tristeza, alternó á todo con indiferencia, sin animacion; parecia que algo habia muerto en el fondo de su alma.

Cuando el *Champagne* comenzó á brillar en las copas, la conversacion se hizo animada y chispeante.

—Señores, dijo Augusto, como si el pobre diablo sólo hubiera nacido para ser importuno; brindad conmigo por una misteriosa mujer, que despues de haberme enamorado se me ha perdido.

Algunos jóvenes rieron la ocurrencia.

—Brindemos por la oportunidad de su evasion, dijo uno.

—¡Diablo! ¡por eso no! ¡Me tiene desolado!

—¡Peor hubiera sido que te hubiera inspirado una fantasía matrimonial!

—¡Cumple á mi deber de hombre honrado declarar que Augusto amaba un fantasma! dijo gravemente César.

—¡Cómo! ¡no te permito esa calificacion!

—Como quieras, pero es así.....

—Yo ví aquella mujer....

—Señores, dijo César, no habreis olvidado el objeto de esta cita. Pedid á Augusto que lea la carta de Federico.

—¡Oh! ¡es bien ligera! Pero no sé qué relacion haya entre esa carta y lo que yo decia.

—Lo explicaré despues.

—Voy á leerla.

—Espera, dijo Rafael levantándose; oid ántes, señores, una explicacion. Hace un año que sostuve aquí la más absurda de las teorías, que sin duda no habeis olvidado..... Lo que yo decia lo pensaba entónces, y eso es, por desgracia lo que piensa la mayoría de los jóvenes, que favorecidos por la suerte, gastan su vida, su fortuna y su honra en inútiles desvaríos, en miserables locuras. Declaro con la mano sobre mi co-

razon, y por la memoria de mi madre, que jamás obtuve de la Condesa de San Estéban el más pequeño favor... y sin embargo, yo he sido tan miserable que la he deshonrado; sirva esta declaracion de vindicacion á su memoria..... He comprometido á una mujer, á la que realmente llegué á amar, y ella no era culpable; era sólo imprudente... ha muerto y yo tengo sobre mi alma el remordimiento eterno de su muerte. ¡Oh! oidlo bien, mis queridos amigos; respetad vuestros sentimientos, no les profaneis, no hagais del amor un instinto brutal, no hagais de la amistad un lazo de mala fé, que acaso os ahogue á vosotros mismos. Perdonadme si ocupo vuestro ánimo con declaraciones acaso importunas; pero vosotros, que habeis aplaudido mi degradacion moral, debeis, no aplaudir, porque no lo merece, pero sí respetar mi regeneracion...

Los jóvenes oian conmovidos la voz de su amigo sonora y afectuosa: algunas frentes se colorearon, algunas manos estrecharon la suya; ¡el ejemplo es siempre un iman, ya arrastre al mal ó al bien!

—Ahora, dijo Rafael sentándose, lee la carta de Vallés.

Augusto sacó de su bolsillo la carta del pintor, y con voz grave leyó:

«Cintra, Febrero 187...

»Mis queridos amigos: No he olvidado que me une á vosotros en este dia una cita y un recuerdo; pero, como hubiera sido poco generoso de mi parte presentarme á reclamar el triunfo, he preferido enviaros mi cariñoso saludo, al par que mi felicitacion á Rafael por su restablecimiento.

»*Los séres felices no tienen historia*, ha dicho no sé qué autor, y yo no la tengo...

»Casado, ó más bien identificado mi corazon con otro corazon, soy tan feliz como se puede ser en la tierra, practicando mis teorías de amor único y exclusivo, sublimando el egoismo de dos séres que se consagran el uno al otro, y siendo, en fin, *esclavo del corazon*, pudiendo aseguraros, por mi honor de caballero, que los eslabones de esta cadena se forman de sueños de gloria y realidades de cielo.

»Adios, mis queridos amigos; bebed esa noche á mi salud, y no olvideis que siempre tiene razon quien se apoya en esa ley de las almas que se llama lealtad.

»Todo vuestro,

FEDERICO VALLÉS.»

—¡Qué noble corazon! dijo Rafael.

—Me dirás, César, lo que habia de comun entre la carta del pintor y mis amores, preguntó Augusto.

—Con mucho gusto; la esposa de Vallés es esa mujer á la cual tú creiste amar.

—¡Cómo! ¿No seria casual el parecido de su cuadro con ella?

—Nó; ¡se amaban mucho ántes!

—Pues Federico nada me dijo.....

—¡Se amaban sin conocerse!

—¡Bah! ¡Tonterías!..... Pues ¡vive Dios que he de probarle al pintor!....

—Nada; dijo tranquilamente Rafael, levantándose para retirarse; no vuelvas á ocuparte de ello; la felicidad es digna de ser respetada, y además, no olvides que todos los caminos que alejan del honor, de la fé y de la verdad, conducen á un abismo!

¡Dichoso el que le huye sin intentar salvarlo!

FIN.

Esta novela y *El Testamento de un Filósofo* se hallarán de venta en las principales librerías de Madrid y Cádiz, al precio de *dos pesetas cada una* y en la casa editorial de la autora, plaza de Gaspar del Pino, tipografía *La Mercantil.*—Cádiz.

Los señores que gusten suscribirse á la coleccion de las obras de la Sra. de Biedma, publicadas hasta el dia, las recibirán todas, segun se publiquen, abonando anticipadas 25 pesetas, para lo cual pueden dirigirse á la autora. Las publicadas ya las recibirán en el acto de suscribirse ó hacer el pedido.

282564
LS
B 586a
Author Biedma, Patrocinio de
Title Las almas gemelas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU